

Juventud, desarrollo y democracia en América Latina

Para los gobiernos progresistas y de izquierda, la ausencia histórica de políticas públicas de juventud vigorosas y pertinentes en la región no hace más que reforzar la ilusión vana de respuestas neostatistas de imposible implantación efectiva. La construcción de alternativas exige repensar y reformular políticas educativas y de salud, con el objeto de procurar acercarlas a la cultura juvenil y apostar decididamente a la formación ciudadana, para brindar alternativas «terminales» más concretas en relación con el mundo del trabajo. Si esto no se logra, nuestras sociedades avanzarán muy poco hacia las nuevas tendencias culturales, más allá de las fuertes presiones corporativas de sectores conservadores que se niegan a reconocer esta realidad.

Ernesto Rodríguez

¿Una nueva era progresista?

Aunque se trata de tendencias con desarrollos desiguales en las diferentes regiones de nuestro continente, es un hecho que se va ampliando el acceso al gobierno de partidos políticos progresistas y de izquierda –muy diversos

Ernesto Rodríguez: sociólogo uruguayo; director del Centro Latinoamericano sobre Juventud (www.celaju.org); coordinador general del portal de Juventud de América Latina y el Caribe (www.joveneslac.org); investigador y docente especializado en políticas de juventud y consultor internacional de la Organización de las Naciones Unidas, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo en temas de su especialidad.

Palabras clave: políticas de juventud, inserción laboral, nuevas tecnologías, redes, representación, adultismo, América Latina.

entre sí– que intentan desplegar una gestión pública sustentada en coordenadas diferentes de las que rigieron durante los años 90, al menos en buena parte de América del Sur. Nuevas sensibilidades frente a las desigualdades sociales, mayor firmeza en la búsqueda de respuestas menos dependientes respecto a los grandes centros de poder mundial, e intentos más sistemáticos de «representar» a los más desprotegidos y postergados parecen ser algunas de las claves de esta nueva «era progresista» (Rodríguez, Barret y Chávez 2005; Castro 2005).

Sin embargo, entre los postulados y la práctica efectiva sigue existiendo una gran distancia, explicable en buena medida por la inexperiencia en la gestión pública de muchos de los nuevos elencos gubernamentales, las serias dificultades del entorno (sobre todo en el terreno económico), la enorme dispersión de intereses y situaciones específicas en el campo de los «excluidos» y la ausencia de paradigmas pertinentes para guiar las nuevas prácticas políticas y sociales, tanto desde la gestión pública (nacional, regional y local) como en el campo de la dinámica de la sociedad civil. Definitivamente, no es lo mismo ser oposición que ser gobierno, y el aprendizaje correspondiente es muy doloroso.

A ello se suma la fragilidad de las instituciones democráticas (PNUD 2004), sobre todo en gran parte de los países andinos y algunos de los centroamericanos, donde las irrupciones sociales de los «excluidos» se manifiestan con la fuerza suficiente como para provocar la renuncia del presidente de la República (ya son varios los casos), pero no cuentan con la misma fuerza y convicción al momento de formular alternativas pertinentes y oportunas para guiar la construcción de nuevos modelos de gestión en el dominio de las políticas públicas. Sin dudas, el «que se vayan todos» expresa con sobrada evidencia el estado de ánimo reinante, pero no es capaz de construir casi nada realmente alternativo.

Sin dudas, el «que se vayan todos» expresa con sobrada evidencia el estado de ánimo reinante, pero no es capaz de construir casi nada realmente alternativo

Los intentos de gestión alternativa oscilan entre «más de lo mismo» y la ilusión vana de respuestas neoestatistas de imposible implantación, incluyendo –en algunos casos– una peligrosa combinación con fórmulas autoritarias que guardan muy poca relación con los enfoques democráticos que se postulan como centrales en el campo de los discursos. La participación efectiva de la sociedad civil (que en muchos casos enfrenta ahora más

dificultades que en el marco de gobiernos «neoliberales») sigue siendo una importante asignatura pendiente y, probablemente, una de las claves para la búsqueda de respuestas pertinentes a las trampas y los problemas que acechan por todas partes.

Las y los jóvenes latinoamericanos en este nuevo marco político

Las y los jóvenes no son ajenos a estas tendencias. Muy por el contrario, sufren más que cualquier otro sector las consecuencias de los estilos de desarrollo excluyentes vigentes en casi todos nuestros países, miran con gran recelo a las clases dirigentes y están en primera fila en las protestas sociales y políticas, pero al mismo tiempo carecen de espacios propios para la participación ciudadana y no cuentan con enfoques corporativos que permitan impulsar políticas públicas que procuren mejorar su calidad de vida y su protagonismo social y político. En este sentido, los movimientos y las organizaciones juveniles de la región, que se han transformado radicalmente en los últimos 30 años, no logran cumplir funciones de representación efectiva (y reconocida) de las y los jóvenes, y por tanto, no logran actuar como un «movimiento social», en el sentido clásico de la expresión (Rodríguez 2005a).

La histórica ausencia en la región de políticas públicas de juventud vigorosas y pertinentes no hace más que reforzar este estado de situación e impide la construcción de alternativas efectivas. Las políticas públicas de juventud se han caracterizado por su elevada fragmentación y su evidente irrelevancia, en un marco en que, además, las instituciones gubernamentales especializadas en estos dominios (salvo honrosas excepciones) no logran cambiar esa situación, en parte por falta de apoyos políticos y de recursos, pero también por el despliegue de estrategias equivocadas, centradas en la ejecución directa de programas y proyectos de muy escaso impacto efectivo y que resultan conflictivos con las diferentes agencias ejecutoras de políticas públicas, especialmente ministerios y alcaldías (Rodríguez 2004a).

Los gobiernos progresistas cuentan con el apoyo de las nuevas generaciones en términos electorales pero, al mismo tiempo, no logran diseñar escenarios alternativos atractivos que conciten la participación efectiva de las y los jóvenes en la construcción de sociedades más prósperas, más democráticas y más equitativas. Por esta razón, enfrentan serios riesgos de perder esos apoyos en el corto y mediano plazo y, con ello, las posibilidades de mantener en el tiempo el control de la gestión pública se acotan significativamente.

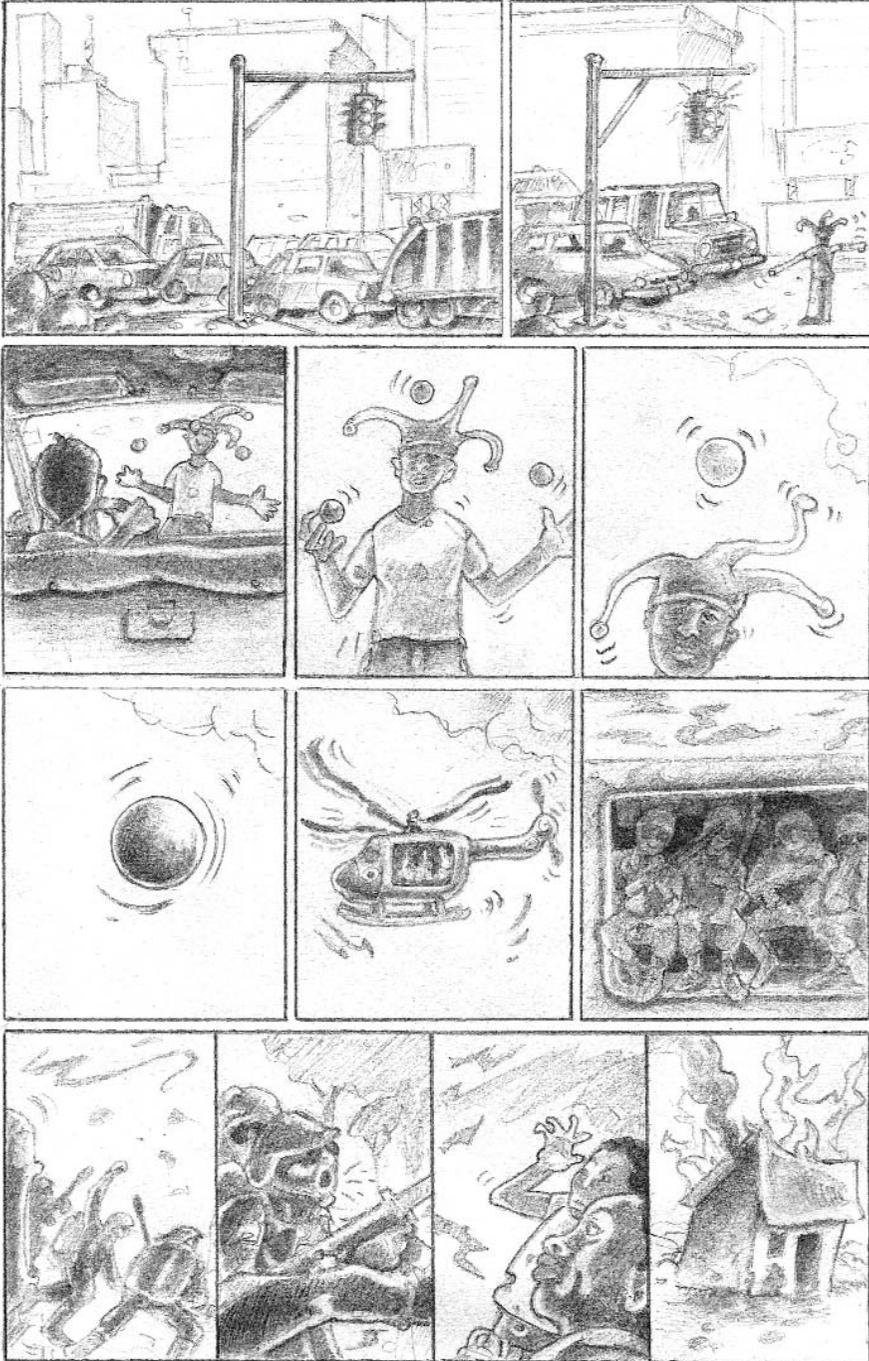
Tres parecen ser los principales problemas por enfrentar: en primer lugar, la extendida vigencia –aun en la clase dirigente llamada «progresista»– del enfoque de riesgo que identifica a las y los jóvenes como un simple grupo vulnerable al que hay que proteger e integrar (extendiendo el «modelo» de trabajo con niñas y niños, sin percibir el abismo existente entre una etapa y la otra en la vida de cualquier persona); en segundo lugar, el peligroso argumento de las y los jóvenes organizados (sobre todo los más «politizados») que sostiene que las políticas de juventud son un asunto exclusivo de los propios jóvenes, en el que los adultos no tienen que inmiscuirse; y en tercer lugar, la falta de un acuerdo extendido sobre cuál es o cuál debe ser el rol de las y los jóvenes en la «nueva sociedad», que legitime positivamente la existencia de políticas públicas dirigidas a este sector.

La construcción colectiva de enfoques alternativos

Las respuestas alternativas, en construcción colectiva desde comienzos de los años 90, se sustentan en tres pilares centrales: primero, las y los jóvenes son sujetos de derecho (y no un simple grupo de riesgo), por lo cual deben ser objeto de políticas públicas que tiendan a asegurar la vigencia de sus derechos (a la educación, al trabajo, a la participación, etc.); segundo, las políticas públicas de juventud son un asunto y una responsabilidad de todos y todas, por lo cual es tan importante involucrar a los propios jóvenes como a los adultos que trabajan con ellos (docentes, personal de salud, policía, jueces, etc.), desde enfoques incluyentes y no estigmatizadores; y tercero, las y los jóvenes pueden ser –en el marco de la actual construcción de la sociedad del conocimiento– «actores estratégicos del desarrollo», dado que están infinitamente más y mejor preparados que los adultos para lidiar con la permanencia del cambio y con la centralidad del conocimiento, dos de las principales reglas de juego del mundo del siglo XXI.

***Las y los jóvenes
están infinitamente
más y mejor
preparados que los
adultos para lidiar
con la permanencia
del cambio y con la
centralidad del
conocimiento, dos
de las principales
reglas de juego
del mundo
del siglo XXI***

Si todo esto es así, el «protagonismo» juvenil es clave para el propio desarrollo de nuestras sociedades y no solo una justa «aspiración» de un sector poblacional «crítico» casi por definición, y ello debiera guiar la gestión pública (en todos los niveles) en el futuro. En este marco, los estilos de gestión de las políticas públicas no son «neutros», ni mucho menos.





En realidad, las opciones que se tomen en este terreno determinarán los éxitos y los fracasos que se obtengan, y eso justifica la necesidad de identificar «buenas prácticas» y de evitar «enfoques equivocados» que ya han provocado fracasos estrepitosos en varios casos concretos a lo largo de la historia y en muy diversos contextos territoriales.

Comenzando por estos últimos, no tiene sentido apostar todo a la aprobación de leyes de dudosa relevancia o a la construcción de espacios específicos para la participación juvenil (casas de la juventud, clubes juveniles, etc.). Las leyes, cuando no van acompañadas de procesos sociales y políticos que las respalden y legitimen, no logran pasar el umbral de su aprobación formal, mientras que los espacios específicos para la participación juvenil, aun sin proponérselo, terminan reforzando el aislamiento social de las y los jóvenes, en lugar de promover su integración.

Una perspectiva generacional para las políticas públicas

Alternativamente, habría que trabajar para que –junto con la aprobación de leyes de juventud que sean el resultado de consensos sociales y políticos previamente construidos– se avance en el diseño de *planes integrales de juventud*, en el marco de los planes nacionales de desarrollo, sustentados en acuerdos sobre el rol de los jóvenes como actores estratégicos en la construcción de la sociedad del conocimiento. En este sentido, emulando el trabajo de las mujeres en relación con la perspectiva de género, habría que trabajar para dotar todas las políticas públicas de una *perspectiva generacional*, que atravesase las esferas de la gestión pública, en el Estado y en la sociedad civil.

Hay que repensar –por ejemplo– la enseñanza media o secundaria y concebirla como un espacio privilegiado de socialización juvenil, procurando acercar cultura juvenil y cultura escolar (y así superar el abismo que hoy existe entre ambas) y apostando decididamente a la formación ciudadana y no solo a la transmisión de saberes en función del acceso a la educación superior (para brindar así, por tanto, alternativas «terminales» más concretas en relación con el mundo del trabajo).

En la misma línea, es imprescindible reformular las políticas de salud para adolescentes y jóvenes desde un enfoque de derechos, haciendo especial hincapié en los derechos sexuales y reproductivos. Si no se logra que el personal de salud cambie radicalmente los enfoques predominantes en estas materias, nuestras sociedades avanzarán muy poco en el terreno de las nuevas tendencias

culturales (en términos de constitución de familias, por ejemplo) crecientemente dominantes en el mundo, más allá de las fuertes presiones corporativas de sectores conservadores que se niegan a reconocer esta realidad (Rodríguez, Morlachetti y Alessandro 2005). Y, en consonancia con estas prioridades, hace falta repensar completamente las políticas públicas relacionadas con el perverso vínculo existente entre jóvenes y violencia, trabajando intensamente con jueces, militares y policías, atendiendo a la vez la reformulación a fondo del rol (absolutamente estigmatizador) de los medios masivos de comunicación en estos dominios desde la perspectiva de los derechos humanos (Rodríguez 2005b).

Frente a la construcción de espacios específicos para la participación juvenil, sería fundamental trabajar para aumentar y fortalecer la presencia de jóvenes en los espacios de participación ciudadana existentes, sobre todo en la asignación de recursos («presupuesto participativo») y en relación con el control social de políticas públicas («auditorías ciudadanas»). Esto implica trabajar intensamente en la legitimación y el fortalecimiento de los movimientos juveniles, asumiendo que hay muchos y muy diversos (y que todos son importantes) y evitando celosamente su manipulación estatal o partidaria. El desarrollo de prácticas de voluntariado juvenil, asociadas a la gestión de grandes políticas públicas prioritarias (combate a la pobreza, campañas de alfabetización, etc.), puede ser una fórmula pertinente, siempre y cuando se trabaje con pluralismo y un gran respeto por la autonomía de las y los jóvenes participantes. Los «ejércitos» juveniles «oficialistas» son malos en el marco de cualquier concepción ideológica, en la medida en que arrasan con la libertad de pensar y de elegir que debe regir en el marco de la construcción de sociedades auténticamente democráticas.

La inserción laboral como clave de éxito

Ahora bien, como se sabe, una de las claves de éxito en todas estas dinámicas radica en la posibilidad cierta de lograr que las y los jóvenes puedan procesar adecuadamente su inserción laboral. Quien tiene empleo (dependiente o independiente) tiene ingresos propios, y quien tiene ingresos propios puede construir identidad y autonomía en mejores condiciones. Pero en estas materias, en el marco de esta «nueva era progresista» tendremos que enfrentar

Hace falta repensar completamente las políticas públicas relacionadas con el perverso vínculo existente entre jóvenes y violencia, trabajando intensamente con jueces, militares y policías

resueltamente algunas trampas que suelen paralizarnos eternamente. Me refiero en particular a los argumentos que plantean que solo es posible mejorar la empleabilidad de las y los jóvenes generando nuevos puestos de trabajo, pues la redistribución de los existentes terminará siendo perjudicial en todos los sentidos.

Por un lado, resulta evidente que hay que generar más y mejores puestos de trabajo (aunque ello sea cada vez más difícil, dadas las dinámicas de los mercados en el marco de la creciente internacionalización de nuestras economías) y, en ese sentido, las propuestas de la Organización Internacional del Trabajo centradas en el denominado «trabajo decente» son sumamente relevantes. Pero, por otro lado, también es cierto que la evidencia empírica disponible (más allá de los discursos) muestra irrefutablemente que las y los jóvenes son los primeros en ser expulsados del mercado de empleo en tiempos de crisis y los últimos en ser incorporados en contextos de expansión económica y laboral. El problema de fondo es que los principales actores del mercado de trabajo, probablemente sin proponérselo, discriminan notoriamente a las nuevas generaciones. En el caso de los empresarios, en general predominan las posturas relacionadas con la contratación de adultos con más experiencia y hábitos laborales ya desarrollados, mientras que, en paralelo, los sindicatos dan prioridad –lógicamente– a las reivindicaciones de sus miembros, por definición, trabajadores ya empleados o transitoriamente desempleados. Los ministerios de trabajo, por su parte, priorizan la contratación de adultos jefes de hogar, pues éstos tienen –se sostiene– mayores responsabilidades familiares que atender (Rodríguez 2004b).

El resultado global, evidentemente, es la exclusión de las y los jóvenes, ya sea porque no tienen experiencia ni hábitos de trabajo, porque no están sindicalizados o porque no tienen responsabilidades familiares. Pero ¿quién puede demostrar que nuestras sociedades funcionan mejor sobre estas bases que, por ejemplo, sobre la base de una distribución diferente de responsabilidades entre generaciones, del mismo modo en que se ha planteado entre los miembros de la pareja, en el marco de la creciente incorporación laboral de las mujeres? Hay que discutir estas «reglas de juego», aunque no les agrade a algunas corporaciones.

En lo personal, creo que nuestras sociedades han ganado y mucho –en términos de igualdad– con la incorporación de las mujeres (al mercado de trabajo y a la dinámica de nuestras sociedades en muy diversas esferas), y creo que otro tanto podría ocurrir con una incorporación más igualitaria de las nuevas

generaciones, lo cual –otra vez– implica cuestionar el *adulthood* vigente en todos nuestros países. Sin embargo, los debates siguen entrapados en lógicas corporativas que cuesta enfrentar. Esto se reflejó claramente en los intercambios procesados en el marco de la Conferencia Internacional del Trabajo realizada en junio en Ginebra (OIT 2005), de la cual no han surgido orientaciones claramente alternativas en estas materias. La propia Iniciativa de Empleo para los Jóvenes que han lanzado la Secretaría General de las Naciones Unidas, el Banco Mundial y la Organización Internacional del Trabajo (la más importante de la historia) se limita en este sentido, por este tipo de dinámicas.

Los debates siguen entrapados en lógicas corporativas que cuesta enfrentar. Esto se reflejó claramente en los intercambios procesados en el marco de la Conferencia Internacional del Trabajo

Mecanismos institucionales y asignación de recursos

Para que las opciones estratégicas descriptas se puedan plasmar en la práctica, hace falta contar con mecanismos institucionales pertinentes y con una asignación de recursos que acompañe estos esfuerzos conceptuales y metodológicos.

En términos institucionales, resulta imperioso contar con instituciones especializadas que cumplan roles de animación y articulación, pero que no ejecuten nada (ubicadas en la Presidencia de la República o en oficinas de planificación de primer nivel), al tiempo que hace falta contar con instancias ejecutoras especializadas en todos los ministerios, en todos los gobiernos regionales y locales, y en las principales organizaciones no gubernamentales. Asimismo, hace falta que las universidades se comprometan más y mejor en el acompañamiento decidido a estos esfuerzos renovados, sobre todo cumpliendo funciones de monitoreo y evaluación y apoyando –lógicamente– la formación de recursos humanos. También es necesario contar con herramientas idóneas y con esfuerzos sistemáticos en varios planos fundamentales, haciendo particular hincapié en la generación de conocimiento, la difusión de información, la capacitación de recursos humanos y la articulación de esfuerzos en todos los niveles.

En el terreno de la asignación de recursos, es preciso cuestionar la distribución actualmente existente entre generaciones, del mismo modo en que se cuestiona en el plano de la estratificación social, en términos de género, entre territorios o entre grupos étnicos. Todos los estudios disponibles muestran

Todos los estudios disponibles muestran que niños, adolescentes y jóvenes llevan siempre la peor parte, y es tiempo de preguntarse –en función del propio desarrollo de nuestros países– hasta dónde esto es lógico

que niños, adolescentes y jóvenes llevan siempre la peor parte, y es tiempo de preguntarse –en función del propio desarrollo de nuestros países– hasta dónde esto es lógico y hasta dónde es una simple construcción adulta que es necesario modificar, pues atenta contra la modernización efectiva de nuestras sociedades. Es tan perjudicial la vigencia de enfoques neoliberales (que han demostrado que la teoría del «goteo» no ha funcionado en América Latina) como la de los enfoques que postulan la necesidad de «acumular» esfuerzos en torno de las denominadas «con-

tradicciones principales» (en general, centradas en la relación entre capital y trabajo). Estas últimas terminan desconociendo la presencia en nuestras sociedades de otras contradicciones en términos de género, de raza-etnia y de edad (entre otras no menos relevantes) que muestran con sobrada elocuencia las limitaciones de los enfoques clásicos.

Jóvenes: algunas particularidades para tener en cuenta

¿Cómo se explica este estado de cosas? Un ejercicio que puede resultar útil es el de compararlo con la dinámica de otros sectores poblacionales, a los efectos de evaluar avances y limitaciones en cada caso particular, identificando las posibles explicaciones al respecto. En concreto, podría sostenerse que la condición social de niños y niñas por un lado y la de las mujeres por otro, por ejemplo, han mejorado notoriamente en los últimos treinta o cuarenta años, algo que no puede sostenerse en relación con las y los jóvenes, cuya condición social es igual o peor que la que se registraba en el pasado (en el mismo periodo).

Las explicaciones pueden ser muchas y muy variadas pero, en todo caso, el eje central debiera girar en torno de la pertinencia y la relevancia de las respectivas políticas públicas. Es un hecho que prácticamente todos los países de la región han invertido durante los últimos cincuenta años (al menos) en el diseño y la implementación de políticas públicas relacionadas con la niñez (lo cual ha redundado en menores niveles de mortalidad y morbilidad infantil, mayores tasas de escolaridad, etc.), al tiempo que los movimientos de mujeres han logrado (en los últimos veinte o treinta años, al menos) que las políticas públicas incorporaran más claramente la perspectiva de género. Esto no ha ocurrido en el caso de las políticas públicas de juventud, terreno en el cual

se comienza constantemente de cero, se enfrentan numerosas dificultades para «acumular» experiencias y se logran algunos pocos impactos positivos en términos de mejoramiento del acceso a la educación, sin que estos avances puedan verificarse en otros terrenos similares.

¿Por qué ocurren las cosas de este modo? Lo primero por despejar es la recurrencia a respuestas coyunturales, pues esto no tiene que ver con crisis económicas específicas ni con estilos particulares de gestión pública en términos de orientaciones gubernamentales. En realidad, esto ocurre desde hace mucho tiempo y se verifica en muy diversos contextos territoriales e institucionales, por lo que debemos concluir que estamos ante problemas netamente estructurales, difíciles de abordar desde perspectivas «voluntaristas». Todo parece indicar que la principal explicación se relaciona con la *transitoriedad* de la condición juvenil, ya que la juventud es una de las pocas (si no la única) condición social que se pierde con el paso de los años. Irremediamente, todos y todas dejamos de ser jóvenes con el paso del tiempo, y si bien de hecho ocurre también con la condición de niños y niñas, lo cierto es que en la etapa juvenil esto tiene connotaciones mucho más relevantes, en la medida en que estamos ante dos desafíos centrales en la vida de cualquier ser humano –la construcción de identidad y de autonomía– y el resultado obtenido marcará decisivamente el resto de nuestra existencia.

Esta transitoriedad, además, lleva a que las y los jóvenes estén más preocupados por el mundo al que les va a tocar integrarse (una vez procesada la construcción de autonomía y de identidad) que por su propia condición (transitoria por definición). Por ello, cuando las y los jóvenes se organizan y luchan por algún tipo de reivindicación, no lo hacen –como los trabajadores o las mujeres, por ejemplo– en relación con temas asociados directamente a su vida cotidiana (empleo para los jóvenes, servicios de salud diferenciados, etc.), sino en relación con temas más amplios (la libertad, los derechos humanos, la paz, la ecología, la democracia, etc.). Dicho de otro modo, no actúan desde enfoques «corporativos» sino «universales».

¿Qué importancia tiene esto para nuestro análisis? En realidad, es central, pues si esto es así, podemos concluir que las políticas públicas de juventud carecen de un «actor» que las impulse, algo que no ocurre en casi ningún otro caso. Dicho

La principal explicación se relaciona con la transitoriedad de la condición juvenil, ya que la juventud es una de las pocas (si no la única) condición social que se pierde con el paso de los años

de otro modo, mientras que los trabajadores cuentan con los sindicatos y las mujeres con sus movimientos específicos, esto no ocurre con los movimientos juveniles, pues aunque en varios casos existen y son muy fuertes, sus acciones no están dirigidas a consolidar políticas y programas que permitan mejorar la inserción social de las y los jóvenes (en tanto tales), sino que se orientan a tratar de mejorar el mundo al que les va a tocar integrarse (cuando sean adultos), algo totalmente lógico si se asume la «transitoriedad» como una regla básica.

¿Qué podemos aprender de las mujeres?

Si damos un paso más en este sentido, podremos corroborar cómo, en el caso de las mujeres, se avanzó decididamente en la reflexión estratégica, superando resueltamente los enfoques originalmente planteados (centrados en la promoción de la mujer) y avanzando dinámicamente en la construcción de enfoques más integrados, centrados en la incorporación de la perspectiva de género en todas las políticas públicas. No es ése el camino que se ha recorrido en el dominio de la juventud. ¿Cómo se pueden explicar esas diferencias tan notorias? Varios son los argumentos que permiten fundamentar que las principales explicaciones son estratégicas y metodológicas, y poco tienen que ver con la falta de voluntad política o la carencia de recursos económicos.

Un primer argumento tiene relación con el enfoque predominante en cada una de las esferas de acción. Así, como ya hemos señalado, mientras en el caso de los jóvenes los trabajos se han orientado siempre a la apertura de espacios específicos propios (casas de la juventud, programas de participación juvenil, ministerios de la juventud, etc.), en el caso de las mujeres se ha trabajado con la lógica de la igualdad de oportunidades para hombres y mujeres, y promoviendo la incorporación de la perspectiva de género en todas las políticas públicas relevantes.

Un segundo argumento tiene que ver con los actores que han impulsado las políticas referidas a la mujer y los que han impulsado las políticas referidas a la juventud. Así, mientras que en este último caso se ha tratado de generar apoyos en las propias estructuras administrativas del Estado, en los partidos políticos y en algunas pocas estructuras corporativas en el campo privado (solo excepcionalmente, por cierto), en el caso de las mujeres los programas se han apoyado decididamente en los movimientos de mujeres (que trabajan con una clara orientación corporativa) y en las organizaciones no gubernamentales de apoyo a esos movimientos (que comparten totalmente sus orientaciones fundamentales), incluyendo una amplia concertación interpartidaria (a partir

de mujeres dirigentes de muy diversos partidos políticos). Los dirigentes juveniles, en cambio, han priorizado siempre la competencia (muchas veces salvaje) por espacios reducidos que todos quieren ocupar.

Un tercer argumento se refiere al estilo de gestión desplegado en términos del trabajo cotidiano en cada caso. Así, mientras en el caso de los jóvenes generalmente se han estructurado «programas» que, en realidad, son solo conjuntos de actividades puntuales e iniciativas inconexas, en el caso de las mujeres se han desarrollado planes de largo plazo y que articulan sus diversos componentes a partir de diagnósticos rigurosos de los problemas que se pretende encarar. En el mismo sentido, las mujeres han sabido articular dimensiones de la vida cotidiana (violencia doméstica, por ejemplo) con dimensiones más visibles socialmente (incorporación laboral, por ejemplo), mientras que en el caso de los jóvenes los esfuerzos se han quedado generalmente en los temas más «públicos» y no han sabido incorporar dimensiones más específicas de la vida cotidiana de los «beneficiarios» (culturas juveniles, por ejemplo), con lo cual se han descuidado esferas sumamente relevantes y prioritarias desde la propia lógica juvenil.

Las mujeres han sabido articular dimensiones de la vida con dimensiones más visibles socialmente, mientras que en el caso de los jóvenes los esfuerzos se han quedado generalmente en los temas más «públicos»

Sumando esfuerzos estratégicos sustantivos

Por todo lo dicho, las dinámicas existentes en el dominio de las políticas de infancia y adolescencia –donde un amplio abanico de movimientos y grupos, sobre todo de la sociedad civil, tratan de suplir la «ausencia de actor» comentada construyendo redes interinstitucionales tan heterogéneas como dinámicas y desplegando acciones de apoyo, defensoría, promoción y desarrollo muy variadas– son una referencia central. En el caso de las y los jóvenes, trabajar de este modo implicaría la presencia más activa y decidida de los movimientos de mujeres y de las organizaciones de derechos humanos. En ambos casos, los aportes de unos y otras a la dinámica de nuestras sociedades han sido clave en muy diversos sentidos pero, al mismo tiempo, resulta evidente que también han tenido sus limitaciones.

Entre los aportes, habría que destacar la apertura de las luchas reivindicativas más allá de los estrechos espacios de contradicción entre capital y trabajo (tanto

en el medio urbano como en el ámbito rural) y la inclusión de otras importantes «contradicciones» (entre hombres y mujeres, entre la ciudad y el campo, entre blancos y negros, entre grupos con conductas sexuales diferentes, etc.). Entre sus limitaciones, habría que destacar algunos de sus propios reduccionismos: las tensiones entre hombres y mujeres han eclipsado las diferencias de edades, por ejemplo, y la atención a las violaciones de los derechos humanos más elementales (desapariciones en el marco de las dictaduras militares, por ejemplo) ha soslayado la atención de otros derechos humanos igualmente relevantes (derechos sexuales y reproductivos, por ejemplo).

Si estos movimientos sociales fueran capaces de superar esas limitaciones se podrían lograr avances sustanciales en el terreno de la promoción juvenil, pero para ello sería elemental cuestionar a fondo algunas de esas limitaciones. En el caso de los movimientos de mujeres, en la mayor parte de los casos agrupan a adultas, y si bien en el discurso se alude a todas las mujeres, las niñas, las jóvenes y las adultas mayores tienen espacios muy reducidos y hasta simbólicos de atención efectiva. En el caso de las mujeres jóvenes, en general no tienen presencia activa en los movimientos juveniles (manejados abrumadoramente por hombres jóvenes) ni en los movimientos de mujeres («mamá ya tengo», declaran cuando son consultadas, en alusión al enfoque maternalista con que suelen ser tratadas por las dirigentes adultas).

Sería muy provechoso contar con esfuerzos más sistemáticos y deliberados en estos contextos, centrados por ejemplo en el perverso vínculo existente entre jóvenes y violencia, incorporando el tema de las pandillas juveniles a sus propias dinámicas de trabajo. Asimismo, sería importante contar con apoyos más

Lo realmente importante es que se puedan desarrollar acciones sustentadas en un cuestionamiento central del adultismo de nuestras sociedades

decididos por parte de estas organizaciones en lo que atañe a la formación en derechos humanos de las nuevas generaciones de niños, niñas, adolescentes y jóvenes, en todos los niveles.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero lo más relevante es el enfoque que debería desplegarse; en este sentido, lo realmente importante es que –junto con la legitimación de las luchas centradas en desigualdades de género, raza-etnia, clase social, etc.– se puedan desarrollar acciones

sustentadas en un cuestionamiento central del *adultismo* de nuestras sociedades, asumiendo que el funcionamiento de éstas incluye también conflictos generacionales que hay que reconocer y procesar de la mejor manera posible,

un tema en el que las y los jóvenes organizados casi nunca incursionan decididamente (en general, prefieren priorizar la sucesión y no el enfrentamiento con los viejos).

Apoyo a redes, respetando autonomías y procesos particulares

En este marco, el fortalecimiento de las redes juveniles debiera constituirse en una prioridad muy clara de los esfuerzos que se desplieguen en el futuro. Para ello, habría que priorizar tanto el desarrollo de redes que tiendan al protagonismo de las y los jóvenes en las dinámicas sociales y políticas en los ámbitos local, regional y nacional, como las redes que operan más específicamente en el terreno de la dinámica cultural y comunicacional de los jóvenes, y aun el desarrollo de aquellas que procuran desplegar acciones en terrenos específicos de la dinámica juvenil (como las redes relacionadas con la prevención del VIH/sida o el fomento de los derechos sexuales y reproductivos de adolescentes y jóvenes).

Pero el apoyo a estas redes debería realizarse sobre la base de ciertos criterios básicos, empezando por el respeto pleno y absoluto a la autonomía de las propias redes, esto es, la capacidad que sus miembros deben tener asegurada de tomar sus propias decisiones sin interferencias ni influencias de ninguna índole. Esto es particularmente importante en lo que atañe al nombramiento de autoridades, el diseño de planes y programas y el uso de recursos, pero debe extenderse a toda la gama de esferas de acción de dichas redes, asegurando la más absoluta libertad de éstas para opinar, formular propuestas e involucrarse en aquellas campañas o iniciativas que les resulten de interés. Esto implica erradicar las prácticas que en el pasado intentaron «regular» el funcionamiento de las redes desde la órbita estatal, en una línea de acción en que la aprobación de leyes de juventud legitimaba derechos pero a la vez limitaba los espacios de acción de estas redes, al reglamentar exageradamente su funcionamiento, con vistas a su reconocimiento legal y el despliegue de las acciones correspondientes en términos de apoyo efectivo.

En el mismo sentido, habría que ser más realistas en relación con las exigencias que muchas veces se ponen para definir líneas de respaldo a tales o cuales redes. Un criterio tan subjetivo como complejo de aplicar es aquel que reclama «representatividad» a las redes juveniles que pretendan contar con respaldos institucionales, técnicos o financieros. Resulta evidente que no existen redes representativas (en el sentido tradicional) y difícilmente pueda haberlas en el futuro, en la medida en que estas redes aparecen y desaparecen (en función de objetivos específicos muy concretos) y se transforman muy dinámicamente, con lo cual

su «representatividad» está siempre en tela de juicio. En realidad, lo que habría que proponerse es que las redes y las organizaciones juveniles cumplan roles –informales pero efectivos– de *representación* de intereses (parciales y siempre cambiantes) sin exigir, vanamente, *representatividad*.

Algunas reflexiones finales

Los retos que tenemos por delante son tan complejos como relevantes, y resulta muy difícil pronosticar qué pueda ocurrir. Si tratamos de imaginarnos la dinámica de la próxima década, contamos con varios datos que muestran, por ejemplo, que solo unos pocos países latinoamericanos y caribeños podrán alcanzar, en el año 2015, los denominados Objetivos de Desarrollo del Milenio, en caso de mantenerse las actuales tendencias (Naciones Unidas 2005). Las posibilidades de avanzar de un modo significativo en el combate contra la pobreza y las desigualdades sociales están atadas a la incorporación de cambios sustanciales en las actuales dinámicas del desarrollo, y entre las muchas alternativas existentes al respecto, algunas de las más pertinentes y oportunas podrían ligarse directamente con una mayor y mejor incorporación de las y los jóvenes a las dinámicas de nuestras sociedades.

Por ejemplo, es necesario encarar con más pertinencia y decisión el desafío que plantean las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC), terreno en el cual se está avanzando significativamente y en el que las y los jóvenes están siendo (y lo pueden ser todavía más) protagonistas centrales, en su calidad de actores estratégicos del desarrollo (Villatoro y Silva 2005). Esto es así debido a que las nuevas generaciones tienen una relación mucho más natural y fluida con las nuevas tecnologías, pues han crecido y se han socializado en dinámicas totalmente distintas de las que tuvieron las generaciones adultas al respecto, y resulta imperioso tomar nota de estas «ventajas comparativas», desplegando políticas públicas renovadas que las potencien al máximo. En la misma línea, las y los jóvenes están siendo protagonistas centrales en programas de voluntariado (participando en programas de combate a la pobreza, campañas de alfabetización y muchas otras iniciativas por el estilo) y hasta están ensayando nuevas experiencias en el terreno empresarial y demostrando que pueden hacer aportes sustanciales al desarrollo de nuestras sociedades.

El desafío está planteado. Hace falta encararlo resueltamente, y esta nueva «era progresista» puede llegar a transformarse en una excelente oportunidad para intentarlo. El futuro nos dirá si los dirigentes políticos y los técnicos de

izquierda que están asumiendo responsabilidades crecientes en la gestión pública están a la altura de las circunstancias. Será fundamental no fracasar otra vez, porque las consecuencias pueden llegar a ser terribles.

Bibliografía

- Castro, Nils: *Las izquierdas latinoamericanas: observaciones a una trayectoria*, FES, Panamá, 2005.
- Cepal / OIJ: *La juventud en Iberoamérica: tendencias y urgencias*, Cepal / Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2004.
- Naciones Unidas: *Objetivos de Desarrollo del Milenio: una mirada desde América Latina y el Caribe*, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2005.
- Organización Internacional del Trabajo: *El empleo de los jóvenes: vías para acceder a un trabajo decente*, Organización Internacional del Trabajo, Ginebra, 2005.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD): *La democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas*, Aguilar / Altea / Taurus / Alfaguara, Buenos Aires, 2004.
- Rodríguez, Ernesto: *Políticas de juventud en América Latina: del Año Internacional de la Juventud (1985) a los Objetivos de Desarrollo del Milenio (2015)*, Cedal, San José de Costa Rica, 2004a.
- Rodríguez, Ernesto: «Políticas y estrategias de inserción laboral y empresarial de jóvenes en América Latina: el desafío de la empleabilidad» en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Infancia y Juventud* vol. 2 N° 1, Universidad de Manizales / Cinde, Colombia, 2004b.
- Rodríguez, Ernesto: *Organizaciones y movimientos juveniles en América del Sur: estado de situación y bases para un programa de fortalecimiento institucional*, Celaju / Unesco / Banco Mundial, Montevideo, 2005a.
- Rodríguez, Ernesto: *Políticas públicas y marcos legales para la prevención de la violencia relacionada con adolescentes y jóvenes: estado del arte en América Latina 1995-2004*, OPS-GTZ, Lima, 2005b.
- Rodríguez, Ernesto, Alejandro Morlachetti y L. Alessandro: *Derechos sexuales y reproductivos, género y políticas públicas de adolescencia y juventud en América Latina y el Caribe: limitaciones, potencialidades y desafíos desde la perspectiva de los derechos humanos*, Unfpa, México, 2005.
- Rodríguez Garavito, César, Patrick Barrett y Daniel Chávez (eds.): *La nueva izquierda en América Latina: sus orígenes y trayectoria futura*, Norma, Bogotá, 2005.
- Villatoro, Pablo y Alisson Silva: *Estrategias, programas y experiencias de superación de la brecha digital y universalización del acceso a las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC): un panorama regional*, Naciones Unidas / Cepal, Santiago de Chile, 2005.

SOCIALISMO Y PARTICIPACIÓN



Diciembre 2005

Lima

Nº 100

EDICIÓN ESPECIAL POR EL NÚMERO 100

TEXTOS DE: Hugo Neira, Daniel Martínez, José Rivero, Mirko Lauer, Héctor Béjar, Alberto Graña, Sonia Luz Carrillo, Javier Alcalde, Javier Tantaleán Arbulú, Heraclio Bonilla.

Socialismo y Participación es una publicación trimestral del Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación (Cedepe). Av. José Faustino Sánchez Carrión 790, Lima 17. Tel.: (511) 460-2855 / 463-0099. Fax: (511) 461-6446. E-mail: <cedep@cedeperu.org>. Página web: <www.cedeperu.org>.

La mara: contingencia y afiliación con el exceso

Las maras se extienden más allá de su espacio y propósito de origen. Hoy, estas agrupaciones no solo controlan parte del corredor migratorio entre América Central y Estados Unidos, sino que han logrado construir un orden paralegal capaz de atraer a miles de jóvenes carentes de referencias simbólicas. Las maras dan pruebas de que la violencia exacerbada que hoy padece el continente es en buena medida resultado de la economía neoliberal impuesta en los 80 y 90. Un problema que no se resuelve citando estadísticas de la crisis, ni apelando a la revancha de lo divino travestido en lo jurídico.

Rossana Reguillo

Cuando una imagería, es decir, una colección de imágenes provenientes de una misma fuente, se instala en la positividad, no hay ninguna salida hacia una simbolización posible. Únicamente resulta posible una «mitología», en el sentido de Barthes (...) ¿pueden aquellos a los que solemos llamar «operadores de imágenes», otorgar a la imagería un acceso a lo simbólico?

Lucien Sfez

Interrogar lo que las violencias juveniles significan en el escenario de una geopolítica que reorganiza las relaciones planetarias apelando al miedo social y a las retóricas de la seguridad adquiere una importancia crucial. En particular, porque se han instalado en el debate público y en el imaginario

Rossana Reguillo: profesora investigadora en el Departamento de Estudios Socioculturales, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (Iteso), Guadalajara, México.

Palabras clave: maras, neoliberalismo, translocalidad, imaginario del miedo, paralegalidad, pacto racional, América Latina, Estados Unidos.

social la demonización *a priori* de ciertos jóvenes y la simplificación extrema de su accionar violento, lo que contribuye al calentamiento de la llamada «opinión pública» y a la preparación de un clima propicio para una solución autoritaria, en detrimento de la democracia y los derechos humanos.

Sin contextualización histórica, sin un análisis de los efectos de las políticas de inspiración neoliberal en la región, prescindiendo de las secuelas del 11 de septiembre y su efecto dominó en las políticas migratorias y al margen de lo que implica, más allá de la retórica belicista, la expresión «guerra preventiva», resulta explicable que, en el transcurso de los últimos años y subiendo de tono, la mara se haya convertido en el emblema de la violencia brutal, el caos, el deterioro.

Sin contextualización histórica, sin un análisis de los efectos de las políticas de inspiración neoliberal en la región, resulta explicable que la mara se haya convertido en el emblema de la violencia brutal

La mara representa el retrato perfecto de la amenaza extrema y, lamentablemente, sus integrantes colaboran activamente en la propagación de su propia leyenda, en la que ficción y realidad se entremezclan para certificar que las profecías posapocalípticas se realizan en esos cuerpos plagados de mensaje, que avanzan ominosamente sobre territorios reales y simbólicos, como testimonios vivos de la fragilidad del orden social que nos hemos dado.

Resignificar el pasado

La primera vez que tuve noticias de las maras fue en 1989, cuando venía de calibrar mis «instrumentos de conocer» en una larga investigación sobre bandas juveniles en Guadalajara¹. Las noticias llegaron en la forma de un libro titulado *Por sí mismos. Un estudio preliminar de las «maras» en la ciudad de Guatemala*, una investigación dirigida por la historiadora Deborah Levenson, asistida por Nora Marina Figueroa y Marta Yolanda Maldonado y publicada por primera vez en 1988². El libro me hizo pensar en aquel momento que lo que las autoras describían no se alejaba, en lo sustancial, de lo que en México y otras partes de América Latina los investigadores estábamos encontrando en

1. Que posteriormente se convertiría en el libro *En la calle otra vez. Las bandas juveniles. Identidad urbana y usos de la comunicación*.

2. El libro fue publicado por la Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala (Avancso) en forma de cuadernos de investigación.

torno de las «nuevas» expresiones de las culturas juveniles: necesidad de agrupamiento para construir identidades, referentes, sentido de pertenencia; formas de respuesta a la incapacidad de las instituciones modernas (la escuela, las iglesias, el trabajo, la propia familia) de ofrecer alternativas a las crisis, tanto estructurales como de sentido, que a finales de la década de los 80 iniciaron la

Las crisis de la década de los 80 iniciaron la espiral de precariedades y colapsos que apadrinaron la creciente escalada de violencias juveniles que hoy ocupan un lugar central en las agendas públicas

espiral de precariedades y colapsos que *apadrinaron* la creciente escalada de violencias juveniles que hoy ocupan un lugar central en las agendas públicas. De hecho, pensé que el acercamiento que las propias autoras describían como estudio preliminar no lograba la tensión necesaria entre la descripción y el momento interpretativo.

Dieciséis años después, encuentro en este libro algunas claves fundamentales para comprender las transformaciones de la mara y algunas respuestas al peso de las condiciones estructurales en la aceleración de las violencias juveniles.

En el texto en cuestión, las autoras señalaban que «la combinación de rasgos de las antiguas pandillas delincuentes y de los grupos políticos anteriores a los ochenta hace de las maras una *expresión de clase*»³ (Avanco, p. 35). Y apuntan:

Su bautizo como maras ocurrió durante la masiva manifestación de septiembre de 1985, cuando asaltaron tiendas (como las pandillas) y lucharon contra el incremento de la tarifa del transporte público hasta que triunfaron (como jóvenes politizados). Como descendientes de movimientos juveniles urbanos previos, sus miembros tienden a ser trabajadores y estudiantes o ambas cosas, además de ser ladrones (...) se trata de jóvenes que se ubican en el contexto del fracaso aparente de los movimientos populares.

Dos cuestiones resultan relevantes aquí: la primera, el reconocimiento temprano de que estas expresiones juveniles no podían leerse al margen de una cuestión de clase y, de manera especial, como expresiones que se insertaban de forma más o menos clara no solo en el fracaso aparente de los movimientos populares, sino en la derrota evidente de las luchas políticas de los 70 y principios de los 80 en buena parte de América Latina⁴. La otra cuestión es la ambivalencia como signo primero de estos colectivos juveniles, su rostro

3. El énfasis es mío.

4. Mis análisis y reflexiones sobre este punto en particular están documentados en *Estrategias del desencanto*.

bifronte y desconcertante: la recuperación de las tradiciones democráticas de lucha y reivindicación ciudadana junto a incipientes formas de expresión violenta y de ruptura con el orden social.

En el libro se citan dos encuestas realizadas por el Plan Nacional de Juventud de Guatemala (Avanco, p. 17), donde mareros encuestaron a mareros. Citan las autoras:

Casi el 90% de los miembros de las maras nació y creció en la ciudad; 27% no tienen religión, y de la mayoría que se declaró religiosa 24% es evangélico (...) todos son alfabetos. 61% está en la escuela primaria o secundaria y el 39% abandonó los estudios, 83% no trabaja. La mayoría se ha enrolado en la mara recientemente: 73% en el último año, 15% en los dos últimos años (...) 55% respondió que su aspiración era estudiar, 2% formar una familia, 19% trabajar, 1% ir a Estados Unidos y 19% dijo no tener aspiraciones (...) 85% está de acuerdo con las normas que rigen su propio grupo (...) y el 100% afirmó estar de acuerdo con su mara, de la que tienen una imagen positiva recia y violenta, pero que les permite ser solidarios y respetuosos entre ellos.

Este rápido bosquejo permite establecer algunos rasgos clave para entender las transformaciones de la mara: el componente urbano de esta forma de agregación juvenil, en ciudades empobrecidas pero maquilladas de modernidad; la expansión del «evangelismo» y el fuerte crecimiento de la feligresía juvenil en estas iglesias. También se ratifica lo que ha ido agravándose en la región: alfabetismo funcional, abandono temprano de la escuela y desempleo generalizado. La década de los 80 marcó decididamente la opción juvenil por formas de agrupamiento a través de las cuales buscaban y encontraban respuestas al choque de sus aspiraciones con las condiciones objetivas y reales, que los alejaban cada vez más de las *trayectorias*⁵ estables y estabilizadas del proyecto moderno para la reproducción social. La «mara», la «banda», «la clicca», «el crew» se convirtieron en alternativas de socialización y pertenencia, en espacios de contención del desencanto y el vaciamiento de sentido político; en esos espacios, fuertemente cifrados, codificados, en el sentido del honor, del respeto, de la «ganancia» de nombre propio, muchos jóvenes en América Latina encontraron respuestas a la incertidumbre creciente del orden neoliberal que anunciaba su rostro feroz en los 80 (Reguillo 1991 y 2000).

Estas expresiones juveniles no podían leerse al margen de una cuestión de clase en el fracaso aparente de los movimientos populares, sino en la derrota evidente de las luchas políticas de los 70 y principios de los 80 en buena parte de América Latina

5. En el sentido dado a este concepto por Pierre Bourdieu (1990).

***Se ratifica lo que ha
 ido agravándose
 en la región:
 alfabetismo funcional,
 abandono temprano
 de la escuela y
 desempleo
 generalizado***

El texto anticipaba preguntas importantísimas, quizás sin intuir que sus hallazgos y preocupaciones adquirirían un cariz profético quince años después. Se lo planteaba de la siguiente manera:

Los jóvenes urbanos de las capas más empobrecidas están bajo enormes presiones que los empujan en varias direcciones (...) viven en una sociedad represiva que les ofrece escasos servicios sociales y en

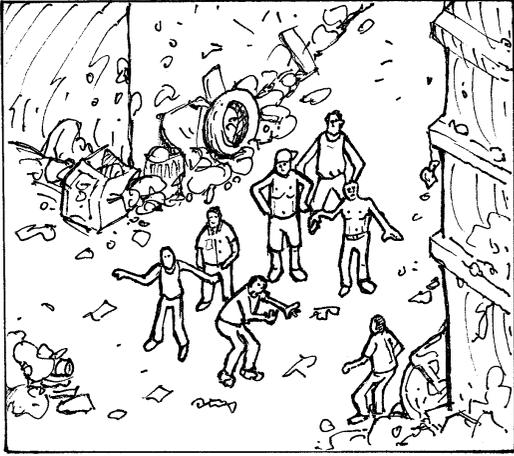
la cual algunos incentivos aparentes, como la educación, conducen a una patética desilusión (...) ¿Hacia dónde van los jóvenes?, ¿qué ocurrirá con las maras conforme pase el tiempo? (Avancso, p. 39).

(...) No hay dudas de que su falta de orientación las deja expuestas a la manipulación por parte de grupos políticos y no escaparían de ser incorporadas o utilizadas por redes criminales de adultos (...) absorbidas por el crimen, irían más allá de un punto sin retorno para volverse centralizadas, antidemocráticas, autoritarias, más violentas (Avancso, p. 36).

Los datos corroboran hoy aquellas intuiciones, y en torno de las direcciones posibles –la pobreza estructural, el repliegue del Estado benefactor, los múltiples fracasos de la escuela, ya sea como instancia garante de la incorporación social, como espacio de socialización o como escenario para la formación de ciudadanos– las evidencias no pueden ser más elocuentes. Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (2004, p. 143), 31.867 jóvenes varones murieron en la región por causas violentas (homicidio) y 2.814 jóvenes mujeres perdieron la vida de igual forma⁶. En Brasil, Colombia, El Salvador y México se registraron los mayores porcentajes de estas formas de violencia extrema. La Cepal asume que la violencia mortal en El Salvador está vinculada a las maras: «denominación que reciben los grupos de pandillas juveniles en ese país, constituidas originalmente por jóvenes salvadoreños deportados de los Estados Unidos y que son reconocidos por su agresividad, formas violentas de cohesión interna y defensa de su territorio y actividades, entre las que se presume vinculación con redes internacionales de narcotráfico»⁷.

En las aproximaciones al «fenómeno maras», se discute si su origen se encuentra en los jóvenes que emigran a Estados Unidos o en la propia Centroamérica.

6. La cifra ha sido construida a partir de indicadores disponibles en cada país entre 1998 y 2003, por lo que «suma» las muertes violentas en un solo año.
 7. Cepal: *La Juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*, p. 142, nota siete.



Pero tal parece, en todo caso, que la pregunta relevante no pasa por aislar geográficamente (si fuera posible) el origen de estas agrupaciones, ya que el criterio de translocalidad se ha convertido en un asunto clave tanto para los jóvenes como para el pensamiento sobre los jóvenes.

Entre 1998 y 2003 se produjo un incremento de las actividades violentas y delictivas de estos grupos. Sin embargo, es a partir de 2004 cuando, de manera espectacular, las maras (la «Salvatrucha»⁸ y la «18»⁹) empiezan a ocupar un lugar central en el imaginario del miedo y se convierten en la «nota caliente» favorita de los medios. Es indudable que dos factores contribuyen a esta centralidad mediática: la decisión del gobierno estadounidense de declararlas «problema de seguridad nacional» y, desde luego, la «diversificación» delictiva de la mara: venta de protección y traslado de migrantes (centroamericanos, europeos del este, árabes) de Centroamérica a México, en red con grupos mexicanos; control de la ruta fronteriza Guatemala-México (Tecún Umán-Ciudad Hidalgo) a través de «la bestia» o «el tren de la muerte»; posesión de armas de alto calibre y de asalto. Sin embargo, y pese a los continuos reportes de los medios, todavía estamos lejos de entender desde adentro este acelerado deslizamiento hacia la violencia extrema y la delincuencia de los jóvenes agrupados en maras.

Por lo pronto, la colección de imágenes que hemos visto y leído profusamente desde 2004 ha incrementado paulatinamente el enorme poderío simbólico de la figura de la mara, las maras, los mareros, para abrir las compuertas del miedo¹⁰ y, con ello, dar paso franco a la mano dura, a la súper mano dura, al blindaje fronterizo, a la operación acero, a la construcción esquizofrénica de zonas de riesgo cero, sin que se toque, en lo esencial, el modelo socioeconómico y político que opera como caldo de cultivo para estas formas de identidad extrema.

Los síntomas: translocalidad y cotidianeidad

Más que como emblema de la violencia, quisiera pensar a la mara, y especialmente las representaciones de la mara, como un síntoma, es decir, como una

8. De origen salvadoreño. Toma su nombre de «salvadoreño» y de la expresión coloquial «trucha» que significa listo, avisado.

9. Originada en Los Ángeles, toma su nombre de la calle 18.

10. Por ejemplo, en Tapachula, Chiapas, una «alerta» sobre un presunto ataque de maras salvatruchas contra centros educativos, lanzada por una estación de radio y en mensajes por telefonía celular, provocó que 200 escuelas, jardines de niños, primarias, secundarias y hasta guarderías fueran desalojadas por padres de familia angustiados, temerosos de la «agresión». V. Rodolfo Villalba Sánchez: «Causa histeria colectiva falsa alerta sobre ataque de maras en Tapachula» en *La Jornada*, 23/11/04, México.

expresión radicalizada del malestar contemporáneo, que encuentra frente a la carencia o insuficiencia de lenguajes para ser expresado un vehículo idóneo en «lo criminal». Walter Benjamin (1995) señalaba que la fascinación que ejerce el «gran criminal» deriva del tipo de amenaza específica que implica: el gran criminal no quebranta la ley del Estado, sino que la confronta con la amenaza de declarar una nueva ley.

*Al analizar la
imagería, parecería
que la mara proviene
de algún afuera de
lo social, anomalía
radical cuya
existencia es
preferible explicar
por sí misma*

En este pliegue de sentido quizás radique una de las pistas centrales para comprender qué es lo que expresa el síntoma proyectado sobre un imaginario social desprovisto de proyecto colectivo y de pacto social, atemorizado por las señales constantes de la ruptura del orden conocido y el declive acelerado de las instituciones, perseguido por la pobreza y la ausencia de un orden inteligible. La mara se instala justo en el vacío de legitimidad, de hegemonía en el sentido gramsciano más profundo y, desde ahí, desafía la legalidad, pero al hacerlo confronta una ausencia, no una presencia. En otras palabras, su poder se funda en una ausencia: en su avance señala las áreas más vulnerables del proyecto social y provoca en los poderes fácticos la respuesta autoritaria que pretende llenar la ausencia de legitimidad con una dosis redoblada de legalidad¹¹.

Por ello, al analizar la imagería, parecería que la mara proviene de algún *afuera de lo social*, anomalía radical cuya existencia es preferible explicar por sí misma, ya que confrontar el vacío es una operación no solo complicada sino políticamente inconveniente. Así, a través de la revisión de más de 500 notas y reportajes de prensa (tanto estadounidense como latinoamericana) que narran a la mara y abordan el tema de las estrategias de control, encontré la recurrencia a dos procedimientos básicos: el (ilusorio) control sobre el territorio y la aplicación irrestricta de políticas punitivas (primero acusar y luego preguntar).

Ahora bien, dadas las características más visibles del fenómeno, se trata de procedimientos condenados al fracaso, si el objetivo fuera traer de regreso a los

11. Un ejemplo es la Ley para el Combate de las Actividades Delincuenciales de Grupos o Asociaciones Ilícitas Especiales, de la Corte Suprema de Justicia de El Salvador, promulgada en el Diario Oficial 65, Tomo 383. Otro lo constituyen la «Operación Mano Dura» y la Ley Antimaras, propuestas por el presidente de El Salvador, Francisco Flores, y difundidas en cadena nacional (radio y televisión) el 23 de julio de 2003. También, la convocatoria a la «Cumbre Antimaras» entre los gobiernos de la región, realizada en junio de 2005.

jóvenes agrupados en maras. Se trata de efectos de opinión que resultan altamente productivos para implantar un clima generalizado de terror, lo que a su vez, como han documentado de manera impecable los críticos latinoamericanos de las dictaduras militares, resulta clave para instaurar el control y el autocontrol en la sociedad. Pero aunque los operadores policíacos se nieguen a verlo, la mara desborda y desafía la lógica de estos procedimientos.

De cara a sus dos rasgos fundamentales más aprehensibles resulta claro, en primer término, que la diseminación territorial de la mara como una forma organizativa que opera no solo transnacionalmente, sino sobre todo «translocalmente», implica un cambio que no alude solamente a la movilidad de los actores sociales excluidos, que se asemejan poco al «vagabundo» descrito por Bauman (1999) y mucho menos a la figura del «turista global»¹². Se trata de la emergencia, más allá de las cuestiones identitarias, del migrante, que a caballo entre la figura del emigrante y la del inmigrante construye su proyecto de vida en un nomadismo translocal. En su fase actual, la novedad que la mara introduce es la de llevar el territorio a cuestras y su capacidad para establecer vínculos de estabilidad relativa en las localidades donde se instala. Cabe preguntarse aquí, para efectos analíticos y tal vez políticos, quiénes son los actores «locales» que acogen a este migrante que

Cabe preguntarse quiénes son los actores «locales» que acogen a este migrante que se instala en un movimiento permanente hecho de pactos contingentes y peligros constantes, que rodea y protege al individuo y toma cuerpo en la acción, violenta y subversiva

se instala en un movimiento permanente hecho de pactos contingentes y peligros constantes, que apela a la idea de una estructura «imaginada», de orden superior, que rodea y protege al individuo y toma cuerpo en la acción, violenta y subversiva.

El «jenja»¹³ existe en algún lado y su poder descende, vertical, sobre esos cuerpos ocasionalmente sedentarios. Ahí están también las «hainas»¹⁴, cuya presencia guerrera deviene compañera afectuosa en esa contingencia estable. Y en el centro del perpetuo movimiento, los «homies» (compas, hermanos),

12. Bauman elabora una doble tipología para referirse al desplazamiento contemporáneo: la figura del vagabundo que transita sin acomodarse y la del turista que siempre tiene la posibilidad de retorno. A su impecable análisis y desde la situación de los países periféricos, habría que añadir una tercera y una cuarta figuras: la del nómada translocal que, sin acomodarse, retorna constantemente, y la del desplazado que no tiene la opción de acomodarse, dadas las condiciones de expulsión continua que padece, y tampoco puede aspirar a un retorno.

13. Jefe máximo de la mara, por encima de los jefes estatales y locales.

14. Mujeres de la mara.

camaradas que lo mismo cobran las deslealtades que cobijan el desarraigo a la intemperie, en San Salvador, en Tegucigalpa, en Tecún Umán, en Ciudad Hidalgo, en la megalópolis mexicana, en Los Ángeles, San Francisco, en Reynosa, en Houston: los «homies» son el barrio, la familia, el grupo primigenio y la señal más inteligible de lealtad y pertenencia. Migrantes translocales, los integrantes de la mara no se circunscriben a ningún territorio, porque de tiempo antiguo fueron desechados y es ese desarraigo su principal fortaleza. Así como la «estabilidad» engendra certezas y saberes, la movilidad constante es portadora de aprendizajes significativos sobre los múltiples modos de gestión de lo contingente.

Y, bajo las mismas premisas, la política punitiva extrema, el castigo ejemplar como liturgia de los tiempos «modernos», se enfrenta a la fortaleza de quien no tiene nada que perder, salvo la vida que, en los entornos empujados a la miseria por el capitalismo depredador, es un bien devaluado. «La vida loca», como consigna de las agrupaciones juveniles que emergen en los barrios de distintas ciudades del continente en la segunda mitad del siglo XX¹⁵, es el canto celebratorio y angustiado de la ruptura con «la norma», el corrimiento de los límites, la afiliación al exceso.

Derrotar las violencias en los territorios juveniles es una tarea que excede a los burócratas del castigo y a los administradores de la mano dura, porque para sus integrantes la mara configura y representa una imagen positiva del poder del yo en la constitución y producción de acontecimientos, de una vida con sentido, que desborda los linderos de la norma. En otras palabras, la mara opera bajo una lógica cultural y no según un parámetro legal ya que funda su propia legalidad, es portadora de un poder paralegal que destroza la oposición binaria legal-ilegal. Lo que para la norma, la ley o el sentido de lo permitido, más o menos de manera generalizada, es estado de excepción, en la mara es cotidianidad.

*Migrantes
translocales, los
integrantes de la mara
no se circunscriben a
ningún territorio,
porque de tiempo
antiguo fueron
desechados y es ese
desarraigo su
principal fortaleza*

15. José Manuel Valenzuela ha documentado y analizado con gran precisión y profundidad la continuidad cultural de las identidades juveniles que emergen en contextos de lucha por la afirmación identitaria y que desborda los márgenes de lo estrictamente juvenil, como el pachuquismo o el cholismo, donde lo que se juega de fondo no es solo la confrontación con el «mundo adulto», sino con el mundo anglo y afro, entre otros espacios de disputas desde las pertenencias étnicas, raciales, nacionales. V. Valenzuela (2003), entre otros trabajos.

Cuando la muerte, la inestabilidad, la incertidumbre, la desesperanza y el desapego se instalan como experiencias cotidianas, el castigo ejemplar es irrelevante. Las reflexiones de Benjamin en torno de las violencias pueden ser útiles para comprender la complejidad de este mecanismo. Dice el filósofo: «Si en la teoría jusnaturalista del Estado las personas se despojan de toda su autoridad a favor del Estado, ello ocurre sobre la base del supuesto (...) de que el individuo como tal, y antes de la conclusión de ese contrato racional, ejercite también *de jure* todo poder que inviste *de facto*» (1995, pp. 25-26).

Se asume como no problemático el hecho de que el individuo, el ciudadano, está dispuesto a despojarse de todo su poder, de toda su autoridad bajo el supuesto de que asume que su poder delegado es constitutivo del pacto social

Para un pensamiento (bastante extendido) que justifica el uso de la violencia cuando se buscan fines «justos»¹⁶, se asume como no problemático el hecho de que el individuo, el ciudadano, está dispuesto a despojarse de todo su poder, de toda su autoridad (de su calidad de *autor*, en el sentido de Michel De Certeau), tanto en la palabra dada a la ley, juramentada, como en la práctica, bajo el supuesto de que asume que su poder delegado es constitutivo del pacto social o de lo que Benjamin (entre otros) denomina «contrato». Pero lo que hoy enfrentamos como sociedad es no solamente la tensión histórica entre el pacto *de jure* (socialmente acordado) y el poder *de facto* (el de los individuos aislados o en grupo), sino la crisis del pacto social, que es incapaz de seducir –en términos gramscianos– a los ciudadanos con su capacidad de inclusión. Así, como una hipótesis interpretativa, la mara quizás representa el rostro más extremo del agotamiento de un modelo legal, en el que la palabra dada (el pacto suscrito) deja de tener no solo vigencia, sino sentido; de manera especialmente dramática, reemerge el poder *de facto* (que las lógicas hobbesianas creían vencido para siempre) de personas, individuos y grupos que ya no están dispuestos a ceder y delegar su «autoridad», su poder, en el Estado.

Sin pacto, sin un acuerdo «racionalmente fundado» que tenga para las personas un sentido aprehensible en lo inmediato, están rotos los conductos para cualquier ley y solo queda espacio para el «ajuste de cuentas», la revancha, la fuerza punible de quienes se mantienen, sostenidos por el hilo de un suspiro atemorizado, del otro lado de los límites.

16. Por ejemplo, el ejercicio de la violencia legítima por parte del Estado.

Que la mara controle hoy extensos territorios para el tráfico de cuerpos «ilegales», que ejerza su cotidiana dosis de violencia brutal, que se asocie de manera cada vez más evidente a las estructuras del crimen organizado, que renuncie de manera explícita a cualquier posible retorno al *pacto racional*¹⁷, que de manera un poco obsesiva narre al periodista de turno los excesos, la violencia, la necesidad de infligir a la sociedad una pena por el propio sufrimiento, no resulta en absoluto sorprendente. Pienso que el poder de la «para-legalidad» es mucho mayor que el poder de la ilegalidad, ya que la primera lleva implícito el germen de un orden diferente y fundante, paralelo.

Nada de lo anterior significa o pretende significar que se asuma una posición relativista o idealizada de la capacidad creciente de la mara como grupalidades al límite. Lo que intento enfatizar es el absurdo y la peligrosidad de las políticas de mano dura y combate frontal contra lo que podríamos pensar como «sectores excedentes», es decir, como grupos sociales que han sido «producidos» por la ceguera y la voracidad de las fuerzas capitalistas aliadas a los poderes fácticos locales, que hoy se intersecan con la política del miedo y las retóricas de la seguridad.

Ni las lógicas de la excepcionalidad ni el control del territorio resultan suficientes para calibrar e inventar (*invenire*, hacer venir) dispositivos y motivos para desalentar la carrera furiosa hacia la violencia en un mundo colapsado por sus propias decisiones.

Iconos y testigos... la voz en off

No es la posición condenatoria ni la argumentación romántica desde una defensa a ultranza del victimario devenido víctima o viceversa, ni mucho menos la posición acrítica o indiferente frente a un asunto que nos atañe a todos lo que nos colocará en un lugar mejor para entender la mara, cuya complejidad no logra calibrarse en el debate público, porque son sus rasgos espectaculares los que quedan fijados en un discurso que se expande –más que la mara misma– y cuyo efecto es el de obturar la reflexión crítica.

Más que establecer los márgenes de la verdad, me interesa discutir los límites de la verosimilitud y sus efectos tanto para la sociedad que consume ávidamente

17. No resulta sorprendente que los «retornos milagrosos» se hayan producido por vía de la conversión religiosa extrema. Hay mucha documentación sobre casos de ex-mareros que, arrepentidos de «la vida loca», se instalan en el lugar de lo religioso para predicar sobre los riesgos de la biografía, y algunas pocas veces sobre la crítica al modelo y el orden dominantes.

Más que establecer los márgenes de la verdad, interesa discutir los límites de la verosimilitud y sus efectos tanto para la sociedad que consume ávidamente los cada vez más numerosos y espeluznantes relatos sobre la mara, como para la mara misma

los cada vez más numerosos y espeluznantes relatos sobre la mara, como para la mara misma, a la que, temo, las lógicas mediáticas han alcanzado en el centro mismo de su sentido y su hacer, al igual que otras manifestaciones extremas de la contemporaneidad: (auto) convertidos en rehenes de su propia fotografía y reportaje periodístico, los integrantes de la mara buscan desesperadamente llenar los requisitos del «criminal más buscado», de la peor pesadilla mediática.

Recientemente, en Buenos Aires, apareció en el importante diario *Clarín*, durante dos días seguidos, un reportaje sobre las maras centroamericanas. El reportaje en cuestión¹⁸ está firmado por el periodista Gustavo Sierra, quien aparece como enviado especial a la mismísima Tegucigalpa (y no es descabellado suponer que el efecto semiótico buscado bajo la denominación «enviado especial» busque expresar peligrosidad extrema). Quien fuera corresponsal argentino en la reciente (y aún no terminada) guerra contra Irak no encontró un objeto mejor o más digno sustituto que el peligro que enfrentan los periodistas «incrustados» en la mara. Aun así, ningún reproche sobre la selección del tema, ya que Argentina enfrenta su propia dosis doméstica de violencia «juvenil» (los llamados «pibes chorros»), que convoca miedos, interés, morbo, terror, búsqueda de soluciones, relatos extremos, todo al mismo tiempo; y en ese sentido, el reportaje hubiera podido significar un aporte interesante para mirar y ser mirados. Sin embargo, el «testigo» en cuestión no logra resistir la tentación de sobredramatizar, y uno de los encabezados de las notas secundarias es «En diez años podríamos tener el fenómeno acá». Al citar fuentes «autorizadas», el testigo «en extremo peligro» alude a «todos los expertos en delincuencia juvenil en Argentina», pero cita solo dos voces, entre las que no están Gabriel Kessler, ni Sergio Balardini, ni Lila Caimari y tampoco Jorge Salesi, por citar algunos. Sus fuentes lo autorizan a profetizar que en diez años las maras podrían estar presentes en la Argentina, aunque no se aclara bien cómo, puesto que no se explica si la mara está interesada en tomar por asalto el Cono Sur o los propios «pibes chorros» devendrían maras centroamericanas¹⁹.

18. Gustavo Sierra: «Maras. El azote de Centroamérica y EEUU. ¿Llegará a la Argentina?» en *Clarín*, 12/6/05, Buenos Aires, pp. 34-37 y «Maras. Imponen la 'mano dura' para combatir pandillas» en *Clarín*, 13/6/05, Buenos Aires, p. 27.

19. Ahora que, con ironía, los propios argentinos dicen que se «latinoamericanizaron».

En un interesante recuadro, el diario propone una comparación *vis à vis* entre los «pibes chorros» y la mara: formas de organización, tipo de liderazgo, fondos de financiamiento (presuntos), tipo de acciones (o prácticas), armas, drogas, imagen (o marcas de identidad) y el número de sus integrantes. Más allá de lo superficial del ejercicio «comparativo», lo que extraña al lector es la ausencia de un cuadro comparativo de la situación sociopolítica de Argentina con respecto a El Salvador, Honduras, Guatemala, México o incluso Estados Unidos. Pero hacer una lectura geopolítica de las condiciones propicias para la violencia no retrata tan bien como la reducción estereotipada de ciertas identidades sociales al límite. En su descargo, Sierra no ha sido el único «cronista de Indias», ni *Clarín* el único diario del continente en haber incurrido en el efectismo para construir la nota sobre la mara²⁰. La situación es tan compleja y dramática que iconos y testigos colaboran en una relación que termina por abonar el terreno para la solución violenta y autoritaria.

Argentina enfrenta su propia dosis doméstica de violencia «juvenil» (los llamados «pibes chorros»), que convoca miedos, interés, morbo, terror, búsqueda de soluciones, relatos extremos, todo al mismo tiempo

El poder de seducción mediático de la mara es ambiguo y quizás en ello radique su fuerza, su capacidad de convertirse en caja de resonancia de los múltiples malestares del siglo, de su proteica imagen para metaforizar temores difusos y focalizar miedos concretos (el desapego absoluto a la más mínima norma y pacto social). Cuando los grandes medios se acercan a estos territorios, se produce una simplificación peligrosa, que al tiempo que mutila la complejidad, minimiza la gravedad de lo presintomático. Cuando la imagería avanza, se produce un colapso de sentido, una carencia de significación, un eslogan en lugar de un núcleo de sentido.

Apelando nuevamente a Benjamin en torno de la diferenciación que establece entre violencia mítica y violencia divina, podemos quizás aventurar que «la disolución de la violencia jurídica se remonta por lo tanto a la desnuda vida natural, que confía al viviente (...) al castigo que expía su culpa, y expurga también al culpable, pero no de una culpa sino del derecho. Pues con la vida desnuda cesa el dominio del derecho sobre el viviente» (1995, p. 69). La espectacularización creciente de la mara como tema-objeto extremo de todos los

20. Cuando escribo esto, la fotografía central del grupo *Milenio*, que edita diarios en distintas partes de México, es la cabeza cercenada de un marero atacado por rivales en una cárcel o centro de detención para menores en Guatemala. V. «Justicia mara» en *Público*, 21/9/05, p. 1.

males presentes y por venir tal vez sea una manera de expurgar el derecho y dejar al desnudo la violencia divina, aquella que según Walter Benjamin –y yo le creo– acepta sacrificios.

Tenemos un problema que no se resuelve citando estadísticas de la crisis, ni apelando a la revancha de lo divino travestido en lo jurídico. El momento exige reflexiones muy serias, que sean capaces de no destruir por la violencia lo engendrado por la violencia.

Bibliografía

- Avanco: *Por sí mismos. Un estudio preliminar de las «maras» en la ciudad de Guatemala*, Cuadernos de Investigación Nº 4, Avanco, Guatemala, 1988.
- Bauman, Zygmunt: *La globalización. Consecuencias humanas*, FCE, Buenos Aires, 1999.
- Benjamin, Walter: *Para una crítica de la violencia*, Leviatán, Buenos Aires, 1995.
- Bourdieu, Pierre: «La juventud no es más que una palabra» en *Sociología y cultura*, Grijalbo / Conaculta, Colección Los Noventa, México, 1990.
- Cepal / OIJ: *La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*, Cepal / Naciones Unidas, Santiago de Chile, 2004.
- De Certeau, Michel: *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, UIA / Iteso, México, 1995.
- Reguillo, Rossana: *En la calle otra vez. Las bandas juveniles. Identidad urbana y usos de la comunicación*, Iteso, Guadalajara, 1991. Segunda edición corregida y aumentada, 1995.
- Reguillo, Rossana: *Estrategias del desencanto. Emergencia de culturas juveniles en Latinoamérica*, Norma, Buenos Aires, 2000.
- Reguillo, Rossana: «Los límites de lo nacional. Los jóvenes y las razones del desencanto» en *Toda-vía* Nº 10, Buenos Aires, 2005.
- Sfez, Lucien: *Técnica e ideología, un juego de poder*, Siglo XXI, México, 2005.
- Valenzuela, José Manuel: «Pachomas (Pachuco-cholo-mara), Nortecos y Fronteras» en José Antonio Pérez Islas, Mónica Valdez González, Madeleine Gauthier y Pierre-Luc Gravel (coords.), *México-Quebec. Nuevas miradas sobre los jóvenes*, IMJ / Observatoire Jeunes et Société, México, 2003.

AMÉRICA LATINA HOY REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

Agosto 2005

Salamanca

Vol. 40

CUMBRES PRESIDENCIALES: **Laurence Whitehead** y **Alexandra Barahona de Brito**, Las Cumbres Mundiales y sus versiones latinoamericanas: ¿haciendo una montaña de un grano de arena? **Félix Peña**, La compleja red de cumbres presidenciales. Reflexiones sobre la diplomacia presidencial multilateral y multiespacial en América del Sur. **Fernando Henrique Cardoso**, Las conferencias de cúpula iberoamericanas. **Celestino del Arenal**, Las Cumbres Iberoamericanas: el largo y difícil camino hacia su institucionalización. **Diana Tussie** y **Mercedes Botto**, Las Cumbres de las Américas: una nueva plataforma para la sociedad civil. VARIA: **Silvia Dutrenit Bielous** y **Gonzalo Varela Petito**, Dilemas políticos y éticos en torno a las violaciones de los derechos humanos en el Cono Sur. **Juan Estrella**, Ciudadanía y participación ciudadana en la Ciudad de México.

América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales es una publicación de Ediciones Universidad de Salamanca. E-mail: <latin hoy@usal.es>.

Jóvenes en Guayaquil: de las ciudadelas fortaleza a la limpieza del espacio público

¿Cómo afecta la privatización del espacio urbano a la constitución de sentidos de ciudadanía entre los jóvenes guayaquileños? La respuesta parcial es una ecuación polarizadora promovida por la renovación urbana: por un lado, los jóvenes de ciudadelas fortaleza, y, por otro, aquellos que ocupan los escalones más bajos del mercado laboral creado por la propia transformación espacial. Esta situación anuncia el futuro de la ciudad más poblada de Ecuador: paisajes genéricos, fronteras espaciales de clase y raza, y márgenes saturados por quienes no calzan en la fotografía de postal que maquilla el conjunto de la renovación urbana.

Xavier Andrade

Recurro a un internet café para actualizarme profesionalmente sobre temas de antropología y arte contemporáneo. El escenario es un barrio de clase media-alta en Guayaquil, Ecuador, la ciudad más grande del país, con una población que sobrepasa los dos millones de habitantes. El futuro de la ciudad está marcado por un agresivo proceso de renovación urbana que empezó hace poco más de un lustro y cuyas consecuencias visibles son tan notables como aquellas que no se dejan ver. La recurrencia mediática a ciertos aspectos

Xavier Andrade: antropólogo de la New School for Social Research, Nueva York. Trabaja temas de renovación urbana, antropología visual y arte contemporáneo. Es profesor asociado de Flacso-Ecuador.

Palabras clave: etnografía, renovación urbana, limpieza sociológica, ciudadelas fortaleza, «jóvenes burbuja», Guayaquil, Ecuador.

***El silenciamiento
político opera en
ambos frentes y el
miedo es el puente
que articula sus
intercambios***

de la vida juvenil –particularmente, la violencia entre sectores populares– funciona ocultando, simultáneamente, su devenir como masa poblacional en una ciudad signada, ahora, por la privatización radical del espacio público. La pregunta que articula este ensayo es: ¿cómo afecta tal privatización a la constitución de sentidos de ciudadanía entre los jóvenes guayaquileños?

Intento contestarla analizando dos polos de una ecuación excluyente promovida por la renovación urbana: por un lado, los jóvenes de ciudadelas fortaleza y, por otro, aquellos que ocupan los escalones más bajos del mercado laboral creado por la propia transformación espacial. El silenciamiento político opera en ambos frentes y el miedo es el puente que articula sus intercambios.

Artificialidad

Observo detenidamente a mis efímeros pero consuetudinarios colegas internautas, pienso en las ciudadelas fortaleza en las que han crecido entre la gente de su mismo estrato social y composición étnica, y escucho el intercambio que mantienen mientras profesan, a gritos, disposiciones para ser exitosos en un juego virtual que escenifica la eventual aniquilación del terrorismo internacional. Reunidos por los propios diseñadores de la batalla, todos mis informantes combaten a los miembros de una red terrorista cuyos rostros, no por coincidencia, son de gente de piel oscura. Todos los internautas ocupan la posición del soldado estadounidense en ataques «liberadores» que tienen lugar en un paisaje de montañas áridas. La circulación de comandos entre ellos es sucinta: «ataca», «aniquílalos», «mátalos». «¡Cuidado!» es el grito de moda mientras se divierten, oscilando entre el ataque verbal para disminuir la masculinidad pública de cada uno de ellos y la risa abierta o la decepción por los objetivos logrados o fallidos. Un tono de precaución que es activado también cuando se retiran de la sala de juego, en el territorio de las ciudadelas de habitantes homogéneos en términos de clase y raza, separadas por muros supervigilados las 24 horas por gendarmes apostados en garitas y apoyados por cámaras de video.

El caso extremo de este estilo de vida autocontenido es el de Samborondón, una ciudad satélite ubicada al frente de Guayaquil, al cruzar el amplio río Guayas, a cuya orilla se extienden ambos asentamientos. Un puente une físicamente los dos polos, pero también separa sociológicamente a los jóvenes

que viven en cada una de las orillas. La prensa ha dado por referirse a los que habitan allí como «chicos burbuja» para dar cuenta del carácter artificial de su experiencia en tanto «urbanitas», la misma que crea fantasmas y enemigos, como los de la *play station*, cuando se enfrentan eventualmente con las realidades situadas más allá de las murallas¹.

La primera sensación que tiene quien visita Samborondón es la de encontrarse en el Primer Mundo. Una amplia avenida atraviesa este conglomerado urbano; esos kilómetros de asfalto son la mejor infraestructura de su clase en el país. Una serie de palmeras ornamentan parterres y aceras, en un intento supremo por mimetizarse con los paisajes de familiaridad global que los planificadores de estos lares añoran. De hecho, las palmeras han sido elevadas –especialmente a partir de su implantación masiva como parte del lenguaje estético de la renovación urbana en Guayaquil– al nivel de iconos de progreso, puesto que sirven para trazar lazos simbólicos entre estas localidades y Miami, ciudad que se ha convertido desde mediados del siglo pasado en el principal referente arquitectónico tanto para los constructores privados como para los diseñadores de la renovación espacial en su conjunto. Aunque a estas alturas del debate sobre el carácter homogeneizante de la globalización, vinculaciones de esta índole pueden sonar mecánicas o simplistas, para el caso guayaquileño describen literalmente la transposición de dispositivos o proyectos arquitectónicos en el paisaje genérico que se ha ido creando, muchos de los cuales han sido diseñados por compañías norteamericanas creadoras de franjas insignes tales como la de Coconut Grove.

A cada lado de la avenida se han extendido, en el último decenio, decenas de ciudadelas amuralladas. A lo largo de este eje espacial centros comerciales, tiendas y restaurantes alternan con establecimientos educativos y proveen a las familias de un entorno tendiente a la autosuficiencia. De hecho –se advierte– muchos de los adolescentes y jóvenes socializan enteramente dentro de estas fronteras, las

La prensa ha dado por referirse a los que habitan en ellas como «chicos burbuja» para dar cuenta del carácter artificial de su experiencia en tanto «urbanitas»

1. El concepto de «urbanita» da cuenta de sujetos y formaciones sociales que se hallan insertas o dependen cotidianamente de las economías urbanas. Es el equivalente a «*urbanite*» en inglés, y no guarda relación con el de «urbanista» en castellano, que se refiere a quien desempeña tareas de planificación espacial en una ciudad. Ambos conceptos describen posiciones radicalmente diferentes en el entramado urbano; unos operan desde la experiencia cotidiana mientras que los otros lo hacen desde las instancias de ordenamiento.

de los condominios donde habitan primero, y las de los espacios comerciales supervigilados de Samborondón, luego. Ello ha producido una sensación de extrañamiento frente a Guayaquil, ciudad que es visitada generalmente solo en los perímetros de las zonas renovadas, aquellas que constituyen el nuevo atractivo turístico del puerto. Su experiencia ciudadana es, pues, esencialmente turística, la

Las más sutiles formas de disciplina, sin embargo, se hallan en la subordinación del espacio a la lógica comercial de las zonas renovadas

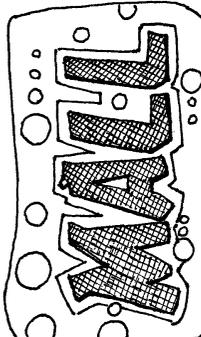
que puede tener un visitante en lugares que, habiendo sido remodelados, cuentan con guardianía privada permanente para controlar la presencia de vendedores informales y sujetos sospechosos, como los pandilleros.

En estos espacios, las disposiciones disciplinarias varían: algunas están destinadas a ordenar directamente el manejo corporal de los ciudadanos mediante la prohibición de besarse o sentarse

en una banca; otras ordenan la conducta mediante prácticas de avergonzamiento público frente a irrupciones tales como sentarse al filo de una piletta o tocar una planta en las zonas de jardines ornamentales. Las más sutiles formas de disciplina, sin embargo, se hallan en la subordinación del espacio a la lógica comercial de las zonas renovadas, promoviendo un tránsito espectacular –esto es, de escaparate– por parte de los paseantes, en el que toda forma de apropiación espontánea del espacio público va siendo gradualmente abolida. En este contexto, la mirada turística de los jóvenes es aquella que ha sido construida oficialmente como la única vía posible, como lo es para el conjunto de una ciudadanía silenciosa y autocensurada respecto de los efectos perversos de la renovación urbana sobre su propio carácter de ciudadanos.

La artificialidad de la presentación turística de las zonas renovadas es preservada, como en las propias ciudadelas fortaleza, mediante la supervigilancia armada de las áreas afectadas. Modelado el plan de seguridad pública de la ciudad a partir de las estrategias diseñadas por William Bratton (asesor del ex-alcalde Rudolph Giuliani, cuya estancia en el gobierno local de Nueva York ha sido considerada exitosa por la disminución del crimen entre los 80 y 90, a costa de violaciones sistemáticas de los derechos humanos, especialmente de los sectores étnicos más pobres), Guayaquil ha servido como un laboratorio para radicalizarlas². De hecho, a mediados de 2005 el gobierno central aprobó

2. No solamente la delincuencia común sino también el tráfico de drogas fueron los ejes de la agenda Bratton. Para una revisión crítica de sus impactos sobre el último, v. X. Andrade et al.: «Dope Sniffers in New York City: An Ethnography of Markets and Patterns of Use» en *Journal of Drug Issues* N° 29 (2): 271-298), Florida State University, Florida, 1999.



TUVE QUE METER LA MANO EN EL BOLSO DE MAMA OTRA VEZ. CUANDO SE DARAN CUENTA DE QUE NO SOY UN NINA Y DEBO ELEGIR POR MI MISMA?

NO TE ENROLLES ESE TIPO DE ROBOS YA SE CONSIDERAN OBRAS DE ARTE EN NEW YORK.
¿ROBOS... EN SERIO?

BUENO, PRIMERO ME HAGO EL PIERCING, ME MUERO POR LLEVAR UNO.
PERO ESO DUELE
LO BELLO SIEMPRE DEBE DOLER.

HABLANDO DEL DOLOR, EL QUE SIENTO CUANDO PAGO LAS CLASES DE PIANO, CON ESO ME COMPRARIA ESTE MODELITO

DIRAS QUE LAS PAGA TU VIEJO
A ALGUIEN LE TOCA HACERLO. QUE TE PARECEN ESTOS?

LA VENGANZA
PERO SI YA LA VI ME LO HUBIERAS DICHO ANTES

CONCENTRATE ¿MIRA, NO ES PRECIOSO??
IGUALITO AL QUE COMPRO CRISTINA.

TU SI ERES AGUAFIESTAS. TE DIJE QUE NO ME LANOMBRARAS

ESTO SON PALABRAS MAYORES
JOYERIA
TENDRE QUE DAR EL TARJETAZO

NO CREAS A VECES NI YO SE LO QUE SE ESTA LLEVANDO
SE LO QUE SUFRES

TENGO HAMBRE COMAMOS ALGO
AHI SI QUE NO TE ACOMPAÑO

TODAVIA ESTAS A DIETA?
SI, COMPRARE EL NUEVO BUTT STRECHT EL DE LA T.V.!

CADA VEZ QUE VEO ESA JOYA ME DA UNA DEPRE
SERÁ CUANDO TRABAJES
CALLA, ESO ME DEPRIME MÁS.

SAIDA
MALL

UFF NO SE PERO SIENTO COMO SI HUBIERAMOS ESTADO ANTES AQUI?
UN DEYAVÚ

una iniciativa de la municipalidad para la concesión del control del espacio público a compañías privadas de seguridad, que expandió la privatización de las zonas renovadas hacia espacios callejeros considerados como conflictivos por sus supuestos altos índices delincuenciales. Las evaluaciones periódicas no reflejan, sin embargo, cambios cualitativos, a pesar del alto costo de la operación de los guardianes privados y la asesoría externa de una compañía internacional involucrada presuntamente en adiestramiento antiguerrillero y formación de mercenarios.

El mercadeo político del miedo tuvo como secuela principal una marcha masiva para legitimar este proyecto privatizante de las calles, organizada por el gobierno local liderado por el alcalde neoconservador Jaime Nebot (2000-2004, reelegido hasta 2008).

La consecuencia sociológica de los procesos descritos que interesa principalmente en este ensayo es, sin embargo, la incorporación de nociones hegemónicas de ciudadanía que reposan en la abolición no solo del espacio público

Las versiones mediáticas del proceso renovador se hacen eco de la noción oficial de «autoestima», para referirse a sentidos de orgullo basados en la pertenencia a una ciudad disciplinada, comercial y emprendedora

sino también de la esfera pública. Las versiones mediáticas del proceso renovador se hacen eco de la noción oficial de «autoestima», para referirse a sentidos de orgullo basados en la pertenencia a una ciudad disciplinada, comercial y emprendedora³. El Guayaquil regenerado, desde esta perspectiva, se ve como un futuro puente entre los mercados asiáticos y Sudamérica, un puente basado en su posición de cercanía estratégica entre esta última y el resto del continente. Contrario a este espíritu globalizado, un solo tipo de ciudadanía interna es activado oficialmente: aquella que afirma la equivalencia entre derechos civiles y lugar de nacimiento. Esta concepción ha sido cobijada históricamente bajo la retórica de la «guayaquileñidad». Las voces que aparecen en

los medios desde los sectores juveniles tienden, por lo tanto, a rendir pleitesía a iconos, monumentos y discursos masculinistas y patricios que conjugan

3. Para una ampliación de la discusión y referencias cuantitativas sobre temas de renovación urbana, seguridad y limpieza sociológica en el caso guayaquileño, v. X. Andrade: «Guayaquil: Renovación urbana y aniquilación del espacio público» en Fernando Carrión y Lisa Hanley (eds.): *Regeneración y revitalización urbana en las Américas: hacia un Estado estable*, Flacso / WWICS, Quito, 2005, pp. 147-168.

aspectos selectivos de la memoria tendientes a afianzar racionalidades muchas veces xenófobas, construidas como imágenes identitarias opuestas a las de la capital serrana, Quito, en una reedición de la rivalidad histórica entre el centro exportador y la capital administrativa.

Un ethos del amurallamiento

El *ethos* de un proyecto político que avanza intereses corporativos vinculados a los sectores exportador y turístico reposa en una concepción supervigilada de la ciudad. En este entorno, los «chicos burbuja» ejemplifican nuevas formas ciudadanas que habitan un espacio fragmentado, amurallado y polarizado socialmente como si se tratara de una ecología naturalmente urbana. El carácter artificial de esta experiencia ciudadana está basado en el miedo, especialmente hacia congéneres jóvenes de las clases populares que cotidianamente son retratados por los medios como delincuentes.

***Los «chicos burbuja»
ejemplifican nuevas
formas ciudadanas
que habitan un
espacio fragmentado,
amurallado y
polarizado
socialmente como
si se tratara de
una ecología
naturalmente urbana***

Dentro del discurso sobre la delincuencia, son los pandilleros juveniles quienes han cobrado renovada exposición mediática a inicios de este siglo. A pesar de que no existen cifras confiables sobre la evolución del fenómeno, en Guayaquil datan como problema social de los años 80. Voces provenientes de ONG dedicadas a la promoción social hablan de que operarían actualmente 40.000 iniciados. La gran diferencia con sus predecesores de la década pasada no recae necesariamente en la comisión de actos más violentos. Si antes los asaltos y asesinatos ocurrían para arrebatar *sneakers*, ahora ocurren también por teléfonos celulares. Pero tampoco se puede entender el problema desde su supuesta actuación como ejércitos callejeros al servicio del narcotráfico y de mafias organizadas. La gran diferencia radicaría en el mayor grado de organización interpandillera, ahora que al menos una parte de ellas se articula bajo el sistema de «naciones».

Pero todavía queda por determinar hasta qué punto este nuevo tipo de formación social opera efectivamente como una forma delincencial más sofisticada, o si es en gran parte una imagen mediática que ha sido importada como parte de la retórica de la globalización. Lamentablemente, en el caso

ecuatoriano, los escritos sobre pandillerismo tienden a reproducir los clisés mediáticos sobre violencia y drogas y a convertir el tema de las «naciones» en otro lugar común.

Limpieza sociológica

En diciembre de 2004, dos jóvenes artistas fueron condenados a limpiar de los muros de Samborondón y otros lugares de la urbe una serie de grafitis que delineaban la silueta de un cerdo. Proyecto fallido de márketing para una cadena de sándwiches, en septiembre del año pasado fue enarbolado en época de elecciones seccionales como comentario político bajo el nombre de «Chanchocracia». De esa forma, pasó a convertirse en el motivo de una ola de histeria social sin precedentes respecto del pandillerismo. El lugar de la histeria: Samborondón. El móvil: una presunta venganza transnacional que tendría lugar entre las ciudadelas fortaleza. Sus agentes: jóvenes escolares y, sobre todo, sus padres y autoridades de instituciones educativas. Los objetos del miedo: pandilleros asociados al sistema de «naciones». La evidencia: un correo electrónico anónimo que asociaba las siluetas de los cerditos con un código de amenazas dirigidas a reivindicar un supuesto asesinato de «Latin Kings» acaecido en Madrid por parte de jóvenes de la elite guayaquileña. El gatillo de la histeria: la superposición, en un noticiero de televisión nacional, del e-mail anónimo con imágenes de pandilleros de «Latin Kings» junto con «Los Netas», una de las dos naciones reconocidas en el medio.

La nota más irónica de este episodio, que se prolongó durante una semana de máxima exposición mediática, es que el autor principal de las imágenes de los cerditos era un joven residente de la propia área de Samborondón, quien además gozaba de conexiones familiares con altas funcionarias de la municipalidad. El municipio, por supuesto, se pronunció tratando el caso como un acto vandálico que, sin embargo, fue manejado con explicables deferencias reservadas solamente a los ligados mediante lazos de parentesco. En un contexto en el cual el espacio público está siendo gradualmente privatizado, el control del ornato también es estricto. De ahí que figuras tan inocuas como las de los cerdos –combinadas con sentidos de seguridad pública que reposan solamente en estrategias represivas y que son traicionados por las fantasmagorías resultantes de la estigmatización de los jóvenes de los estratos populares– terminen suscitando una ola de histeria.

La resolución de este evento tuvo otro resultado irónico: el acto obligatorio de limpieza de los muros por parte de los artistas acusados de vandalismo fue

cubierto mediáticamente, visibilizando, al hacerlo, una tarea cotidiana que normalmente se halla discriminada por la propia apropiación acrítica de los medios sobre los mecanismos de la renovación urbana y sus consecuencias sociológicas. Se trata de la limpieza igualmente compulsiva que está a cargo de los obreros tercerizados para dar mantenimiento a las calles, plazas y parques renovados.

La renovación urbana ha sido ejecutada mediante un aparato de fundaciones que actúan como extensiones paramunicipales para el diseño, la ejecución, el mantenimiento y la operación de los espacios intervenidos o que están bajo su influencia. Centenares de obreros han sido contratados para los trabajos de limpieza y mantenimiento. Baldosa por baldosa de las aceras renovadas, adoquín por adoquín de las plazas, bloque por bloque de los parques, son limpiados manualmente y bajo la presión de mangueras de agua. Todos los obreros uniformados trabajan en turnos y por sectores. Aunque las fundaciones subcontratan para las tareas descritas a otras compañías, generalmente estas últimas, con la venia de las primeras, contratan a obreros sin otorgarles beneficios tales como el del seguro de salud, ni proveerlos de implementos mínimos de seguridad industrial. Aunque la municipalidad se jacta de haber generado «miles y miles de puestos de trabajo» a cuenta de las obras de la renovación urbana, la mayor parte se basa en la explotación sistemática, con lo cual el gobierno local y sus fundaciones quedan fuera de cualquier responsabilidad moral, legal y social para con los trabajadores empleados a través de mecanismos de tercerización.

Si la cara visible de la renovación es la del éxito turístico, la naturaleza y las condiciones de trabajo de centenares de obreros son, en cambio, invisibilizados, como también lo es el carácter excluyente y de creación de fronteras del conjunto del proceso renovador. Como en otros lugares de Latinoamérica, el principal objeto de intervención en las reformas espaciales es el mercado informal. Los vendedores ambulantes son ora relocalizados (en el mejor de los casos, en centros comerciales y mercados de escasa fluidez de compradores), ora directamente marginalizados y condenados a la extrema pobreza. Al irrumpir la renovación en un sistema tradicional de aprovisionamiento basado en la economía callejera, los pequeños comerciantes han sido desplazados hacia los márgenes. En el caso de Guayaquil, los discapacitados que tenían a cargo la distribución de lotería y

*De ahí que figuras
tan inocuas como
las de los cerdos
–combinadas con
sentidos de seguridad
pública que
reposan solamente
en estrategias–
terminen suscitando
una ola de histeria*

el alquiler de teléfonos fueron también excluidos, no sin enfrentamientos con la municipalidad. Aunque algunos de ellos han vuelto a las calles, la gran mayoría lucha por su supervivencia en las fronteras espaciales de la renovación. Muchos de estos vendedores informales son jóvenes y niños que aprenden a vivir y a resistir los embates de una ciudad amurallada o supervigilada. Si bien su mundo es espacialmente distinto del de quienes habitan las ciudadelas fortaleza, participan al igual que estos últimos de la creación de nuevos sentidos de ciudadanía movilizados desde el poder local. La experiencia guayaquileña fue premiada

La experiencia guayaquileña fue premiada por la Organización de las Naciones Unidas en 2004 en tanto «paradigma de desarrollo humano»

por la Organización de las Naciones Unidas en 2004 en tanto «paradigma de desarrollo humano», como parte del Proyecto de Gobernabilidad Local del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.

Éste es, pues, el modelo de relaciones sociales entre los jóvenes a futuro: el de la segregación espacial, el miedo, la violencia y los estigmas entre diferentes clases sociales. Así, el discurso de la «gobernabilidad local», tan en boga en estos días, oculta una pregunta fundamental: ¿qué sentidos de ciudadanía se van creando?

La dinámica espacial de la renovación urbana no ha generado directamente por sí misma ni ciudadelas fortaleza ni «chicos burbuja», pero sí un ambiente ideológico que utiliza el tema de la seguridad pública para trazar fronteras espaciales entre los ciudadanos. La primera es una empresa pública, mientras que las segundas son enteramente privadas. Sin embargo, tanto las áreas renovadas como las ciudadelas amuralladas son producto de una concepción del orden social que intenta excluir a sectores marginalizados mediante políticas abiertamente represivas. En ambos casos, son compañías privadas las que guardan el orden impuesto, que incluye códigos de etiqueta de vestir y la discriminación sistemática para el ingreso de jóvenes de estratos populares, especialmente de aquellos que son vistos, mediante arbitrarios escrutinios visuales, como sospechosos de ser pandilleros. Aunque los espacios renovados son publicitados como puntos de encuentro para los ciudadanos en general, las prácticas cotidianas de supervigilancia imponen límites a tales encuentros. Éstos, cuando son posibles, se hallan articulados por una disciplina de recorrido espacial que simula la de los centros comerciales, solo que ahora el usuario se desplaza controlado frente a patios de comidas al igual que a jardines ornamentales y pasarelas. Éste es, pues, un sentido de ciudadanía que se basa en la no apropiación de los espacios públicos.

«Cultura»

Un obstáculo para el estudio de formaciones sociales juveniles es el que se deriva de la noción de «culturas juveniles». «Cultura» es un concepto que tiende, en sí mismo, a cosificar, homogeneizar y esencializar a los agentes de un todo social. Para el caso que nos atañe, ni los «chicos burbuja», ni los pandilleros, ni los jóvenes de la clase trabajadora forman mundos inconexos. Ninguno de ellos se sitúa más allá de las condiciones estructurales de una sociedad que, como la ecuatoriana, sigue un devenir de creciente dependencia económica y anulación de la soberanía en el campo de las relaciones internacionales, de aplicación de fórmulas autoritarias para el control ciudadano como parte de las reformas urbanas y de polarización social. De hecho, Ecuador es, a inicios del siglo XXI uno de los países latinoamericanos de mayores brechas entre su población: la relación de ingresos entre los más ricos y los más pobres es de 64 veces. Es también el de las murallas, aquellas que día a día expanden las cercas entre espacios urbanos siguiendo las líneas de separación entre clases sociales, murallas que sirven para promocionar urbanizaciones cerradas para la clase media que reeditan versiones acartonadas de Nueva York y París y para estimular la creación de paisajes arquitectónicos globales y anodinos, donde la figura de Ronald McDonald se convierte en una parada turística obligatoria. Esas mismas murallas y puentes son una marca espacial que hace referencia al aislamiento de jóvenes supervigilados por guardias y videocámaras y cuya principal contraseña de identidad es ser internautas de guerras compradas. La otra cara de los muros físicos es el fomento de la estigmatización de quienes son aislados, convertidos sistemáticamente en fantasmas y miedos que terminan articulando el conjunto de las relaciones sociales, solamente para el placer de los gobernantes y de los aduladores de la retórica de la «governabilidad local». Son ejercicios de gobernabilidad del estilo descrito para el caso guayaquileño los que dan cuenta de la exacerbación de la discriminación entre jóvenes de distintos estratos. El futuro: paisajes genéricos, fronteras espaciales y márgenes saturados de quienes no calzan en la fotografía de postal que maquilla el conjunto de la renovación urbana.

¿Qué hay de nuevo, viejo?

Una mirada sobre los cambios en la participación política juvenil

Sergio Balardini

Muchos adultos, sobre todo ex-militantes, critican a las nuevas generaciones por su supuesta falta de compromiso. Aquí se sostiene que, antes de formular cuestionamientos sentenciosos, conviene poner las cosas en contexto: los profundos cambios políticos, económicos y culturales de las últimas décadas transformaron los modos de participación juvenil. Lo que antes era visto como un espacio de sacrificio, utopías y disciplina se percibe hoy como un lugar de diálogo cara a cara, una posibilidad de obtener resultados concretos donde entran también el juego y la diversión.

Estamos hartos de ser comparados con la generación de viejos militantes que no paran de señalararnos que su tiempo fue el mejor, y el de los mejores. Si fuese así: ¿por qué estamos como estamos? Y, ¿qué nos quedaría por hacer?¹

Los cambios y su contexto

Recurrentemente, tanto en los medios de comunicación como en círculos partidarios o politizados, asistimos al momento en que el tópico de rigor es caracterizar a las nuevas generaciones como apáticas e indiferentes. Y, con

Sergio Balardini: consultor de la Fundación Friedrich Ebert en Políticas Públicas de Juventud, miembro del Proyecto Juventud de Flacso-Argentina y miembro observador de la Mesa de Concertación Juvenil de la Ciudad de Buenos Aires. E-mail: <sbalardini@flacso.org.ar>.

Palabras clave: jóvenes, participación, militancia, generaciones, política, América Latina.

1. Comentario de un joven tras un panel de debate sobre las formas de participación a través del tiempo.

frecuencia, quienes sostienen estas críticas son adultos ex-militantes, que desarrollaron en su juventud alguna clase de militancia social o política, en los epopéyicos y mitificados años 60 y 70. Frente a tales expresiones, no carentes de carga moral y vocación sentenciosa, es oportuno ejercitar un análisis que dé cuenta de los contextos en que se han socializado unas y otras juventudes, para ponerle coordenadas al asunto y evitar comparaciones en abstracto o ahistóricas. Y para introducirnos en la cuestión de los cambios en la participación juvenil en las últimas décadas, es necesario hacer un poco de historia, porque la historia aporta perspectiva y ayuda a construir sentidos.

¿Cuáles eran las claves político-culturales de los años 60 y 70? Proponemos como centrales las figuras del *cambio* como transformación de la realidad y la *voluntad* como expresión de participación en la determinación de las decisiones, como motor y dirección de esa transformación. Inscriptas, por otra parte, en un contexto de fuerte *radicalización* política e ideológica, consecuencia de la disputa socialismo-capitalismo y de los procesos de descolonización y de liberación nacional (con Argelia, Vietnam y Cuba como paradigmas). Esta tríada define con toda claridad las características que asumía la participación política por esos años: *la voluntad como motor de cambios radicales*. La política era la voluntad. Y era, además, transformadora.

Además, hay una *dimensión generacional* que emerge y muestra la presencia protagónica de los jóvenes, quienes, al calor de una mayor autonomía, fueron ampliando su círculo de injerencia y apropiándose gradualmente, en primer lugar, de las decisiones pertinentes a los hechos de su propia vida. Ello fue posible, en gran medida, gracias a la construcción del Estado de Bienestar de posguerra, que les permitió disponer de mayor tiempo para sí mismos, a la vez que se ampliaron los espacios que operaban como ámbitos de encuentro de pares (la escuela, la universidad). Pero, también, porque les permitió decidir, en tanto jóvenes trabajadores, sobre sus propios ingresos, antes destinados al sostenimiento familiar. Y aquello que comienza con disputas generacionales en la familia se proyecta gradualmente y termina por abarcar otros campos y demandas. «Poco a poco, se generaliza el rechazo a lo instituido. La lucha contra el autoritarismo y la injusticia va extendiéndose en imaginarios círculos concéntricos: de la familia al sistema escolar, al mundo del trabajo y, finalmente, a la lucha política por la transformación del mundo» (Balardini 2000). De este modo, produce la

excepcionalidad de los años 60: el cruce entre la puja generacional y la radicalización política e ideológica, circunstancia que se expresa en el especial protagonismo social, cultural y político de aquellos jóvenes, y que atraviesa y desafía las geografías.

Se trata de un tiempo en que los jóvenes rompen con el mundo de los padres (y con sus propios padres) y esto se ve reflejado en la política: sus referencias son

***Sus referencias
son sus pares,
otros jóvenes que
producen una nueva
institucionalidad, o
bien sus «abuelos»
(Marx, Lenin,
Mao, Perón, Fanon
y Marcuse,
entre otros)***

sus pares, otros jóvenes que producen una nueva institucionalidad (nuevas dirigencias y organizaciones surgen aquí y allá), o bien son sus «abuelos» (Marx, Lenin, Mao, Perón, Fanon y Marcuse, entre otros). No hay «padres» que operen como referentes políticos de esta generación.

Sin embargo, los hechos no deben asimilarse a un «juvenilismo», en el sentido de una moda juvenil ausente de plataformas de ideas. Éstas, al contrario, tuvieron fuerte presencia y se fueron constituyendo como argamasa simbólica de una época. Como señala Beatriz Sarlo, «la guerrilla de los años 70, o la radicalización política, no es una aventura del sentimiento. Esa densidad ideológica es la que hay que restituir para extirpar la idea de que era una aventura juvenil»².

En un texto de época³, Daniel Bell señala aquello que considera el mayor de los males de su tiempo (principios de los años 70): una ampliación de demandas políticas que incluye un nuevo menú, con apetencias de servicios que mejoren la «calidad de vida» en el corazón mismo de los países capitalistas, demandas que erosionan la economía con exigencias que ponen en jaque la tasa de ganancia del capital y que, para Bell, resultan contradictorias con el desarrollo de la economía capitalista misma. Y advierte en su crítica que la política (la voluntad) es la que tracciona a la economía, y que esta circunstancia habría de generar una crisis importante. Esta formulación, expresada en el contexto de los países centrales, tendrá su correlato en la tesis sobre el «exceso de democracia», que intenta dar cuenta de la situación en los países periféricos.

Con el Estado interpelado, y en ocasiones instrumentado, por los sectores populares que exigen respuestas a sus necesidades y sus reclamos de justicia, los

2. «Los setenta no fueron una aventura juvenil», entrevista a Beatriz Sarlo en *Página/12*, 25/9/05, Buenos Aires, <www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/2-531-2005-09-25.html>.
3. Daniel Bell: *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Siglo XXI, México, 1976.

sectores del capital interpretan la crisis estatal que sobreviene –y sus efectos de gobernabilidad– como producto de una «sobrecarga de demandas» que debe cesar (Balardini 2000). La puja de intereses inherente a la crisis tuvo su desenlace con una salida por derecha, vía reformas liberales desarticuladoras de un Estado de Bienestar que hacía agua por todos lados, apoyada en una feroz represión y proscripción, desatadas en el marco de sucesivos golpes de Estado, bajo el paraguas de la Doctrina de la Seguridad Nacional, y con el norte puesto en los informes sobre la «crisis de gobernabilidad» producidos por Crozier y Huntington para la Comisión Trilateral. Se responde así a la movilización social y política buscando cerrar un periodo de auge de demandas y luchas populares en América Latina.

En la etapa que sobreviene, se aceleran los cambios destinados a modificar las condiciones de la esfera de la producción –mediante la robotización, la informatización y nuevos modelos de gestión– con la consiguiente disminución del número de empleos y la reducción de los salarios. La exigencia de mayores aumentos en la productividad aparece acompañada por el temor a la pérdida del empleo y la reducción de las luchas por los derechos sociales y laborales.

Por otra parte, en un buen número de casos serán las democracias retornadas a la región durante los años 80 y 90 las encargadas de enfrentar la exigencia de legitimar o consolidar tales reformas. Poco a poco, se advertirá entre los ciudadanos la sensación de la llegada de una época en la que el estado de las cosas no puede ser transformado significativamente, de la mano de la caída del Muro de Berlín y el promocionado e interesado «fin de las ideologías» de la Guerra Fría. La participación tradicional se percibe cada vez más como poco relevante, y adviene la desilusión. Consecuencia de ello, el flujo participativo decae al mínimo. Y si bien se recupera con cada nueva esperanza, ésta dura menos tiempo y el escepticismo tiende a instalarse como clima de época.

Otra forma de participar

En ese contexto, tan diferente del del periodo anterior, debe formularse la pregunta por la participación social y política en general, y la de los jóvenes en particular, para advertir sus enormes diferencias⁴.

4. «La organización bipolar de la Guerra Fría se basaba en una constelación de espacios y valores que reivindicaban lo estatal, lo público y lo político como principios de universalidad. Admitía la lucha, la confrontación y la revolución, como formas, si no únicas, válidas y valiosas de la política. Se definían y guardaban las fronteras –nacionales, ideológicas, de género–. Existía una extraordinaria tendencia a realizar clasificaciones y, sobre todo, formas de organización binarias

En los años 60 y 70, la política era vivida como el lugar desde el cual transformar la realidad, en una perspectiva plagada de utopía, que adquiere sentido, implica un valor y significa la voluntad y la posibilidad del cambio radical. «Todo podíamos cambiar, estábamos convencidos. La situación era totalmente distinta de ahora; aparte nosotros estábamos seguros de estar presenciando un acontecimiento histórico excepcional. La guerra de Vietnam, la liberación de los pueblos del Tercer Mundo, la Revolución cubana, Mao en China... Eran años en los cuales la idea de cambiar el mundo era constitutiva de un joven. (...) Teníamos la certeza de que todo era posible...»⁵. Ese sentido de la política como lugar de transformación del mundo se invierte en los años 80 y 90, cuando la economía pasa a subordinarla y pretende convertirla en pura técnica y administración. La política como transformación quedó entonces desplazada porque –se proponía– las cosas no se pueden cambiar. Eso significaba, además, naturalizar las relaciones sociales. Naturalizar: pobres hubo y los habrá siempre. Naturalización que, como tal, encubre el hecho de que allí no hay naturaleza sino decisiones humanas: se trata de la sociedad, de la cultura y de la política. A esto habría que agregar algo que hoy todos sabemos: aquella política ni siquiera cumplió su promesa de gestionar con honestidad y eficacia. Administró, pero haciendo una transformación devaluada de lo real, en muchos casos con baja eficacia, y con altísima corrupción.

En cuanto a la sociedad y la cultura, hoy se viven tiempos de celebración de lo instantáneo, una cultura narcisista que busca y propone satisfacción inmediata y el repliegue sobre el individuo y los afectos, en una suerte de desplazamiento de lo público a lo doméstico y de lo perdurable a lo efímero. También la confrontación generacional adquiere otro tono: «Enfrentados con otros adultos: porcentajes de padres que desearían ser jóvenes por siempre, políticos

–explotados y explotadores, justo e injusto, correcto e incorrecto–. Las personas reivindicaban la disciplina, la razón, el esfuerzo –que las instituciones grababan en ellas– como parte de sus logros. (...) se podría decir que –tendencialmente– estos rasgos organizaban la visión del mundo.» En cambio, «La reorganización global a la que asistimos ha construido una constelación del todo diferente, basada en la valorización de la sociedad civil y lo privado, por oposición al Estado y al sistema político, casi siempre satanizado. Se reivindica la concertación y, con cierta hipocresía, se condena toda forma de violencia abierta, en especial política. Se avanza hacia la ruptura o desdibujamiento de fronteras –por lo transnacional, lo híbrido, lo transgenérico–. Se exaltan las diversidades y, para permitir su libre expresión, la organización en redes. Los sujetos reivindican la personalización de todo, la individualización, el sentimiento y el disfrute. Estos valores, que esconden un potencial autoritario tan poderoso como los anteriores –aunque se exprese de manera diferente–, se presentan prácticamente como incuestionables en el mundo actual, precisamente porque son parte de la reconfiguración de los imaginarios y los sujetos (...).» Pilar Calveiro: *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Norma, Buenos Aires, 2005.

5. Natalí Schejtman, Daniel Levi y Germán Garrido: «No sé si se puede hacer algo: hay que hacer algo», entrevista a José Pablo Feinmann en *Juliana Periodista*, N° 5/6, 11-12/2001.

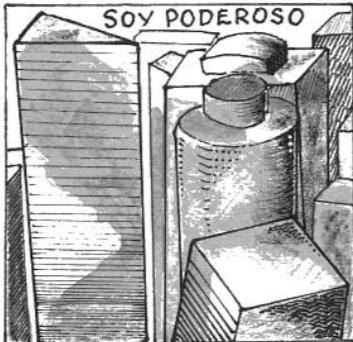
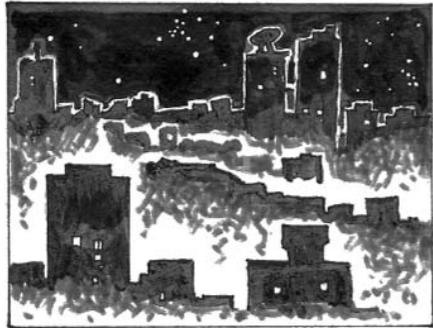
solo motivados por el poder y el dinero, empresarios que basan su riqueza en negocios turbios, preocupados por el *lifting* y el *personal trainer*, que juegan al golf, que salen de noche, que se divierten, que salen con los novios de las hijas, que se las saben todas, que no les importa nada ni nadie... »⁶. De allí que, por donde se mire, los 90 puedan presentarse como los 60 al revés, cuando lo hasta ayer alternativo se integra al *mainstream* y lo hasta hace poco «corriente principal» pasa a ser solo una posibilidad más de un menú que se abre.

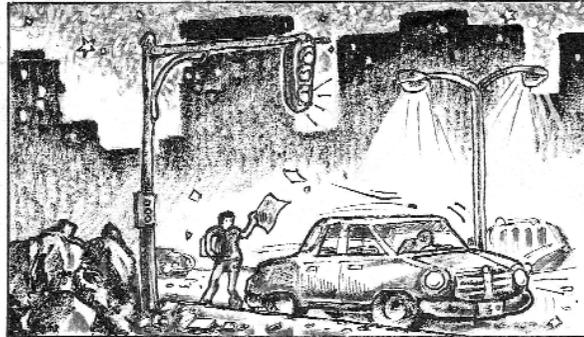
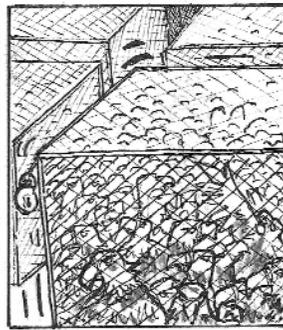
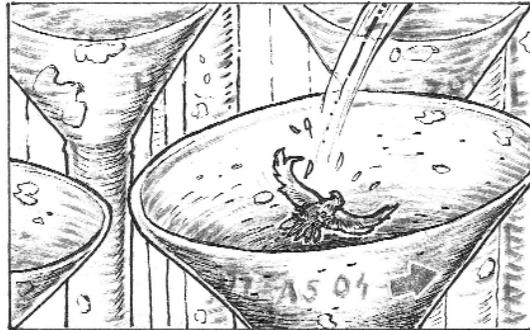
De allí que los 90 puedan presentarse como los 60 al revés, cuando lo hasta ayer alternativo se integra al mainstream y lo hasta hace poco «corriente principal» pasa a ser solo una posibilidad más

Entonces, ¿qué jóvenes participan y cómo lo hacen actualmente? Leslie Serna (1998) describe algunas características novedosas de la participación de las y los jóvenes actuales:

1. *causas de movilización novedosas*, entre las que pueden mencionarse la defensa del medio ambiente, la promoción y defensa de los derechos humanos, los derechos sexuales y reproductivos, el apoyo a la causa indígena, etc.;
2. *priorización de la acción inmediata*, orientada a la resolución pronta y efectiva, «aquí y ahora», de las situaciones que enfrentan. Esto puede articularse con una solución radical de largo plazo, pero rechaza sostenerse en un futuro no evidente y busca ir construyendo en el presente un nuevo tipo de sociedad a través de una ética de la acción diferente, también por falta de confianza en la representación. En todo caso, «cambiar el mundo» comienza ahora, aportando al cambio en su mundo más próximo;
3. *ubicación del individuo en la organización*, lo que se aleja de las concepciones en las que el colectivo masificado lo diluía en pos de un interés «superior». Los jóvenes, actualmente, recuperan la dimensión del individuo como algo fundamental y no están dispuestos a perder su individualidad en una organización-masa, lo que los lleva a participar en organizaciones con otro tipo de dimensiones y encuadres y en iniciativas específicas, muchas veces con bajo grado de institucionalización;
4. *énfasis en la horizontalidad* en los procesos de coordinación, con promoción de formatos más horizontales de grupos de trabajo, mesas o redes, buscando el respeto por la autonomía y con mucha desconfianza y rechazo a las instancias de verticalización o de centralismo democrático.

6. Juliana Periodista, cit.





Los jóvenes de hoy negocian permanentemente y confrontan escasamente. Aprendieron a negociar desde pequeños, con sus padres, con los adultos en general, y saben resolver la aparente paradoja de negociar y orientarse hacia la acción directa. Leída desde los 70, esta supuesta paradoja implicaría diluir la táctica en la estrategia, el objetivo y los fines últimos. Sin embargo, como decía Freud, «a veces un puro es solamente un puro»: tomar una escuela es exigir que se arreglen sus techos ya y no un momento de acumulación en el camino hacia un futuro de revolución.

***Los jóvenes de hoy,
cuando participan,
buscan hacerlo en
instancias de
relación cara a cara,
concreta y próxima,
en un vínculo de
eficacia con
el esfuerzo que se
realiza, donde el
producto de su
participación sea
visible o tangible***

Los jóvenes de hoy, cuando participan, buscan hacerlo en instancias de relación cara a cara, concreta y próxima, en un vínculo de eficacia con el esfuerzo que se realiza, donde el producto de su participación sea visible o tangible. Con acciones puntuales, con reclamos y denuncias concretas relacionadas a su vida por cierta proximidad, y no canalizadas a través de organizaciones tradicionales.

Al contrario de lo que sucedía en los años 70, estos jóvenes no se preocupan por el «saldo organizativo» (la construcción del partido, por ejemplo), sino por el «saldo resolutivo», concreto. Buscan un saldo de resultados, se trate de acciones socio-

comunitarias, de gestión cultural o de denuncia. Con estos propósitos, los hemos visto manifestar masivamente en las calles⁷, en acciones políticas sin partido aunque participen jóvenes de partido. Son más proclives a vincularse o asociarse alrededor de proyectos de gestión concretos que con fines de representación de intereses. No es que los jóvenes se guarden en una apatía desinteresada y sin respuestas: en su nueva sensibilidad, las motivaciones, los lugares y las instancias de participación responden cada vez menos a los canales tradicionales.

A la devaluación de la política como instrumento de cambio, los jóvenes le suman el hecho de vivirla, con frecuencia, como un espacio de manipulación al

7. «(...) en marchas de silencio vinculadas a situaciones de injusticia, en manifestaciones en defensa de la educación pública, colaborando en forma voluntaria en tareas de ayuda ante desastres naturales, en repudio de la acción o inacción de instancias estatales (en particular policiales), realizando cortes de rutas en territorios 'abandonados' por el Estado, realizando 'escraches' a responsables de violaciones de derechos humanos y manifestándose contra los golpes de Estado del pasado.» (Balardini 2000.)

servicio de tal o cual dirigente, donde aparece también, con diferentes índices, la corrupción. La política partidaria ya no es el espacio que seduce a masivos contingentes juveniles. Muchos de los convocados visualizan la política como espacio de militancia profesional, con fuerte perfil técnico y acorde con una política tecnocrática. Otros la ven como una oficina de empleo en tiempos de alto desempleo⁸. De todos modos, hay que reconocer que también están aquellos que, habiendo tenido algún tipo de socialización vinculada a la política entendida como transformación (favorecidos por la proximidad con militantes de unas décadas antes), trabajan dentro de estructuras partidarias, con la convicción de que aún se pueden cambiar cosas y de que es necesario hacerlo, porque las injusticias abundan.

De la militancia a la participación

En términos generacionales, los militantes de los años 60 y 70 portaban un mandato moral muy fuerte, que puede ser entendido tanto en sentido positivo como negativo. Un mandato de disciplina, de moral, de deber, que exigía y daba soporte a cada una de sus acciones, eslabones en un proyecto mayor. En ese marco, «la militancia» se vinculaba a una lógica política cargada de elementos de jerarquía, disciplina, verticalidad, que construyó un artefacto cerrado, difícil de permear. Asimismo, los términos en que se planteaban los antagonismos, como exclusión radical del otro, incluían una lógica de «amigo-enemigo», en la que su eliminación era un acontecer posible. Cuestiones de seguridad, de moral cultural, de rigideces y certezas que definían a un militante que asociaba solidaridad con sacrificio. La existencia de certezas actuó en muchos casos como legitimadora de atajos y de métodos que, hipotéticamente, acelerarían los tiempos justos por llegar, con las consecuencias conocidas⁹.

En cambio, a partir de los años 90 encontramos una mayor presencia relativa de jóvenes que participan en ámbitos y organizaciones informales o

8. La impugnación social de la política llegó al punto de elaborar la siguiente síntesis: si quien participa es un joven de sectores populares, «pegó un laburito»; si quien lo hace es de sectores medios, «está robando»; si, en cambio, es de sectores altos, «no le gusta trabajar» o «no sabe qué hacer con su vida».

9. Pero, ubicando las cosas en su justo lugar y tiempo, no hay que olvidar que «(...) los jóvenes radicalizados de la década de los setenta habían aprendido el valor político de la violencia en una sociedad que se valía de ella desde muchos años antes, y militarizaron su práctica revolucionaria bajo el influjo de las teorías foquistas del Che, crema y nata de los círculos revolucionarios de los años 60 y 70. Fueron, en consecuencia, un fiel producto de su sociedad y de las polémicas políticas de la época. No se los puede considerar como un 'brote' de locura repentino, sino que constituyeron un fenómeno consistente con su momento y con su país, del que reunieron algunos de sus rasgos más brillantes y más nefastos». P. Calveiro: ob. cit.

no tradicionales, a quienes no les agrada llamar «militancia» a su práctica, y que, además, procuran pasarla bien, desvinculándose de la imagen del militante sufrido, que pareciera cargar con demasiadas culpas y responsabilidades y reserva poco margen para la diversión y la vida cotidiana. En lugar de comprometerse desde un orden moral cerrado y un deber ser rígido, su participación refiere a una conjunción de ética y estética, con atención a sus modos, procesos y figuras. Se atiende tanto a las formas, a cómo se hacen las cosas, como al objetivo buscado. Hay una estética de la ética, y una ética de la estética que constituyen lo político. En esta nueva escena, asoman jóvenes dispuestos a participar en acciones tamizadas de aspectos lúdicos, con un componente expresivo-comunicativo, que indica la presencia innovadora de la cultura juvenil en el campo de la política, más allá de si las demandas son generales o específicamente juveniles. Y, en sintonía con lo anterior, ya no hay convocatoria efectiva que pueda realizarse desde el discurso de las puras ideas si no se evidencian detrás el ejemplo y la práctica que las sostengan. En ese sentido, se reconoce un resto reciclado en operaciones más próximas al marketing publicitario.

Las formas de participar que hoy proponen muchos jóvenes hubieran sido impugnadas y vetadas en aquellos tiempos. Pero es importante comprender que estamos ante la emergencia de una sensibilidad diferente: ya no se trata solamente de ejercer una acción consciente y responsable; ésta también debe ser libre y placentera.

Actualmente, son muchos los jóvenes que participan en proyectos socioculturales y sociocomunitarios y que se preguntan acerca del sentido de sus prácticas, lo que implica un proceso de politización en la acepción más positiva del término. Otros jóvenes lo hacen en las lides de la política partidaria. En ese sentido, es importante comprender que su contribución a la construcción de una sociedad civil participativa tensiona a los partidos, instándolos a ser mejores. Ayer, hoy y en el futuro habrá quienes militen en partidos, quienes realicen acciones sociocomunitarias, quienes participen en proyectos socioculturales. Lo beneficioso es reconocer que toda esa riqueza es necesaria, que debe convivir con autonomía, que puede y debe colaborar y, eventualmente, articularse: ninguno de estos ámbitos debe pretender subsumir y resolver al otro.

No compartimos, por lo tanto, la tesis de la apatía generalizada: no hay indiferencia en abstracto, sino escaso interés en la vida partidaria y en los canales tradicionales de participación. Esta circunstancia no deja de ser preocupante,

ya que los partidos son instituciones irremplazables de la vida democrática, pero implica un desafío de renovación para las fuerzas políticas y sus prácticas. No hay modelos participativos transhistóricos para replicar, aunque sí experiencia para transmitir.

Bibliografía

- Aguilera Ruiz, Óscar: «Un modelo (transoceánico) para armar. Algunas hipótesis acerca del vínculo entre juventud y política» en *Jóvenes, Revista de Estudios sobre Juventud* año 7 N° 19, México, D.F., 7-12/2003.
- Balardini, Sergio: «Prólogo» en S. Balardini (comp.): *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, Clacso, Buenos Aires, 2000, disponible en <<http://168.96.200.17/ar/libros/cyg/juventud/prologo.pdf>>.
- Balardini, Sergio: «Córdoba, Cordobazo y después. Mutaciones del movimiento juvenil en Argentina» en Carles Feixa (comp.): *Movimientos juveniles: de la globalización a la antiglobalización*, Ariel, Barcelona, 2002, disponible en <www.secnetpro.com/celaju2004/Foro02/Balardini_Córdoba.doc>.
- Fierro González, Marco Amaury: «La venganza de Mirabeau, o los jóvenes y la política de hoy», Concurso de Ensayo Político 2002, Instituto Mexicano de la Juventud, Toluca, México, <<http://othlo.com/hpolitica/escritos/21venganza.htm>>.
- Krauskopf, Dina: «Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes» en S. Balardini (comp.): *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, Flacso, Buenos Aires, 2000.
- Pedrozo, Zaida: «Desafección política. Jóvenes acusados de facilismo», investigación periodística, mayo de 1996, mimeo.
- Serna, Leslie: «Globalización y participación juvenil. En búsqueda de elementos para la reflexión» en *Jóvenes, Revista de Estudios sobre Juventud* cuarta época año 2, N° 5, México, D.F., 7/12/1998, disponible en <www.secnetpro.com/celaju2004/Foro02/leslie%2098.rtf>.
- Vezzetti, Hugo: *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.



Revista de la CEPAL

Agosto de 2005

Santiago de Chile

N° 86

Martín Grandes y Helmut Reisen, Regímenes cambiarios y desempeño macroeconómico en Argentina, Brasil y México. **Iván Finot**, Descentralización, transferencias territoriales y desarrollo local. **Sergio Boisier**, ¿Hay espacio para el desarrollo local en la globalización? **Gonzalo Biggs**, El procedimiento de solución de controversias de OMC. La experiencia de América Latina y el Caribe. **Juan Villatoro**, Programas de transferencias monetarias condicionadas: experiencias en América Latina. **Gregorio Jiménez**, La dotación de capital humano en América Latina y el Caribe. **Jorge Rodríguez V.**, Reproducción en la adolescencia: el caso de Chile y sus implicaciones de política. **Sebastián Vergara M.**, Dinámica laboral de la industria en Chile. **Marisa Bucheli y Magdalena Furtado**, Uruguay 1998-2002: la distribución del ingreso en la crisis. **Carmelo Mesa-Lago**, Problemas sociales y económicos en Cuba durante la crisis y la recuperación.

Revista de la Cepal es una publicación cuatrimestral, en español e inglés. Pedidos: Unidad de Distribución de la Cepal, Casilla 179-D, Santiago de Chile. E-mail: <carlos.eggeling@cepal.org>.

Testimonio: política desde I@s jóvenes, ¿nueva política?

María Paula Romo Rodríguez

Si los responsables del mundo son todos venerablemente adultos, y el mundo está como está, ¿no será que debemos prestar más atención a los jóvenes?

Mario Benedetti¹

La propuesta de hablar de juventud y política es para mí provocativa, pero debo aclarar que mientras la política y lo político sufren un gran desprestigio, yo formo parte de un colectivo político ecuatoriano, la «Ruptura de los 25», que desde hace un año pretende cuestionar las formas tradicionales de hacer política en nuestro país desde la necesidad de reivindicar su sentido como transformadora de la realidad.

El nombre, «Ruptura de los 25», amerita un poco de historia para comprender por qué fue escogido. En agosto de 2004, se cumplían 25 años del regreso de Ecuador a un régimen democrático-constitucional (post dictadura militar). La fecha provocó algunos actos solemnes y análisis ilustrados. Por ese entonces éramos un grupo de jóvenes de diferentes sectores del país con muchas coincidencias ideológicas, aunque no teníamos un nombre que nos identificara ni habíamos emprendido ningún proceso de crecimiento o convocatoria pública. Frente a la «celebración», decidimos que había llegado el momento de interpelar al poder.

La historia política ecuatoriana de esta última época democrática es una constante de unos cuantos nombres y decisiones tomadas muchas veces alrededor de simpatías o enemistades personales. En las elecciones de 2002, las caras en las papeletas fueron las mismas de la elección de 1978: dos ex-presidentes volvieron a correr por la Presidencia y un ex-mandatario encabezó la lista

María Paula Romo Rodríguez: ecuatoriana, 26 años, abogada, máster en Gobierno y Administración Pública. Profesora universitaria y miembro del movimiento político «Ruptura de los 25».

Palabras clave: participación, jóvenes, política, «Ruptura de los 25”, Ecuador.

1. «Un mundo de paciencia y asco» en *La Jornada*, 31/3/05, México, DF.

de diputados de la provincia del Guayas. En Imbabura, los diputados han sido los mismos desde hace 25 años, y el alcalde del cantón Paján ha estado ahí desde el retorno a la democracia. Pero a pesar de estos datos, la alternancia y el relevo generacional no fueron las únicas exigencias: también nos planteamos la necesidad de cuestionar el manejo del poder, los resultados logrados y las prácticas perpetuadas. Veinticinco años después de recomenzar nuestra democracia, Ecuador es un país más pobre y más inequitativo, lo que nos plantea una pregunta sobre el sistema político y sus objetivos.

Ni que decir de la práctica política instaurada por estos dirigentes. En estos 25 años, solo en una ocasión un único partido político realizó elecciones primarias para elegir a su candidato a la Presidencia de la República. Hoy encontramos el caso de un diputado cuyo primer alterno es su hijo y el segundo, su yerno; o el de otro que, para burlar la Ley de Cuotas (normativa que establece cupos obligatorios de participación de mujeres en las listas), puso como candidata principal a su esposa, se designó él mismo como alterno y se posesionó del cargo inmediatamente después de la elección.

En estos 25 años, Ecuador ha tenido dos ex-presidentes y un ex-vicepresidente prófugos de la Justicia, dos ex-presidentes detenidos y otro que se encuentra en libertad después de haber permanecido en prisión. Como se puede ver, pretendieron (y en algunos casos lograron) imponer en el país la lógica de que el enemigo se extermina, eliminando el respeto por el otro, su reconocimiento y la posibilidad de diálogo, que son herramientas fundamentales de la democracia.

Con estos antecedentes, creímos que era el momento de dirigirnos a estos líderes (en Ecuador se refieren a ellos como los «dueños del país») y preguntarles qué habían hecho con el poder y con el país; exigirles dar cuenta de sus actos pasados y presentes, y al mismo tiempo demandar y ser parte de la construcción de opciones políticas diferentes. Así empezó la «Ruptura de los 25», tratando de romper con ese pasado y sus prácticas perversas, realizando ahora sí una convocatoria amplia, un proceso colectivo y un trabajo que pretende articular un proyecto de país.

Y para entrar de lleno en el tema planteado por NUEVA SOCIEDAD, si a mi confesa militancia política le sumamos el hecho de que tengo 26 años, resulta evidente que no escribo estas líneas ni como investigadora, ni con pretensiones de diagnosticar o interpretar un fenómeno en particular. Este ensayo es una especie de declaración sobre una vivencia propia: qué significa hoy para un

grupo de jóvenes en Ecuador, en América Latina, hacer política. ¿Por qué tomar la opción política? De todas las preguntas, ésta es la de respuesta más sencilla: es la realidad la que nos obliga a hacer política.

Vivimos en el continente más desigual del mundo. Los datos sobre América Latina y, en nuestro caso, sobre Ecuador, son el fundamento de nuestra opción política. Personalmente, declaro que hago política desde la indignación. Es imposible permanecer expectante en un país donde 750.000 niños y niñas no asisten a la escuela por motivos económicos, donde el 6% de la población posee el 80% de la tierra, donde el 45% de las niñas y niños menores de cinco años sufren de desnutrición. Un país cuya economía se sostiene gracias a las remesas de quienes fueron expulsados por el sistema; donde seis de cada diez mujeres son víctimas de violencia doméstica y el suicidio es la tercera causa de muerte de los hombres jóvenes y la segunda de las mujeres (la primera está relacionada con problemas en el parto y el embarazo).

La necesidad de alternancia, el momento del relevo, el ejercicio de ciudadanía o un cívico interés por lo público resultan solo recursos retóricos frente a una realidad que por sí sola exige nuestro compromiso.

Es importante aclarar que esta opción política de la juventud no es nada nuevo. De hecho, lo que resulta extraño es que en nuestra generación exista me-

El arte (desde la música, la literatura o el teatro hasta el grafiti) es un mecanismo de denuncia y protesta; allí podemos encontrar y comprender muchas de las opiniones políticas de los jóvenes latinoamericanos de hoy

nos interés por el escenario formal u oficial de la política². Los jóvenes, hombres y mujeres, hoy muestran, mostramos, nuevas formas de política, de activismo, de resistencia: el arte (desde la música, la literatura o el teatro hasta el grafiti) es un mecanismo de denuncia y protesta; allí podemos encontrar y comprender muchas de las opiniones políticas de los jóvenes latinoamericanos de hoy. Para explorarlas, los invito a revisar los coros que con entusiasmo se cantan y bailan hoy en América Latina.

2. No se trata de un fenómeno exclusivamente juvenil. El poder real cada vez más lejano de los espacios de decisión de los Estados y una lógica individualista desde el discurso neoliberal son algunas de las causas de este abandono de lo político y lo público.

No me digan se mantienen con la plata de los pobres
 eso solo sirve para mantener a algunos pocos.
 Transan, venden,
 y es solo una figurita el que esté de presidente (...).
 En la selva, se escuchan tiros,
 son las armas de los pobres, son los gritos del latino.
 (Bersuit Vergarabat: «Señor Cobranza»)

La policía te está extorsionando (dinero)
 pero ellos viven de lo que tú estás pagando
 y si te tratan como a un delincuente (ladrón)
 no es tu culpa, dale gracias al regente.

Hay que arrancar el problema de raíz
 y cambiar al gobierno de nuestro país
 a la gente que está en la burocracia,
 a esa gente que le gustan las migajas.

Yo por eso me quejo y me quejo
 porque aquí es donde vivo y yo ya no soy un pendejo.
 Que no watchas los puestos del gobierno,
 hay personas que se están enriqueciendo.

Gente que vive en la pobreza,
 nadie hace nada porque a nadie le interesa.
 Esa gente de arriba te detesta
 hay más gente que quiere que caigan sus cabezas.
 Si le das más poder al poder,
 más duro te van a venir a coger (...).
 (Molotov: «Gimme tha power»)

Como éstas, podemos encontrar en nuestros países una serie de expresiones políticas sobre pobreza, poder o migración que se manifiestan por distintas vías y que además se difunden a través de los medios masivos y de internet.

Por otro lado, la estética propia, la comunicación desde la piel, es uno de los elementos de identidad de la juventud. Hombres jóvenes, pero sobre todo mujeres en plena conquista del cuerpo, reivindican a través de la «biocultura» el cuerpo como espacio de resistencia. Como afirma Cevallos Tejada (2005), «los jóvenes poseen una capacidad para (re) significar y explayar una particular dimensión simbólica del cuerpo, las palabras y las formas; usan códigos, símbolos, gustos y consumos culturales como elementos reales y experiencias imaginarias que no soportan procesos de codificación definitorios, pero resultan claves para entender en el sentido de su poyética no solamente el principio del conocimiento, sino también del placer»; y esta vivencia del cuerpo y lo estético es –sin duda– una declaración política.

Los expulsados, los excluidos
los explotados, los exhibidos
los no explicados, (...) los no explorados (...)
Algo dirán...
(Pedro Guerra: «Dirán»)

Una de las características más importantes del escenario político de hoy tiene que ver con el desplazamiento de lo público hacia los medios de comunicación, y ése, el espacio de los *mass media* y la tecnología, es un espacio que los jóvenes conocemos mucho mejor que los adultos. En una sociedad cada vez más mediatizada, también la política se juega en los medios masivos de comunicación y se construye desde lo simbólico. Uno de los ejemplos más importantes de este fenómeno es la lucha y la resistencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y el Subcomandante Marcos, que con gran fortaleza estética y pocos recursos bélicos articuló fuerzas de todo el mundo a su alrededor usando la internet.

Esta política nueva tanto en las formas como en los medios también exige la renovación de los contenidos y la inclusión de nuevos sujetos. No puede dejar de lado la necesidad de articular y representar la diversidad y la complejidad de nuestras sociedades. Lejos del dogmatismo, el desafío es construir espacios de participación y representación política para los nuevos sujetos: amas de casa, creyentes, jóvenes, estudiantes, jubilados, activistas e individuos no agremiados o identificados con causas particulares.

*Ojalá ése sea el aporte
de la juventud
latinoamericana: la
construcción de una
izquierda nueva,
renovada, que además
de leer a Marx, milite en
las causas GLBT, en la
reivindicación feminista
por la equidad y en los
temas de cuidado
y protección
medioambiental como
ejercicio de solidaridad
intergeneracional*

En nuestro caso, es evidente que esta construcción política debe levantarse desde la solidaridad y el compromiso con los pobres y excluidos. ¿Qué aporta la juventud en este espacio? La juventud es la única que cuenta con nuevas herramientas de análisis desde la vivencia de un mundo diferente. En un mundo donde las ideologías tienen plena vigencia, es nuestro deber como generación trabajar por la transformación con la justicia y la equidad.

Ojalá ése sea el aporte de la juventud latinoamericana: la construcción de una izquierda nueva, renovada, que además de leer a Marx, milite en las causas GLBT

(Gays, Lesbianas, Bisexuales y Transexuales), en la reivindicación feminista por la equidad y en los temas de cuidado y protección medioambiental como ejercicio de solidaridad intergeneracional; una nueva izquierda que, desde la riqueza de la diversidad, proponga proyectos comunes de futuro. Se trata del reto de una generación que debe aprender de memorias ajenas y que heredó un mundo transformado gracias a la lucha de las mujeres, de los pueblos originarios, de los afrodescendientes.

Y mientras insistimos en que la lucha política es contra la pobreza y la exclusión y construimos nuevas opciones que trabajen para transformar la realidad, no podemos olvidarnos de alimentarlas por esos otros ejercicios; resistir desde la piel y en la reconquista del placer, cantar y bailar para interpelar al poder, hacer grafitis para recordar que seguimos aquí y seguir siendo jóvenes mientras creamos que otro mundo es posible.

Bibliografía

- Balardini, Sergio (comp.): *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, Clacso, Buenos Aires, 2000.
- Bourdieu, Pierre: «La juventud no es más que una palabra» en *Sociología y cultura*, Grijalbo / Conaculta, Colección Los Noventa, México, 1990.
- Cevallos Tejada, Francisco: *La situación de la juventud*, Secretaría Técnica del Frente Social, Ministerio de Bienestar Social de Ecuador, Quito, 2005.
- Criado, Enrique: «Juventud» en Román Reyes (dir.): *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*, Universidad Complutense de Madrid, 2004, <www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario>.
- Lozano Urbieto, María Iciar: «Nociones de Juventud» en *Última Década* N° 18, Cidpa, Viña del Mar, 2003, pp. 11-19.
- Macassi, Sandro: «Jóvenes y cultura política masiva. Vivencias ciudadanas desde los informativos» en Aldo Panfichi y Marcel Valcárcel (eds.): *Juventud: sociedad y cultura*, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, Lima, 1999.
- Margulis, Mario y Marcelo Urresti: «La juventud es más que una palabra» en Mario Margulis y Marcelo Urresti (eds.): *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Biblos, Buenos Aires, 1996.
- Panfichi, Aldo y Marcel Valcárcel: «El significado de la juventud en las ciencias sociales» en Aldo Panfichi y Marcel Valcárcel (eds.): *Juventud: sociedad y cultura*, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, Lima, 1999.
- Sartori, Giovanni: *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Punto de Lectura, Madrid, 2005.
- Valenzuela Arce, José Manuel: «El futuro ya fue. Juventud, educación y cultura» en *Anales de la educación común* tercer siglo, año 1, N° 1-2, «Adolescencia y Juventud», 9/2005, Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires.

Trayectorias, transiciones y condiciones juveniles en Chile

**Oscar Dávila León /
Felipe Ghiardo Soto**

La instalación de la escolarización como mecanismo legítimo de posicionamiento social en los jóvenes estudiantes del sistema público no solo está cambiando las estrategias de reproducción en estos grupos sociales. También genera una nueva configuración de espacios y procesos culturales que tienen que ver con la forma que se le quiere dar a la vida en el futuro. Esto ocurre a medida que se redefinen las edades que se asigna a cada uno de los hitos que marcan los pasos a la adultez y la valoración de las estructuras e instituciones familiares tradicionales.

Introducción

En 1964, Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron ponían en el centro de la discusión las paradojas del sistema escolar. En *Los herederos: los estudiantes y la cultura* el punto central radicaba en que la institución escolar, lejos de reducir

Oscar Dávila León: investigador del Centro de Estudios Sociales Cidpa, Valparaíso, Chile. Director de la revista especializada en temas de juventud *Última Década*. Ha trabajado y publicado diversos trabajos sobre temas de participación social juvenil, políticas públicas de juventud, juventud y educación. Entre sus últimas publicaciones se destaca el libro *Los desheredados. Trayectorias de vida y nuevas condiciones juveniles* (junto con Felipe Ghiardo y Carlos Medrano). E-mail: oscar@cidpa.cl.

Felipe Ghiardo Soto: licenciado en Sociología, Universidad de Chile, y diplomado en Juventud y Políticas Sociales. Investigador del Centro de Estudios Sociales Cidpa, Valparaíso, Chile. Ha trabajado y publicado sobre temáticas relacionadas con jóvenes y condiciones juveniles. E-mail: felipe@cidpa.cl.

Palabras clave: trayectorias de vida, transiciones a la vida adulta, condiciones juveniles, jóvenes chilenos.

las diferencias sociales, se había convertido en un mecanismo que mantenía o incluso profundizaba la distancia social entre las clases. Primero, por su estructura, que ofrecía tipos de formación y guardaba destinos escolares diferenciados según la clase de que se tratara. Segundo, por la carga simbólica que fueron adquiriendo la institución escolar y los títulos que otorga, que terminaron trasladando al campo escolar la distribución de los signos de distinción y jerarquización social. Y tercero, por los mecanismos internos con que operan las instituciones escolares, sobre todo los destinados a seleccionar el ingreso y la permanencia, que hacen parecer *naturales* ciertas condiciones que tienen raíces estructurales. Convencidos de que las diferencias no se explican por la herencia genética, sino por el legado cultural y social, los autores se resistían a creer que las variaciones en el éxito del curso escolar se debieran a talentos *innatos*. Que unos ingresen en la universidad y otros queden fuera no responde a diferencias de capacidad, sino a las condiciones de origen, que se traducen en ventajas para los grupos de mayor capital cultural, más impregnados del tipo de cultura que promueve la institución escolar.

En este marco, es de interés relevar los efectos que está produciendo el proceso de escolarización en quienes permanecen en el sistema de educación pública, que en Chile concentra a las clases más desfavorecidas y a los grupos de más tardía incorporación al sistema escolar. A diferencia de Bourdieu y Passeron, nuestro interés no está en los *herederos*, sino en los *desheredados*; no en los que reciben buenas dotes de los distintos tipos de capital, sino en los que provienen de grupos con bajos niveles de capital cultural, social y económico a la vez. A partir de eso, se intenta indagar cómo pueden configurarse e imaginarse las trayectorias de vida de esos jóvenes y sus percepciones y modos de vivir el período de juventud en torno de sus condiciones juveniles.

Estructuras de transición

Para el enfoque de las transiciones a la vida adulta, la juventud representa un periodo intermedio que es *paso* y, a la vez, *espera* entre dos estados: entre la infancia y la adultez, el antes y el después, se encuentra la juventud, que es todo lo que comprende el pasaje de una a otra. Ser joven es «ir dejando» de ser niño sin aún llegar a ser adulto, estar expuesto a la vivencia de lo indefinido, a la tensión por el desajuste que se produce cuando se deja de ser lo que se era, cuando se altera la identidad entre cuerpo, mente y condición social.

Que la juventud represente un período de transición no significa que sea una etapa de pura latencia, de espera inerte, de moratoria inactiva. Por el contrario,

toda transición es un proceso lleno de cambios, en que hay algo que está en curso, que se desarrolla, que se desenvuelve, y si algo define la juventud como etapa de la vida es la ocurrencia de cambios inscritos en el cuerpo de un sujeto. Los de orden biológico preparan su inicio y los de condición van marcando el ritmo de un proceso complejo que solo se produce porque los jóvenes actúan, porque son sujetos en tránsito, no en trance. En efecto, ser joven no es solo estar en una fase de preparación, en una «sala de espera», como diría Machado Pais, en que la vida transcurre entre los estudios y el ocio. Mientras se es joven, estadísticamente joven, ocurren acontecimientos que marcan de por vida: muchos se convierten en padres o madres, trabajan, se hacen independientes; cambios estos que, en su secuencia, su orden y sus tiempos configuran diferentes formas de «hacerse adulto», diferentes estructuras de transición.

La estructura de las transiciones tiene un carácter histórico. La edad y las formas de hacerse adulto presentan variaciones que dependen de lo que cultural y socialmente se define para cada clase de edad y, a su vez, para cada sexo en cada clase de edad. No siempre se han seguido estudios ni se ha permanecido en el hogar de origen por tantos años como en la actualidad. Tampoco quienes son madres han alternado siempre entre trabajo, estudios y maternidad.

La tradicional estructura lineal de transición, definida por una secuencia culturalmente establecida y socialmente reproducida, ha ido cediendo terreno a nuevas formas de hacerse adulto

Si existe interés en analizar las transiciones juveniles es porque las formas de transición hasta hace poco «típicas» han ido cambiando o ya no son las únicas. La tradicional estructura *lineal* de transición, definida por una secuencia culturalmente establecida y socialmente reproducida, en que se pasa de estudiar a trabajar, de ahí al matrimonio y la crianza de hijos, todo con plazos estrictos, con edades prescritas, ha ido cediendo terreno a nuevas formas de hacerse adulto, nuevas formas de transición, con otra estructura, otro orden en la secuencia y otros tiempos para cada paso.

Que la estructura de las transiciones tenga un carácter histórico no quiere decir que cada época genere un único modo de hacerse adulto común para todos. Por el contrario, en cada época hay diferentes «libretos» para las transiciones, cada uno característico de un grupo social específico y de lo que cada grupo asigna a cada género. Las diferencias tienen que ver tanto con el tipo de etapas por las que se atraviesa como con los tiempos cronológicos en que ocurre un mismo cambio de

condición. Las etapas por las que han pasado las generaciones de jóvenes de distintos grupos sociales han sido diferentes. No siempre los jóvenes de sectores populares han estudiado, luego trabajado y conformado familia. Hasta no hace mucho, el paso de la infancia a la adultez era para ellos corto, drástico, trabajaban desde temprana edad, sin estudios o con muy pocos. Esta situación era quizás más marcada en las mujeres, que pasaban de ser niñas a ser esposas y madres, sin etapas intermedias.

En la actualidad, la ampliación de la cobertura del sistema escolar permite que jóvenes de grupos sociales diferentes puedan pasar por las mismas etapas, ordenadas de la misma forma: de los estudios al trabajo y de ahí, a la formación de una familia, todos siguiendo la misma secuencia. Sin embargo, hay diferencias en los tiempos de duración que se asignan a cada etapa y las edades en que se produce cada pasaje. Por lo general, los jóvenes de bajos recursos económicos estudian menos años y comienzan a trabajar a edades más tempranas que los de clase media y alta. Como contrapartida, la edad hasta la que estudian los jóvenes de clase media y alta es mayor que la de los jóvenes de clase baja. Con todo esto, el tiempo se vuelve un factor central para el análisis de las transiciones. No incluirlo significa dejar fuera un elemento generador de estructuras de transición diferentes tanto entre períodos históricos como entre grupos o clases sociales.

Cualquier cambio histórico en la forma de las transiciones es producto y a la vez produce una manera de concebir el tiempo, de situarse en la relación entre presente y futuro, que se expresa en la etapa de la juventud. En efecto, la vivencia de la juventud sitúa el futuro en un lugar central. Siempre da vueltas en la memoria y la imaginación, incluso del que dice vivir sólo el presente. Cuando se es joven, socialmente joven, la familia, el Estado, la escuela y la sociedad fuerzan la definición del futuro, otorgan la facultad para elaborar proyectos de vida y asignan tiempo para realizarlos.

La juventud, entonces, se impone como la etapa en que se debe definir el futuro, en que los sueños de la infancia se vienen encima, se vuelven problemas del presente. Disposición social que la convención convierte en convicción, que cuando se hace subjetiva estimula la proyección presente de la vida futura y despierta anhelos respecto de lo que se quisiera hacer y llegar a ser, del mundo donde se quisiera vivir. Los sueños sobre el futuro forman parte de un proceso íntimo, profundamente personal, cuya fuente no está, sin embargo, puesta en el vacío, fuera de toda conexión con la realidad. Por el contrario, las aspiraciones nacen de condiciones sociales, de los «mundos de vida»

que configuran esas condiciones; se nutren de cuentos que se han escuchado, de historias familiares, cercanas, de lo que le pasó al amigo, lo que llegó a ser el conocido, lo que tuvo que hacer el familiar para «ser lo que es» o «tener lo que tiene». Ahí está la fuente y a la vez el filtro de esos sueños, el fondo de experiencia que contrasta lo ideal con lo posible, que convierte la aspiración en expectativa. Esa forma de ver y enfrentar la realidad que se crea en vida con lo que a cada uno le toca vivir condiciona los futuros imaginables y abre o cierra las posibilidades de llevarlos a cabo. Y en ese juego entre presente y futuro, entre sueños y decisiones, entre lo ideal y lo posible, los jóvenes se van haciendo adultos y ocupando un lugar en la sociedad, configurando su *transición* y trazando una *trayectoria*.

Transición y trayectoria

La diferencia entre transición y trayectoria no ha estado siempre del todo clara: se suele identificar ambos términos y utilizarlos para designar el mismo fenómeno. Machado Pais, por ejemplo, llama «yoyó» a la estructura de transición que va y vuelve de una condición a otra: el estudiante que comienza a trabajar y luego vuelve a ser estudiante, o el dependiente que pasa a la independencia y luego vuelve a la dependencia. Pese a esto,

***Esa forma de ver
y enfrentar
la realidad que
se crea en vida
con lo que a cada
uno le toca vivir
condiciona los
futuros imaginables
y abre o cierra las
posibilidades de
llevarlos a cabo***

transición y *trayectoria* son fenómenos diferentes. La *transición* es un proceso inevitable, común a todo individuo y presente en todo momento histórico. Siempre y en todo lugar, los niños crecen y se convierten en adultos, más allá de lo que social y culturalmente signifique ser adulto, de lo que los *haga* adultos, de los signos y ritos que marquen el paso de una a otra etapa, de la edad que señale la mayoría de edad. Que en tiempos modernos se llame «juventud» a este periodo de paso, que su extensión, sus etapas y su estructura sean diferentes de los de cualquier otra época y forma de sociedad, son fenómenos que responden a procesos sociales, culturales e históricos que, sin embargo, no niegan su ocurrencia.

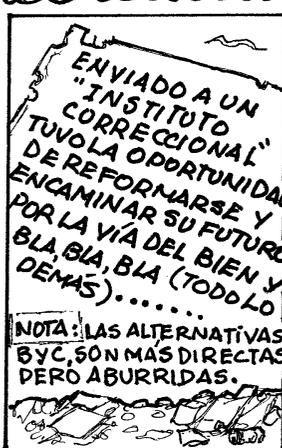
La *trayectoria* está puesta en otro plano, en el plano social, de las posiciones que van ocupando los sujetos en la estructura social, o lo que es igual, en el campo de las relaciones de poder entre los grupos sociales. Para el análisis de trayectorias, no importa la secuencia que forman las sucesivas fases de generación de

nuevos individuos adultos, sino las posiciones estructurales y las disposiciones subjetivas que producen –en el doble sentido de «ser producto de» y «producir»– esos cambios de condición. Si para el análisis de las transiciones el paso de estudiante a trabajador importa en sí mismo, si la edad en que se produce es un factor que influye en la descripción de la estructura de las transiciones, para las trayectorias importan, en cambio, el grupo social de origen, el nivel de educación alcanzado, el tipo de establecimiento escolar, el título y el tipo de trabajo al que se accede con él y la valoración social y simbólica del título obtenido.

Aunque las transiciones y las trayectorias estén en planos diferentes, no son procesos que permanezcan indiferentes uno del otro. Entre la estructura de las transiciones y la forma de las trayectorias existe una implicación mutua, con múltiples conexiones e influencias que van y vienen y las convierten en procesos que solo se entienden en su relación, en su mutua implicancia. Los cambios en la estructura de las transiciones, que definen las transformaciones en la extensión y el significado mismo de la palabra juventud, no se pueden comprender sin incorporar al análisis la trayectoria del grupo o la clase de la cual esa estructura de transición es característica o típica en un momento histórico acotado. Las trayectorias son, en efecto, factores que marcan las estructuras de transición. Que en la actualidad los jóvenes estudien más años que en épocas anteriores constituye un fenómeno que ha modificado la estructura de las transiciones y que solo se entiende como expresión práctica de una estrategia, de una disposición orientada a asegurar el futuro, una *posición* futura, invirtiendo en educación. Que permanezcan en sus hogares hasta edades más avanzadas, incluso más allá del límite estadístico o convencional de la juventud, forma parte de estrategias o medidas forzosas para enfrentar fenómenos estructurales sin perder la posición en esa estructura. Que las mujeres retrasen la maternidad o que quienes son madres alternen ese «rol» con el de estudiante o trabajadora tiene un claro nexo con disposiciones prácticas que apuntan a la búsqueda de ciertas condiciones de vida, de una posición social, difíciles de alcanzar si la maternidad se combina con la inactividad laboral.

Que las mujeres retrasen la maternidad o que quienes son madres alternen ese «rol» con el de estudiante o trabajadora tiene un claro nexo con disposiciones prácticas que apuntan a la búsqueda de ciertas condiciones de vida, de una posición social, difíciles de alcanzar si la maternidad se combina con la inactividad laboral





El efecto que ejerce una estructura de transición sobre la trayectoria es relativo y se relaciona con el grupo social de pertenencia. Los pasos que conforman una estructura de transición tienen efectos diferentes, que dependen de las condiciones en que se producen esos pasos. Por ejemplo, dos mujeres pueden seguir una transición idéntica en su estructura: ser madres a una misma edad y dejar de estudiar a un mismo tiempo; sin embargo, lo que signifique la maternidad para una y otra será diferente de acuerdo con la posición de cada una en la estructura social, por ejemplo, si una es hija del gerente de una empresa y la otra, de un albañil. La estructura de la transición puede ser la misma, con los mismos cambios de condición en un mismo orden y a un mismo tiempo, pero las condiciones en que transcurren esos tránsitos, y lo que se puede llamar el efecto o el impacto de esos cambios de condición sobre los futuros posibles, son diferentes para cada caso y dependen de las condiciones de origen o, si se quiere, de las condiciones de clase.

Casos posibles hay muchos. Lo que se quiere destacar es que la transición y la trayectoria constituyen dos aspectos fundamentales de la generación de los diferentes sujetos juveniles. En la relación entre ambas se puede ir tejiendo la madeja que permite comprender, si no totalmente, al menos en forma parcial la configuración de prácticas, la creación de aspiraciones, la formulación de expectativas y el despliegue de las diferentes estrategias que adoptan los jóvenes. Relación, por cierto, compleja, que pone el análisis frente a un tema difícil: la vinculación entre estructuras sociales, formaciones culturales y lógicas –o sentidos– de la acción.

Trayectorias y condiciones juveniles

En el caso de los estudiantes del sistema público chileno, estamos en presencia de adolescentes y jóvenes estudiantes distintos, con características diferentes en las formas en que expresan, viven, perciben y significan sus condiciones juveniles; lo que ha impactado con fuerza en la asunción del rol social u oficio de estudiante. Detrás de aquello hay una permanente intención de llevar las condiciones y culturas juveniles (en plural) al espacio de la cultura escolar (en singular), lo que plantea primariamente la disputa por la pluralidad en contra de la singularidad. Es un esfuerzo de reconocimiento y apelación a la legitimidad de los modos y estilos de vida juveniles, más abiertos y plurales, que intenta permear la cultura escolar, con su carga normativa y un carácter más rígido y menos dinámico.

Se trata de la generación joven más escolarizada de la historia, que ya exhibe niveles de escolaridad superiores a los de sus padres y madres, quienes

guiaron su vida con la promesa de dar a sus hijos educación y que éstos «sean más que ellos». Esa promesa ya se cumplió, en la gran mayoría, y en los menos, está *ad portas* de cumplirse. Es la primera generación completamente incorporada en la educación primaria; está llegando aceleradamente al ciento por ciento en la enseñanza secundaria y también se incorpora a trancos largos a la educación superior, aunque con muy desiguales accesos de acuerdo con las condiciones económicas familiares.

Esta generación desea alargar su etapa juvenil por la vía de desplazar ciertos hitos asociados al término de ésta: más escolarización y hasta edades más tardías, al igual que la inserción laboral, postergación del matrimonio y la maternidad/paternidad, y retardo del proceso de independencia (económica, residencial). Las trayectorias de vida no se plantean en un sentido secuencial de estos hechos/sucesos vitales, en lo que podría ser una trayectoria de tipo lineal, sino de manera más dinámica y no secuencial.

Es una generación que está contenta con la vida que lleva y manifiesta un tremendo optimismo en relación con su futuro y su vida próxima, que adopta un sentimiento de pragmatismo: ve de manera práctica y vivencial si sus expectativas optimistas tienen correlato con sus experiencias de vida. El problema es que ya sospechan del desajuste entre esas altas aspiraciones y expectativas, difíciles de concretar, y reconocen que tienen pocas posibilidades de cumplirlas, debido al acceso desigual a las oportunidades de acuerdo con los orígenes sociales familiares, los bajos capitales heredados y la escasa movilidad social que estaría ofreciendo la sociedad chilena. Las desigualdades de origen resultan difíciles de compensar o revertir. Por no haber recibido capitales suficientes, se constituyen en *desheredados*, sujetos que deben extremar esfuerzos

Por no haber recibido capitales suficientes, se constituyen en desheredados, sujetos que deben extremar esfuerzos para acumular capitales, de preferencia por la vía de una mayor escolarización, que podría acercarlos al cumplimiento de sus aspiraciones y expectativas de vida

para acumular capitales, de preferencia por la vía de una mayor escolarización, que podría acercarlos al cumplimiento de sus aspiraciones y expectativas de vida. Ésta es la tensión que enfrentan los jóvenes estudiantes del sistema público: ¿cómo congeniar sus altas expectativas y aspiraciones con las pocas posibilidades reconocidas?

Una fuente de los elevados grados de optimismo es la existencia de un discurso social más homogéneo sobre el rol y la importancia de la educación en la sociedad actual. Es también un contexto favorable, generador y potenciador de optimismo y expectativas altas para los jóvenes estudiantes.

Traspasar la efectividad de los discursos a las prácticas resulta complejo, pues requiere la concurrencia de los múltiples actores convocados a intervenir en las dimensiones objetivas y subjetivas de las prácticas educativas y sociales. Todos los antecedentes confirman el rol preponderante de la familia en el desempeño y el logro escolar de los hijos. Los capitales heredados (en general, bajos) o las condiciones de origen de los jóvenes y sus familias marcan diferencias significativas en la configuración de expectativas, aspiraciones y metas educacionales. El capital escolar y cultural de los padres hace diferencia, y con mayor fuerza el de la madre. La tendencia es clara: cuanto mayor es la escolaridad de esta última, se aprecian mejores desempeños escolares, mayores consumos culturales, mayor disposición de herramientas de modernización, más altas expectativas y aspiraciones, y mayores metas educacionales. Por ello hay que destacar el rol de los padres, quienes a partir de ciertos capitales de origen favorecen o dificultan la adquisición y la acumulación de capitales por parte de los jóvenes en su oficio de estudiantes: es una relación e influencia dinámica, no estática, una presencia cotidiana, no solo un punto de partida. El capital de origen de los padres, heredado a los hijos, acompaña la adquisición y la acumulación de nuevos capitales por parte de los hijos.

Los puntos de inflexión se presentan precisamente en colectivos sociales como el que nos ocupa, que poseen bajos capitales heredados. En ese caso, la generación de ese círculo virtuoso de la acumulación de capitales no puede dejarse solo en manos de las familias, sino que deben concurrir otros actores e instituciones en la tarea de potenciamiento. Entre esos otros actores e instituciones, la escuela se erige como la institución social convocada a colaborar en las trayectorias de vida.

¿Qué tanto influye la escuela en las trayectorias de vida de esos jóvenes? La escuela o, si se quiere, su eficiencia y efectividad internas, no influye únicamente en los desempeños, las expectativas, las aspiraciones y las metas de sus alumnos, sino también en un conjunto de relaciones y agentes: la familia, las relaciones sociales, la sociabilidad, el capital social, los consumos culturales... Así la escuela se ubica en intersticios múltiples, en su doble misión y desafío: como institución educativa/formativa y como institución social. La escuela es la institución que «administra las aspiraciones de sus alumnos»

(Bourdieu y Passeron), encargada socialmente de despertar, orientar y potenciar las mayores expectativas y aspiraciones, según las posibilidades de concreción por los alumnos.

Pareciera que la escuela pública que atiende a los adolescentes y jóvenes de menores recursos enfrenta un período de triple desorientación: respecto al tipo de sujeto que atiende, al desempeño del *oficio de estudiante* de su alumnado y a la clase de aspiraciones y expectativas que éste tendría. Posee una imagen de alumno, y por extensión de familia, que está signada por las carencias y las precariedades: económicas, de pobreza, socioculturales, familiares. Desde allí se construye al *alumno tipo*, portador de esas carencias e inhabilidades, que son el mayor obstáculo para el desarrollo de la labor docente en un proceso exitoso de enseñanza-aprendizaje. El profesorado (que se plantea como conocedor de sus estudiantes) ha construido una caracterización con base en el déficit y la pobreza de los alumnos y sus entornos familiares, en una imagen que podríamos denominar de *pobreza premoderna*, asociada a la noción de marginalidad social de antaño. Desde el déficit social, resulta complejo «administrar aspiraciones» elevadas.

El profesorado ha construido una caracterización con base en el déficit y la pobreza de los alumnos y sus entornos familiares, en una imagen que podríamos denominar de pobreza premoderna

En cuanto a la desorientación respecto al cumplimiento del *oficio de estudiante* por los alumnos, los antecedentes demuestran que éstos presentan, en general, un buen desempeño en sus tareas propias y en las responsabilidades atribuibles de manera más directa a ellos; por ejemplo, exhiben buenas calificaciones. Sin embargo, también expresan un déficit de la institución escuela en cuanto a que critican métodos, procedimientos y metodologías: la gran mayoría de los alumnos señala tener problemas de aprendizaje. Con todo, estos mismos estudiantes poseen una alta y positiva evaluación de la escuela, además de sentirse a gusto con el estar e ir al liceo.

La desorientación de la escuela respecto de las aspiraciones y expectativas más bien corresponde a un desfase entre miradas comprensivas: la escuela no logra aún reconocer el universo aspiracional que plantean sus alumnos, sus altas expectativas y metas educacionales, pese a reconocer sus pocas posibilidades. La escuela se ha centrado en el terreno de las posibilidades de sus alumnos. La administración de las aspiraciones se ha fundado y orientado con base en un diagnóstico

y una imagen errados del alumnado, no en el plano de la ampliación de aspiraciones, sino más bien en su acortamiento, con la excusa de las –pocas– posibilidades reales de concreción. El discurso de los profesores no se encamina hacia la ampliación de aspiraciones. Lo que está en juego en estos desfases comprensivos es la ruptura con esa suerte de circunloquio, con algo de mito: se trata de un sistema de educación pública en condiciones de proporcionar una buena educación, pero para otro tipo de alumno.

Se han presentado ciertas condiciones favorables por parte de los adolescentes y jóvenes en torno de su visión optimista sobre el futuro, pero queda planteado el interrogante que la escuela y la política educativa deberían responder: ¿cuánto pueden permanecer en el tiempo, de manera efectiva, el desajuste y la tensión entre las altas aspiraciones, expectativas y metas educacionales de estos jóvenes y el reconocimiento de las escasas posibilidades de concreción que tienen en la sociedad chilena actual?

Valparaíso (Chile), septiembre de 2005

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona, 1997.
Bourdieu, Pierre y Jean-Claude Passeron: *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.
Casal, Joaquim, Joseph Masjoam y Jordi Planas: «Elementos para un análisis sociológico de la transición a la vida adulta» en *Política y Sociedad* N° 1, UCM, Madrid, 1988.
Dávila, Oscar, Felipe Ghiardo y Carlos Medrano: *Los desheredados. Trayectorias de vida y nuevas condiciones juveniles*, Cidpa, Valparaíso, 2005.
Machado Pais, José: «Las transiciones y culturas de la juventud: formas y escenificaciones» en *Revista Internacional de Ciencias Sociales* N° 164, Unesco, París, 2000.

DEBATE AGRARIO

Noviembre 2005

Lima

N° 39

ANÁLISIS Y ALTERNATIVAS: La estrategia andina de desarrollo alternativo integral y sostenible, **Fernando Hurtado**. Sobre coca, coccaleros y drogas: fallos satánicos y debates de fondo, **Hugo Cabieses**. Coca legal e ilegal en el Perú, **Fernando Rospigliosi**. El problema coccalero y el comercio informal para uso tradicional, **Francisco Durand**. Consumo de drogas en el Perú, **Ramiro Castro de la Mata**. La Presidencia del Consejo de Ministros y la ordenanza legal del Gobierno Regional del Cusco, **Ricardo Soberón**. Coca: apuntes críticos sobre investigaciones recientes, **Baldomero Cáceres**. INTERNACIONAL: El tratamiento internacional del problema de las drogas, **Hugo Contreras**. Los daños de la prohibición de las drogas en las Américas, **Ethan Nadelmann**. América Latina y Europa y las políticas sobre drogas, **Pauline Metaal**. La coca como planta maestra: reforma y nueva ética, **Anthony Richard Herman**.

Debate Agrario es una publicación del Cepes. Av. Salaberry 818, Lima 11, Perú. Tel.: (51-1) 433-6610. Fax: (51-1) 433-1744. E-mail: <cepes@cepes.org.pe>.

**«Tú, joven,
finge que crees
en mis
ofrecimientos,
y yo, Estado,
fingiré que algo
te ofrezco»**

Carlos Monsiváis

Aunque la idea de juventud cambia y con ella las claves para su comprensión, algunos elementos permanecen inalterables. El más sobresaliente es la indiferencia funcional del Estado respecto de los problemas que atañen a los jóvenes: deserción escolar, consumo de drogas, desempleo, escasez de vivienda, violencia intrafamiliar, sexualidad, sida, aborto. Este caleidoscopio de apuntes es un acercamiento a la juventud actual de México y América Latina. Contra todo pronóstico, los jóvenes igualan la carencia de oportunidades con la paradójica y decidida afirmación de su carácter como futuro inevitable de la nación.

Un país de jóvenes. En cada nación latinoamericana esta frase orienta la publicidad comercial y la oficial, y es el paisaje de los discursos de las secretarías de Estado, en especial las de Educación y Trabajo. Un país de jóvenes es la consigna de las sociedades que equilibran su desbarajuste económico (seamos optimistas) con su elevado índice de fertilidad, e igualan la falta de oportunidades con el catálogo de promesas y desgastes generacionales. Según las elites y los gobiernos, los jóvenes son la entidad «desincorporada», a la caza de la sombra de la identidad (sinónimo de empleo). Con o sin el

Carlos Monsiváis: intelectual, ensayista y cronista mexicano. Entre sus libros se encuentran *Días de guardar* (1970); *Amor perdido* (1977); *Entrada libre. Crónicas de una sociedad que se organiza* (1987); *Los rituales del caos* (1995). Su trayectoria abarca medio siglo dedicado al estudio de la mentalidad y la sensibilidad latinoamericanas. Ha recibido, entre otros, el Premio Nacional de Periodismo, el Premio Xavier Villaurrutia y el XXVIII Premio Anagrama de Ensayo por el libro *Aires de familia*.

Palabras clave: jóvenes, Estado, neoliberalismo, americanización, Universidad Nacional Autónoma de México, México, América Latina.

reconocimiento de la paradoja, la gran mayoría de los jóvenes no solo y pre- visiblemente carece de poder; también, de acuerdo con el autoritarismo, ellos son el ejército industrial y un tanto espectral de reserva que hace de las ilusio- nes perdidas la fuente de sus experiencias.

Véanlos en la película de todos los días: los que nacieron en las zonas defini- tiva o parcialmente «indebidas» de la pobreza son el aluvión demográfico que se esparce en el metro, en los conciertos de rock o de música tropical, en las fiestas populares, en la vida nocturna, en los cines que fueron santuarios del descubrimiento de la imaginación colectiva y el sexo y hoy son el recuerdo va- go de las multitudes entregadas a la religión de las sombras y los *close-ups*. Eje de lo citadino y de lo rural, la juventud atisba el monopolio de las oportuni- dades, sostiene la industria del espectáculo, afianza a los «ídolos» (ese conve- nio de la credulidad intensa con el olvido rápido), adquiere y venera (fugaz- mente) las canciones que las otras capas cronológicas ignoran, defiende a su modo *lo nacional* al asumir con devoción los productos televisivos (actores y actrices pero de telenovela, cantantes, cómicos, chismosos y pregoneros del amarillismo), reconoce lo insignificante como lo central, se enardece con la música (su catedral de la identidad jubilosa y sudorosa), repite con tal ansie- dad los chistes que los reconvierte en resquicios de la solemnidad y, también, despliega y jubila en un parpadeo la ropa *prêt à porter*.

***En el uso semántico
 de estas décadas,
 la juventud suele
 verse como la
 disponibilidad
 perpetua, el
 territorio eximido
 de la toma
 de decisiones***

En el uso semántico de estas décadas, la juven- tud suele verse como la disponibilidad perpetua, el territorio eximido de la toma de decisio- nes. Más que atender a la edad, a la división por clases sociales, a los grados de escolaridad, etc., el término *juventud* resulta por lo común el sinónimo de *público cautivo* o a la deriva, la bomba de tiempo concentrada en los espacios del rencor social o el conformismo o, si la pers- pectiva es moralista, el alud de almas extravia- das en el torbellino del hedonismo, salvables

solo si ejercen la abstinencia sexual. Los votos cívicos en verdad valiosos –afirma la derecha– son los de castidad, y por eso el 19 de octubre de 1998, la señora Mercedes Carús de Soto le escribe al diario *Reforma*: «Hoy día un estudiante de secundaria encuentra más tentaciones camino a su escuela por la mañana, que su abuelo encontraba un sábado en la noche andando en busca de ellas» (19/10/98). Al margen de la pregunta obvia (¿en qué pueblo abandonado vivirán esos abuelos?), esta angustia teatral se aproxima

a la alegría de las revistas dirigidas a los jóvenes, que rápida y categóricamente definen a su público como el que de la lectura solo desprende lo que ya sabía, al amparo de la premisa tal vez modernizable de este modo: «No veas en la castidad un sacrificio, sino un ahorro seminal».

De la trayectoria de un vocablo

En la década de 1950 todavía no hay jóvenes en el sentido de la sociedad de consumo. Se es joven porque esto se desprende del acta de nacimiento, pero en la Ciudad de México la juventud es una etapa de la vida, y no una zona autónoma o autonómica, no un país de sensaciones, emociones y conocimientos específicos. Existe la madurez y lo no ajustado a ese molde es, si se quiere, *joven*, pero nunca en primer término. Los jóvenes se entrenan para volverse gente madura y responsable, recolectores de experiencias, anécdotas y consejos que aprenden en la sobremesa familiar o en las rondas del discurso público. El «Yo a tu edad», el «En mi época», notifican la permanencia del dogma: la juventud no es una etapa en sí misma, sino la variedad de entradas en el túnel de la respetabilidad o del fracaso «que no nos merece el menor respeto».

Los jóvenes se entrenan para volverse gente madura y responsable, recolectores de experiencias, anécdotas y consejos que aprenden en la sobremesa familiar o en las rondas del discurso público

Luego, casi en un instante, las certidumbres desaparecen. Los adolescentes de la década de 1960 ya no creen en el *continuum* de las edades, y se adaptan con fervor a la nueva gran presencia, la americanización, y a su invento mercadotécnico, la cultura juvenil. Desde esa etapa, la juventud, orbe sin moralejas contiguas, dispone de su edad como ansia y disfrute de lo moderno, lo que se desglosa en *slaloms*, *weekends*, el *hit parade*, el faje y el ligue como santo y seña de la intensidad, la difusión sexológica, la levedad de las acciones. Y un fenómeno musical distribuye las sensaciones contemporáneas sin teoría adjunta. De improviso, el roncanrol, o más sucintamente, el rock, un producto de las comunidades negras en la década de 1950, dispone de himnos: «See You Later, Alligator», de Bill Haley; «Sweet Sixteen», de Chuck Berry y «Hound Dog» de Elvis Presley. El rock trastoca en definitiva la noción de juventud urbana, y la música al servicio de esta edad será contexto atrevido o dulce, la acústica de la nostalgia, la moda que fluye de las rockolas y las radios, si no el vínculo con el planeta, y, en el caso de América Latina, el estruendo que disuelve el aislamiento en la periferia. Escuchar a Little Richard o a Jerry Lee Lewis es

percibir lo obvio: lo trepidante y lo estimulante, y en vez de voces bien portadas y comedidas (no se conocen entonces el *blues* y el *gospel*), Elvis Presley es un ofrecimiento a fondo de la sensualidad y la vanidad, del baile y la escenificación del coito, del goce promiscuo y la orgía unipersonal: «*You're nothing but a Hound Dog, crying all time*».

Los jóvenes en las ciudades

Ahora solo es posible vislumbrar –al respecto no hay encuestas retrospectivas– lo que fue para los jóvenes el advenimiento destructivo y liberador de las macrópolis, su condición de magno fenómeno cultural. La Gran Ciudad –México, San Pablo, Lima, Caracas, Buenos Aires, Río de Janeiro, Santiago, Bogotá– ha sido el anonimato feliz y el anonimato desdichado, la cerrazón simultánea de cien mil puertas y el abrirse constante de las oportunidades heterodoxas, el infinito de los refugios eróticos y el conjunto de las represiones individuales y familiares. En lo tocante a los jóvenes, la macrociudad mezcla con energía lo auténtico (la expresión de los deseos que son nuevos porque nunca les habían pertenecido a tantos al mismo tiempo) y lo comercial (la técnica que suplanta los anhelos genuinos por las elaboraciones en serie, la reducción tramposa del *demasiados* al *nomás yo*).

En las ciudades, las subculturas juveniles, tan variadas y a momentos tan atractivas, son minoritarias por el alto número de los carentes de opción preferencial, atendidos en cuanto a gustos y modas al eclecticismo y deseosos de no importunar las pasiones liberadoras, haciéndolas suyas. Si, en distintos niveles, las subculturas –del *heavy metal* al gótico, del *rastafarian* al *punk* de los fines de semana– buscan neutralizar la desmesura urbana, la mayoría prefiere lo indiferenciado, y por eso el paisaje más reconocible de la juventud no tiene que ver con la carnavalización de las alternativas. La atención sobre las minorías llamativas, irritantes, espectaculares en varios sentidos, relega lo determinante: por *cultura juvenil* se entiende lo que permanece al desbaratarse los intentos de singularidad o autonomía, y sin embargo, y como una parte considerable del proceso globalizador, allí tienen lugar o de allí se desprenden instigaciones y liberaciones fundamentales. En la década de 1960, tras el camino abierto por Elvis, el rock inglés (los Beatles, los Rolling Stones, The Who) y el norteamericano (Bob Dylan, The Doors, Jimi Hendrix y Janis Joplin), se afirma el pacto fáustico por el cual los jóvenes entregan su alma (es decir, su atención indivisible y los comportamientos aleatorios) a cambio del estallido de tradiciones, prohibiciones y represiones: «Simpatía por el diablo» y «Let it Be». Luego de esos años de inmersión en

el sonido rockero, ¿quién podrá repetir con un mínimo de eficacia el dístico famoso: «Si quieres ser feliz como dices, / no analices, muchacho, no analices»? Sexualizar el destino, con la modestia o la impudicia del caso, es modificar la historia, o eso se cree cuando se cree en la revolución sexual. Si la política aún da acceso a experiencias culminantes, en el rock, para plagiar el verso de César Vallejo, sí se encuentran «abuelos instantáneos de los dinamiteros». Y los jóvenes que no lo adoptan viven con parecida intensidad las transformaciones a su alcance. ¡Ah, esa variante de la apoteosis que son los grandes equipos de sonido!

«Uno de los privilegios de la juventud es la obediencia»

Las ciudades se han vuelto sinónimo de violencia, y allí, en cualquier momento, a cualquiera le toca. Entender la violencia es una pedagogía fatal en las urbes, y es quizá la más difícil de desterrar, no porque la mayoría de los jóvenes sean violentos –todo lo contrario– sino porque la violencia es el lenguaje urbano que alude a la inminencia del fin, el que sea, como un cálculo de costos y de inercias. Si se cuantifican en un 94% los delitos impunes en cada país, se decreta la recomendación inapelable a los jóvenes: si eres víctima, no recibirás justicia; si delinques y sabes conseguir un padrino eficaz, conocerás la impunidad.

En la definición oficial, joven es aquel que padece desinformación, incertidumbre vocacional y hambre de palmaditas en la espalda.

La idea gubernamental es muy simple: los jóvenes necesitan una guía paternal, si no de consejos, sí para recordarles que sus derechos, los que tengan, son cortesía de la suprema autoridad, Dios o el Presidente, a elegir. En la definición oficial, *joven* es aquel que padece desinformación, incertidumbre vocacional y hambre de palmaditas en la espalda. No se acepta lo obvio: en tanto sujetos de derechos, los jóvenes requieren en lo fundamental del respeto a sus libertades. Así, resultan apenas creíbles las operaciones de control social y moral, las *razzias* o redadas.

Al no haber interés gubernamental (el mínimo) en las soluciones, se «afantasma» los conflictos de fondo: desertión escolar, consumo de drogas, desempleo, escasez de vivienda, violencia intrafamiliar, sexualidad, sida, aborto, etc. No se trata de hacer milagros sino de ofrecer alternativas y enterarse en realidad de lo que sucede, más allá de frases de condolencia ofrecidas como promesa de solución universal. Además la mayoría de los jóvenes son pobres y

obligan a una parte de la elite a la pregunta desarmante: «¿Qué podemos hacer por ellos?». Y el *nosotros* que se interroga a sí mismo no es siquiera el de los funcionarios, ni el de la sociología comprometida, sino el de los habitantes de otra dimensión social y humana.

«A los jóvenes hay que formarlos en el aplauso a los adultos»

En contrapunto con el avance de la cultura juvenil, se fortifican en América Latina las técnicas del autoritarismo clientelar y el control a bajo costo. Ni manera de que el gobierno se ocupe con seriedad de los jóvenes. En 1968, cientos de miles de estudiantes de la Ciudad de México rechazan las represiones y la política del presidente Gustavo Díaz Ordaz y expresan en las calles su repudio. En un intento de minimizar el contenido crítico del movimiento estudiantil, Díaz Ordaz promete rebajar la edad del voto de los 21 a los 18 años de edad. Nadie se conmueve o, incluso, se da por enterado, y Díaz Ordaz, intempestivamente, inaugura en México la reflexión presidencial sobre la juventud. Reproduzco fragmentos de su IV Informe Presidencial, del 1 de septiembre de 1968: «Los jóvenes deben tener ilusiones; pero no dejarse engañar. Varios ejemplos tenemos de jóvenes que, engañados por el espejismo de creerse héroes cimeros, pronto supieron que su heroísmo era falso; pudieron haber sido talentos útiles para México y se perdieron por la amargura de su frustración».

Por vez primera un político de alto nivel (o de cualquier nivel, para el caso) se refiere a los jóvenes en un sentido muy distinto del de la década de 1920, cuando la juventud se amerita por disponer de maestros como José Ingenieros, José Enrique Rodó, Alberto Vaz Ferreira, Mariano Picón Salas, Rufino Blanco Fombona, José Carlos Mariátegui y José Vasconcelos. Y con la retórica a su alcance, Díaz Ordaz emite la convocatoria al sometimiento:

Está en el espíritu de los jóvenes el deseo de aventura y heroísmo. ¿Quieren emprender una gran aventura, ser verdadera y elevadamente heroicos? Tienen entonces la gran oportunidad de participar en la aventura fascinante de construir un México cada día mejor, más grande y más generoso. En él podrán practicar su heroísmo, un heroísmo que no será espectacular, pero sí noble, y que les producirá grandes satisfacciones: saberse forjadores de sí mismos enriqueciendo su espíritu con el saber y templando su carácter con la educación de la voluntad, para poder saborear la mayor alegría de todas, la de trabajar para bien propio y para enaltecer a la Patria.

¿Qué sobrevive a este discurso? No ciertamente los dones de persuasión de los gobernantes. Pero, hay que reconocerlo, los fracasos en materia de producción de seres nobles y dóciles no desaniman a quienes, ensimismados en el poder, no advierten las novedades del temperamento juvenil.

Inmovilidad social y movilidad cultural

Sin premeditación posible, se producen modificaciones radicales, que van del lenguaje corporal al canje de obsesiones. ¿Quién hubiese sospechado que emborracharse dejaría de ser para muchos la única puerta de la percepción? ¿Quién hubiese vaticinado que un buen número abandonaría la obligatoriedad de los ritos, el primero de ellos la *Marcha nupcial*? Tras la evidencia de la demagogia gubernamental, y sin ideología unificadora, numerosos jóvenes urbanos se sumergen en la droga (mariguana, hongos alucinógenos, peyote, ácido lisérgico), y hacen del rock la conmoción que prepara el gran salto mental de los años siguientes, con mayor participación femenina, tolerancia, respeto a la diversidad sexual y enfrentamiento al autoritarismo. Se abandonan las lecturas lineales de la experiencia y un número significativo asume la experimentación corporal, los hallazgos casi místicos en poemas y novelas y la belicosidad de la cultura juvenil. Demasiadas instituciones y actitudes envejecen de golpe; con la puerilidad del caso, una generación localiza sus causas a fin de cuentas muy decentes:

Yo no soy un rebelde sin causa,
ni tampoco un desenfrenado.
Yo lo único que quiero es bailar el rocanrol
y que me dejen vacilar sin ton ni son,
y que me dejen vacilar sin ton ni son.

«*It was a teeny-weeny, / itsy-bitsy / yellow polka / dot bikini, / that she wore for the first time today.*» De acuerdo con el tradicionalismo, la etapa de las décadas de 1960 y 1970 es ominosa y lúgubre. Las nuevas sensibilidades se radicalizan, es decir, los estímulos artísticos y culturales redefinen el mundo e instalan usos y costumbres hasta entonces inconcebibles.

En 1951, Jean-Paul Sartre escribe: «Solo los burgueses disfrutaban de la juventud. Los hijos de obreros y campesinos pasan de golpe de la niñez a la edad adulta». La juventud, lujo de clase. Esto deja de ser cierto al extenderse la americanización, y sus industrias de la cultura juvenil, que contagian de modo desigual y combinado a burgueses, clasemedios, obreros, campesinos, desempleados, subempleados. Y los hijos de obreros y campesinos pasan de

golpe del tiempo histórico marginal a las márgenes de la sociedad de consumo. Si los comerciales de la televisión son la nueva utopía formal, los carentes de recursos ni estacionan su BMW en el fraccionamiento exclusivo, ni poseen ropas que humillen a los cuerpos, ni ven en su condición económica un fracaso del Departamento de Efectos Especiales; si en la vida hay algo más que anuncios publicitarios (podría ser), los jóvenes que así lo deseen tendrán a su alcance libros, filmes, exposiciones de muy buen nivel. Se comprueba el axioma: donde cesa la movilidad social, en alguna medida y gracias al despliegue de las necesidades y la voluntad, emerge la movilidad cultural, algo comprobable en toda América Latina. El fin de la movilidad social humilla a un sector inmenso de jóvenes, pero el ascenso de la movilidad cultural es, para una minoría, la oportunidad compensatoria. Y aquí por *cultura* no entiendo la versión antropológica, sino el conjunto de valores artísticos y humanísticos apreciados por las generaciones y renovado periódicamente.

La inmovilidad más inquieta: el joven o la joven frente al aparato. La televisión es un surtidor de profecías sobre el porvenir inalcanzable, la compañía perfecta que solo exige el tributo de la paciencia: «Ya vendrá el chiste que de veras sea gracioso, pero, mientras tanto, me divierto aguardándolo». «Reírse es cobrar por anticipado el motivo genuino de risa.» Y sufrir es algo más laborioso. La telenovela ya no se basa en la estructura melodramática sino en el suspenso hitchcockiano: «Uno de los miembros de la familia es, en efecto, hijo del padre y de la madre. Los demás no. ¿Cuál es el hijo legítimo?». La treta tomada de los alquimistas de la Edad Media: ver televisión es aguardar lo que nunca llega, es transformar el lugar común más cerrado en hecho insólito, para efectuar el «milagro». Por lo que se ve, estos jóvenes no relacionan la televisión con lo cotidiano; para ellos, la existencia invertida ante el aparato no les resulta uso del tiempo libre, sino lo contrario, la vida por contraste y por aproximación.

La Universidad Nacional Autónoma de México: la radicalización, la lucha cívica, el sectarismo

En 1910 se inaugura la Universidad Nacional de México (UNM), un proyecto de educación superior laica. En los años siguientes, la tendencia de la UNM es conservadora, a momentos en demasía. Entre 1921 y 1925, en la Preparatoria de San Ildefonso pintan sus murales Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco, y sus adversarios enconados son los estudiantes que los insultan, rayan sus murales («Pepe estuvo aquí»), los agreden físicamente y los obligan a trabajar con una pistola cerca. En 1929 se organiza una huelga

estudiantil por cuestiones administrativas y, al producirse el movimiento en medio de una situación política tormentosa, el presidente de la República, Emilio Portes Gil, concede lo no pedido: la autonomía. Surge la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

En los años siguientes se fortalece el conservadurismo y se rechazan las pretensiones (algunas francamente abusivas) de los marxistas, que insisten en imponer oficialmente su doctrina. El traslado de las facultades de la UNAM a Ciudad Universitaria, inaugurada en 1954, propicia nuevas actitudes. Ya en 1959 o 1960 la izquierda, pequeña numéricamente, es la única fuerza política visible y audible en la UNAM. Se le enfrentan grupos de choque (*porros*) y medidas represivas de las autoridades, pero la izquierda aprovecha la condición de espacio de libertades de la UNAM. En los medios informativos de gran circulación (en rigor, de circulación modesta, que les llega a las clases dominantes), la sujeción a los regímenes del PRI es total, pero en la UNAM se discute, se impugna, se critica. Un gueto de la libertad de expresión, se podría decir, aunque más bien es uno de los escasos respiraderos ideológicos y políticos del país.

En la década de 1960 los jóvenes, casi siempre universitarios, marchan en apoyo de la Revolución cubana, reciben con júbilo al presidente de Cuba Osvaldo Dorticós, protestan contra la guerra de Vietnam, rechazan la invasión de los *marines* a la República Dominicana, apoyan movimientos (muy escasos) de lucha sindical. Pero son brotes de indignación seguidos de largos periodos de dispersión y desánimo.

El año de la UNAM, y de los otros centros de enseñanza superior en la Ciudad de México, es 1968. El movimiento estudiantil toma las calles, los autobuses, los mercados, los tranvías, las plazas. En las marchas participan entre doscientas y cuatrocientas mil personas, que colman el Zócalo y vivifican los espacios antes consagrados al despliegue del apoyo incondicional. La matanza a cargo del ejército el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas inhibe por años la actividad de los jóvenes de izquierda. Unos cuantos acometen la lucha guerrillera (muere la mayoría), otros se dejan *cooptar* (un verbo muy pronto en desuso), la mayoría se resigna y el gusto por la desinformación es consecuencia de la abstinencia política. El PRI no convence, las alternativas al PRI aún menos y entre los jóvenes, periódicamente, circulan variantes del término: «La Generación Perdida».

Años de batallas culturales, pequeños avances en lo electoral, disolución de tradiciones ya onerosas (la del Partido Comunista de México, la más destacada).

Si la izquierda continúa al mando del espacio político de los jóvenes, sus triunfos son y suelen ser simbólicos. Los refranes del cinismo no escasean: «Desconfía de todo aquel que sigue la izquierda ya cumplidos los 30 años de edad. Lo más probable es que no lo admitan en otros lados»; «Ya somos todo lo que odiábamos a los 20 años»; «Un militante viejo es un fracaso redoblado». Pocos persisten o insisten.

Con la caída del «socialismo real», las formaciones dogmáticas se resquebrajan o se transforman en esferas de la alucinación. Por eso, el zapatismo les interesa a tantos; por eso falla radicalmente el gobierno de Carlos Salinas de Gortari en su afán de conquistar a los jóvenes.

***Sin logros regulares,
 los movimientos
 estudiantiles
 (no hay jóvenes
 significativa y
 explícitamente en la
 vida de los partidos
 y agrupaciones
 políticos) tienden
 a disolverse
 ritualmente***

Sin logros regulares, los movimientos estudiantiles (no hay jóvenes significativa y explícitamente en la vida de los partidos y agrupaciones políticos) tienden a disolverse ritualmente. Si en la década de 1980 el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) de la UNAM detiene la decisión de aumentar las cuotas pagadas por los estudiantes y, además, incorpora a un grupo amplio a la vida de la izquierda, en 1999 el Consejo General de Huelga (CGH) representa el mayor retroceso hasta entonces conocido en la vida política de los jóvenes. Enérgico y triunfal al principio, pronto se desliza hacia el sectarismo más intenso, descalifica a toda la izquierda,

le da sitio preferencial a los grupúsculos de ultraizquierda; es dogmático, machista, homófobo y partidario de la violencia. Su cima: rodear la mesa de debates con alambres de púas «para evitar que los reformistas intervengan».

Luego de diez meses de huelga que llevan a un buen número de estudiantes a salir de la UNAM y que desquician a la institución, el movimiento concluye al entrar la policía en Ciudad Universitaria. La *ultra* se dispersa y se constituye de allí en adelante en un grupo de hostigamiento de la izquierda, en acciones caracterizadas por la violencia.

De la sexualidad y la música como derechos primordiales

Los jóvenes –y que no se tome la obviedad por generalización– le conceden a la sexualidad derechos primordiales en los sectores relativamente independizados del machismo, y se van deshaciendo de esa policía del pensamiento

que son los sentimientos de culpa por hechos concernientes a «la moral y las buenas costumbres». Y si se sienten en falta es por la sospecha de ejercer su sexualidad con la información inadecuada. Sí, podrían gozar con más detalle de los siete electrizantes minutos; sí, aún no disponen de un mapa científico de las zonas erógenas de su pareja; sí, perdieron la virginidad a los 15 o a los 16 años, pero ese día se olvidaron de llevar consigo un tratado de sexología, o por lo menos el Kamasutra, y por eso su debut careció de técnica; sí –a partir de la década de 1980–, hablan compulsiva y festivamente de los condones, pero pasan sobre ascuas en lo tocante al sida; sí, han ampliado, y considerablemente, su criterio, pero muchos son todavía tolerantes de clóset. Y en lo tocante a los gobiernos, con la excepción iniciada por Brasil, se necesitan campañas precisas, de información científica, sobre el embarazo y el sida.

Como paréntesis o como refrigerio espiritual, vale la pena evocar los nombres de algunos conjuntos de rock: Los Mierdas Punk, Santísimo Detritus, Solución Mortal, Masacre 68, Ley Rota, Secta Suicida del Siglo xx, Crimen Social, Los Amantes de mi Mamá, Tequila Light, Otro Rollo Igualito, Incesto con Desconocidos, Viejos los Cerros, Gays pero con el Sexo Opuesto... A través de las letras del rock, hablan la sociología y la llegada al cinismo a través del desprecio por lo circundante; también a través de esas letras, se inventa la «mirada generacional» que luego se convierte en hallazgo.

*A través
de las letras del
rock, se inventa
la «mirada
generacional» que
luego se convierte
en hallazgo*

Ser joven es girar en torno a la música. De la música se esperan las revelaciones, los estremecimientos, la construcción de los escenarios de la imaginación, el viaje por las épocas, y, lo definitivo, la sensación de apresar el tiempo, de ser contemporáneo de la sensibilidad radical. Si el baile incorpora el cuerpo a un proyecto estético, escuchar música es comprender lo indescribible, asirse a las vibraciones, ese catálogo inexpressado de los sentimientos. De la música se desprenden los comportamientos, no así como lo digo, sí así como lo viven con gustos que van del *heavy metal* a la cumbia, de la electrónica al *gangsta rap*, en una taxonomía que se empareja con el infinito.

De la música se extraen la psicología personal (idealizada) y el comportamiento adecuado en las horas del juego imaginativo. Cada ciudad es un muestrario de corrientes musicales con los estilos de vida adjuntos. Un aficionado a la cumbia, por ejemplo, se afilia a los modelos tradicionales, le concede a la rutina coreográfica el estatus de ritual perfecto y se dispone a ir a un

baile con el cuidado del especialista. Y el amante de la *technomusic* se siente distinto por adición a un estilo duro, sin otras concesiones que las naturales en la monotonía del sonido que eleva murallas, y por eso su cuerpo se disciplina e insiste por horas en lo mismo, dándole a cada paso de baile la premura de la novedad que, si lo es de veras, está hecha de repeticiones.

«Si el futuro nos va a alcanzar, me le adelanto y me pongo la ropa adecuada»

Es cambiante el papel del cine para los jóvenes. Es muchas otras cosas (arte, comercio, manipulación), pero entre los jóvenes es decididamente el gran laboratorio de la conducta, incluso al producirse la apertura en la televisión por cable.

***Al arraigar la
secularización y al
extenderse el ateísmo
convencen más las
distopías, la moda de
lo apocalíptico, que
la confianza
en el Paraíso***

Al arraigar la secularización y al extenderse el ateísmo funcional («Soy creyente pero a sus horas, y sin consecuencias en mi conducta»), convencen más las distopías, la moda de lo apocalíptico, que la confianza en el Paraíso. Infunde enorme confianza la inminencia de la catástrofe («todavía falta») y fascina el revestimiento estético de los augurios más terribles. La conclusión es nítida: si la desaparición del género humano es fotogénica, no puede ser tan terrible y, además y con maña, se le transfieren al planeta los miedos respecto al porvenir personal. Tal vez por lo mismo, entre los jóvenes los efectos especiales son la abolición, la masificación y el máximo incentivo de la fantasía. ¿Qué es lo insoportable? Una realidad despojada hasta lo último de falta de producción en gran escala.

La contraparte de la estética del apocalipsis es la ruidosa y grasosa estética del fin de los individuos que viven en el límite o a los que sorprende la fatalidad. Éste es el terreno del género del *thriller*. El cine norteamericano descubre su «piedra filosofal»: la violencia del habla neutraliza, condensa y evapora parcialmente la violencia física. Para los jóvenes, sus fanáticos, el *thriller* no es en lo mínimo la escuela de violencia (para eso ya se tiene el espectáculo de la impunidad real), sino, probadamente, la zona catártica que alivia de numerosos impulsos destructivos, y es también la «escuela de maneras» donde se aprenden las formas del poder aniquilador. El estilo de la violencia sí viene del cine; la violencia se desprende de la naturaleza del capitalismo salvaje.

Necesito ser redundante y pleonástico: el neoliberalismo resuelve los problemas agigantándolos. La pretensión ridícula de George Bush («El siglo XXI, el

segundo siglo de Norteamérica»), el delirio belicista del complejo industrial-militar, la lucha por adueñarse del petróleo y las comunicaciones, los ecodios en nombre del Mercado Libre, la satanización de los así llamados «globalifóbicos» (en rigor, no lo son: los auténticos globalifóbicos son los neoliberales y sus repetidores de falsos datos, como el ex-presidente de México Ernesto Zedillo), todo lo que constituye el arrasamiento de las alternativas.

Así, el determinismo se explica perfectamente y el determinismo no tiene razón de ser. Por un lado, si algo distingue a los jóvenes de hoy, y me atrevo a generalizar porque la realidad ya lo hizo, es el sitio otorgado al empleo, el punto culminante de la felicidad asediada y las zozobras del día entero. «El que tenga un empleo, que lo cuide, que lo cuide...» Son demasiados los convencidos de que hoy casi todos los empleos son terminales. Al contraerse drásticamente la economía, el trabajo fijo se aproxima al círculo de las especies en peligro de extinción. Como afirman los caricaturistas Helguera y El Fisgón, hoy hasta los buenos desempleos están tomados. Y la vida popular (ese derrotismo o esa gran decepción anticipada) desemboca en la paciencia interminable, incluso en la paciencia de la violencia. Los jóvenes sin empresa o sin secretaría de Estado que heredar gastan en transportarse tres o cuatro horas diarias, llaman ritualmente por teléfono para oír la fórmula sagrada: «Hable en quince días», se acomodan con «lo que caiga», dan vueltas sin fin por la fábrica o las oficinas en espera del mínimo chance, delinquen como si trabajaran. Pertenecen desde antes al universo del aplazamiento. Todo se les aplaza, menos el llamado al sacrificio.

Por otra parte, la variedad de respuestas ante lo que eufemísticamente se llama «la crisis» revela en América Latina las razones y las racionalizaciones de la desesperación. Los jóvenes migran por oleadas, el subempleo llega a ser el 30% y la vitalidad perdura así sus cauces se estrechen. Todo conecta con todo. O con casi todo. La sexualización perceptible en las grandes ciudades está muy en deuda, estilísticamente, con la americanización. (Insisto en lo de *estilísticamente*, para no ser acusado de afirmar que se importan los coitos de Norteamérica.) En un tiempo globalizado, la americanización –la vía forzosa de acceso a la globalización– es el trámite que flexibiliza el uso de la modernidad al tiempo que la atrofia. A lo largo de un siglo se producen fenómenos casi inevitables: el nacionalismo se renueva al compás de la americanización, la americanización no detiene el vigor de las culturas nacionales, a la cultura planetaria se llega por la vía doble de la americanización y de la fortaleza de los acervos de cada país y del conjunto de Latinoamérica.

De allí la influencia considerable en materia de atmósferas sensuales del flujo de Norteamérica: películas, series de televisión como *Desperate Housewives*, *Will and Grace*, *Queer as Folk*, *The Sopranos*, *The OC*; ídolos, estilos de publicidad, adopción de hábitos, lenguajes corporales. Le guste o no al tradicionalismo, los jóvenes hace mucho que entendieron que si las tradiciones no cambian desaparecen. En donde puede, la derecha impone su plan de gobierno: rechazo del condón en nombre del daño que se le hace a la ecología o, más específicamente, al drenaje profundo (en México lo afirma el Partido Acción Nacional); prohibición de las minifaldas (así luego los políticos de la derecha mientan y juren que jamás las prohibieron); arresto en las *razzias* de jóvenes que llevan condones («Van a ejercer la prostitución»); incluso se arresta a los activistas contra el sida (en Ciudad Juárez el PAN detuvo a cuatro mujeres por pegar en las calles carteles de campañas de prevención); campañas de sexismo y homofobia, intentos de prohibición de películas (*El crimen del padre Amaro*), intentos de prohibir la píldora del día siguiente... No reduzco el conservadurismo moral a la derecha que se identifica como tal, pero allí es exigencia de identidad, cruzada moralista y razón de ser.

A modo de falta de conclusiones

La religión, como siempre, juega un papel crucial en las declaraciones de los jóvenes en las encuestas, ya no tanto en su comportamiento. Y ya no es la religión, sino la multiplicación de creencias, esotéricas las unas en la perspectiva de las otras. Entre los jóvenes, una experiencia frecuente y muy importante es la conversión, la masificación del camino a Damasco, la vigencia de la idea ancestral: si renuevo mis creencias resucito. El clero tradicional resiste y agrede («Las sectas son como las moscas», afirma el nuncio papal en México, Girolamo Prigione), se lanzan campañas contra la *New Age*, se desentierren las prácticas del exorcismo (siempre a costa de una jovencita de 17 años de edad), persisten las guerrillas religiosas... pero las conversiones prosiguen, como también continúan –entre escándalos de la paidofilia– las vocaciones religiosas y el asumir el desarrollo espiritual como otra de las movi-lidades sociales al alcance.

¿Qué se puede extraer de los apuntes anteriores? Todos lo saben: el futuro previsible de la mayoría de los jóvenes de un país es el futuro inevitable de la nación. Y si no quiero llevar esa premisa más allá de su enunciación es por optar más bien por el optimismo: todavía, y es probable que la tendencia no se modifique en lo inmediato, hay más jóvenes que estudiosos del fenómeno juvenil.

Desafíos en la construcción e implementación de las políticas de juventud en América Latina

Son los jóvenes quienes enfrentan con flexibilidad el desafío de las innovaciones tecnológicas y las transformaciones productivas, quienes se han constituido en creadores culturales, quienes migran masivamente hacia las ciudades en busca de mejores condiciones de vida y son llevados a la marginalidad por un sistema cada vez más excluyente. Su reconocimiento como actores estratégicos torna relevante enfrentar la exclusión a través de una articulación de las políticas públicas con un enfoque de transversalidad y equidad. Esto debe llevar al desarrollo de políticas de juventud incluyentes, como parte de la implementación del paradigma de ciudadanía juvenil.

Dina Krauskopf

El posicionamiento de las juventudes en las sociedades latinoamericanas se ha visto impactado por grandes grupos de transformaciones interrelacionadas: los cambios epocales, el modelo económico social imperante y la evolución de los paradigmas de las políticas y del enfoque de juventud.

El modelo económico globalizado modifica el mercado laboral y contribuye al incremento de la brecha social al profundizar la polarización socioeconómica en el interior de los países. Los grupos juveniles de mayor nivel económico se parecen menos a los jóvenes pobres de sus propios países que a los

Dina Krauskopf: profesora emérita de la Universidad de Costa Rica; consultora internacional en adolescencia y juventud.

Palabras clave: políticas de juventud, nivel ciudadano, ciudadanía juvenil, América Latina.

jóvenes de otros países que se encuentran en condiciones privilegiadas. Las juventudes latinoamericanas se constituyen en un sujeto múltiple, expuesto a diversos grados de exclusión.

La modernización ha contribuido a la prolongación de la vida, por lo que la fase juvenil ocupa en el ciclo vital un número creciente de años y la vida adulta ya no es un periodo ausente de importantes transformaciones

La modernización ha contribuido a la prolongación de la vida, por lo que la fase juvenil ocupa en el ciclo vital un número creciente de años y la vida adulta ya no es un periodo ausente de importantes transformaciones. La pubertad se da a edades más tempranas, y muchas de las metas adultas se han modificado. Ya no son claros los peldaños hacia un horizonte seguro y predefinido, traducido en un proyecto de futuro. Toman relevancia los logros y las gratificaciones en el presente (Krauskopf 2003c).

La flexibilidad juvenil para incorporar conocimientos y aportar innovación se valoriza. A su vez, las distancias generacionales respecto de los adultos se redefinen: ahora los jóvenes saben cosas que los adultos ignoran¹. Esto hace que la participación juvenil no sea solo un claro derecho, sino también un elemento insustituible del conocimiento de las situaciones y alternativas.

Se hace evidente que sin las juventudes no son posibles la democracia, el desarrollo equitativo y la cohesión del Estado. Para enfrentar el desafío de construir sociedades inclusivas es necesario contar con legislación, políticas públicas e institucionalidad orientadas al pleno reconocimiento de las capacidades y derechos de las juventudes y las medidas necesarias para su cumplimiento.

En los últimos años, ha surgido con fuerza la tendencia a la elaboración de "políticas de juventud" en diversos países de América Latina, respaldadas por leyes de juventud. Los sistemas de juventud han favorecido la construcción conjunta entre los entes gubernamentales y los jóvenes. Se trata de hechos que demandan precisiones conceptuales, desarrollo de enfoques innovadores y estrategias pertinentes para la construcción de políticas, y presentan grandes dificultades para su puesta en práctica.

1. La falta de reconocimiento de este nuevo balance se expresa muchas veces en los «bloques generacionales» (término aportado por el sociólogo uruguayo Julio Bango), una especie de discurso paralelo entre jóvenes y adultos que afecta incluso el sistema educativo y la vida familiar.

Para sistematizar algunos elementos relevantes implicados en las políticas de juventud, trataré de responder a las siguientes preguntas: ¿por qué se ha hecho tan evidente la necesidad de construir políticas públicas para la juventud? ¿Qué tipo de políticas son las que se pretende construir? ¿Cuál es el enfoque y cuáles los procesos que sustentan la construcción de políticas de juventud? ¿Cuáles son algunas de las dificultades existentes para hacer realidad los planteamientos de las nuevas políticas de juventud?

Antes de pasar a estos temas, caracterizaré brevemente lo que puede entenderse por políticas de juventud. Una política de juventud debe ser un componente básico para el desarrollo nacional. Es el principal instrumento de referencia de un sistema de acciones dirigidas a la juventud, en el que existen múltiples componentes que dan cuenta de esta orientación común.

Una política es pública en la medida en que su formulación compromete a las instituciones del Estado en su conjunto, que asume la responsabilidad de alcanzar las condiciones requeridas para su realización, y a los jóvenes, que aportan, toman decisiones y se comprometen con ellas. También compromete a la sociedad con sus diversas organizaciones y expresiones. Por ello se requiere de una rectoría política, es decir, el respaldo de un alto nivel técnico y la organizada participación del nivel ciudadano.

Sergio Balardini destaca que, en contraposición con otros campos del quehacer político, la política de juventud no se ocupa de la solución de problemas específicos, sino más bien de la representación de los intereses de los jóvenes en la sociedad. La meta de la política pública de juventud consiste en ser el marco articulador de las políticas y la legislación nacional, para propiciar y concretar en un plan de acción el abordaje de los temas relacionados con las personas jóvenes de manera integral, estratégica y palpable. El plan de acción traduce la política a la acción y es elaborado participativamente de acuerdo con la orientación política y filosófica de la política de juventud aprobada. Su diseño plantea nuevos desafíos en el campo de los conocimientos y la formación de capacidades para desarrollar propuestas transversales.

La meta de la política pública de juventud consiste en ser el marco articulador de las políticas y la legislación nacional, para propiciar y concretar en un plan de acción el abordaje de los temas relacionados con las personas jóvenes de manera integral, estratégica y palpable

Las políticas tradicionales de juventud

Indudablemente, siempre han existido políticas que conciernen a la juventud, aunque en general no se caracterizaron por estar expresamente orientadas hacia ella. Enrique Bernales Ballesteros (1999) considera que la relación Estado/joven se ha desarrollado con un vicio de origen, al no haber tomado en cuenta la condición de persona del sujeto joven, su energía vital, su capacidad y potencia para sugerir alternativas críticas y renovadoras. La especificidad de la problemática juvenil y su inclusión tardía en la agenda de las actividades estatales están directamente vinculadas al proceso gradual de transformación de la sociedad tradicional que, con diversos énfasis, se produce en los distintos países.

Aún es frecuente un amplio e indiferenciado uso del concepto de «política de juventud». A veces basta con que en un país existan preocupación y ciertas acciones gubernamentales dirigidas a las personas jóvenes para considerarlas políticas de juventud. Esta simplificación oculta la ausencia real de políticas e ignora que no solo existen diferencias de naturaleza entre política de gobierno y política de Estado, sino también entre políticas públicas y planes de acción.

El aparato del Estado continúa organizado por sectores, y las políticas han correspondido a la rectoría de dichos sectores. Por ello, la oferta a la juventud ha sido más bien implícita, omisa, a menudo coyuntural y contradictoria, provocada por un sentido de urgencia en diversas situaciones emergentes.

Entre las políticas omisas está la programación en salud orientada a adultos y niños, con atención indiferenciada a adolescentes y jóvenes. Las políticas tradicionales marginan las realidades juveniles, por lo que, cuando se implementan, aíslan las acciones específicas para la juventud del resto del aparato del Estado. Las políticas centradas en la preparación de las generaciones menores y la atención de sus problemas son parte de las respuestas tradicionales.

Las políticas orientadas a la juventud como etapa de preparación

Estas políticas entienden la juventud como un periodo de preparación y transición a la adultez. No reconocen un futuro incierto ni incorporan en su visión a los estratos más pobres. Éstos, frecuentemente, no esperan más allá de los cambios hormonales de la pubertad para asumir responsabilidades de auto-manutención y manutención familiar.

La educación ha sido considerada tradicionalmente la oferta programática central para el desarrollo de la población joven. El futuro y el modelo del rol adulto cumplen la función de eje ordenador de su preparación. Por lo general, se implementan políticas de poca cobertura, dirigidas al deporte y al voluntariado.

Desde el enfoque de preparación en una fase de transición, la juventud es la generación de relevo y hay escasa participación en la toma de decisiones (Krauskopf 2003b). La meta es el adulto predeterminado por los estereotipos sociales. Sin embargo, el adulto actual no corresponde a identidades fijas. El cuadro 1 sistematiza la relación entre este paradigma, las políticas y las acciones.

Cuadro 1

Políticas tradicionales
La juventud como periodo preparatorio en las políticas

Paradigma	Estrategias de políticas	Programas	Atención
<ul style="list-style-type: none"> • Transición a la adultez • Etapa de preparación y crecimiento 	<ul style="list-style-type: none"> • Sectoriales • Universales • Extensión de la cobertura educativa • Tiempo libre sano y recreativo con baja cobertura • Servicio militar 	<ul style="list-style-type: none"> • Homogéneos • Aislados • Inequitativos 	<ul style="list-style-type: none"> • Indiferenciada • Protección externa • Preparación para la adultez • Déficit, morbilidad • Sujetos pasivos de servicios y programas • Discriminación etaria

Las políticas orientadas a la juventud como etapa-problema

El concepto de transición se utiliza respecto a la juventud como equivalente de transitoriedad. Implícitamente, esto niega a los y las jóvenes el reconocimiento como sujetos sociales; su incompletud se destaca con el término «in-madurez». Son invisibilizados en sus aportes y visibilizados cuando perturban el orden social. Así se da paso fácilmente a la visión de etapa-problema, que se apoya en un énfasis estigmatizante y reduccionista de la juventud.

La invisibilidad del sujeto juvenil, que sostiene el paradigma de preparación, ha hecho que los sujetos juveniles se visibilicen cuando alteran el orden social. Así, la juventud, que desde el paradigma de preparación era vista como la

promesa del futuro, pasa a ser vista como la amenaza del presente. A partir de la visibilización negativa emergen políticas sectoriales y compensatorias con perspectivas reactivas y reduccionistas para tratar el déficit, el riesgo y la transgresión juveniles.

Este enfoque se mantiene con gran fuerza y da lugar a una percepción generalizadora de la juventud a partir de polos sintomáticos y problemáticos, como la delincuencia, las drogas, la deserción escolar, los embarazos, las pandillas, etc. Según este paradigma, la causa última de las «patologías» juveniles se identifica en el mismo sujeto juvenil, de ahí que la intervención prioriza la acción sobre él y descuida el contexto. El cuadro 2 esboza las características de las políticas derivadas de este enfoque.

Cuadro 2

Políticas reduccionistas
La juventud como etapa-problema en las políticas

Paradigma	Estrategias de políticas	Programas	Atención
<ul style="list-style-type: none"> • Riesgo y transgresión • Etapa-problema para la sociedad 	<ul style="list-style-type: none"> • Compensatorias • Sectoriales (predominantemente salud y justicia) • Focalizadas 	<ul style="list-style-type: none"> • Marco legal tutelar para menores en abandono, deambulación y delincuencia • Relevancia para la juventud urbano-popular • Dispersión de las ofertas 	<ul style="list-style-type: none"> • Problemas sintomáticos • Asistencialidad • Control externo • Criminalización de la juventud en pobreza • Visibilización negativa de la juventud • Populismo punitivo

Concordamos con Bernal Ballesteros en que solo entendiendo a las personas jóvenes como sujetos activos y socialmente responsables es posible superar los resultados inmediatistas y efectistas. Si un programa no se estructura desde una concepción propia de lo que son los y las jóvenes, puede fracasar. Robert Blum (1996) observó que el abordaje sectorial y fragmentado de los programas en el campo de la salud ha demostrado su ineficacia, y existen cada vez más iniciativas que procuran construir perspectivas integrales.

Sin embargo, la vigencia de estas visiones persiste. Los temores y las posiciones cerradas neutralizan el acceso de los jóvenes a una participación social y

política que les dé mayor presencia y responsabilidad en la construcción de su propio espacio humano y en el de la sociedad misma. La respuesta política más frecuente frente a las autoorganizaciones con visibilidad aterrante (Krauskopf 1996) ha sido el poder represor apoyado en la estigmatización y la acción violenta, denominado por María Santa Cruz “populismo punitivo”. Un ejemplo es el de los programas altamente represivos, estigmatizantes e inefectivos con que algunos países centroamericanos enfrentan el problema de las maras. En los países donde predomina este enfoque, parece darse un debilitamiento de las posibilidades de desarrollar estrategias sostenibles para la implementación de políticas de juventud avanzadas.

*Si un programa
no se estructura
desde una
concepción propia
de lo que son
los y las jóvenes,
puede fracasar*

Nuevas condiciones para las políticas de juventud

Diversos factores se han introducido en este orden de cosas y han dado lugar al desarrollo de políticas avanzadas. Es relativamente reciente la construcción de políticas de actores que conducen al fortalecimiento de las identidades sociales de niños, mujeres, etnias y juventudes, entre otras. Es creciente la identificación de los propios jóvenes con lo juvenil, con la definición de sus logros y como interlocutores del estado de derecho.

Las sociedades requieren individuos capaces de aprender a aprender y de reciclar con flexibilidad sus competencias y actitudes. Estas características adquieren mayor fuerza y valor que en el pasado y, en consecuencia, las juventudes son consideradas un eje central en las nuevas estrategias de desarrollo (Rama 1992, citado en Bango 1997). El modelo adulto contemporáneo deja de ser considerado por las juventudes como un parámetro suficiente para orientar su preparación.

La incorporación del sector joven a las preocupaciones de la vida pública aparece como parte de la dinámica natural del crecimiento y la complejización de nuestras sociedades a partir de la segunda mitad del siglo xx. El conocimiento y la flexibilidad para los aprendizajes y la innovación frente a la obsolescencia son sustantivos. Las transformaciones económicas, institucionales y poblacionales introducen nuevas condiciones para la orientación de políticas públicas en el ámbito social. Se ha fomentado la inclusión prioritaria de los derechos humanos en la política y en la legislación.

El carácter disperso e inconcluso del aporte estatal en el campo social, como consecuencia de la adopción de políticas de restricción del gasto, ha tenido efectos que evidencian que «lo social también es importante» en la agenda. Se hace ineludible un compromiso político para construir las nuevas dimensiones del Estado social en los países².

El surgimiento de rectorías orientadas a poblaciones, derechos y diversidades ha pasado a revisar las políticas de sectores, para incluir políticas de actores. Los Estados han comenzado a responder con una nueva institucionalidad que presenta transformaciones frente a diversas situaciones y poblaciones y genera un clima idóneo para la construcción participativa de políticas de juventud.

En el campo poblacional, en muchos países de América Latina la transición demográfica coloca al grueso de sus habitantes en los rangos de edad característicos de las personas jóvenes y da lugar al planteamiento del bono demográfico que impulsa la inversión en juventud y su valoración como actor estratégico. Éste es, actualmente, un fundamento que apunta al incremento de las inversiones orientadas a rescatar el capital humano juvenil para resolver problemas de desarrollo, antes de que una capa creciente de población mayor de edad se vea obligada a afrontarlos.

Las políticas avanzadas de juventud abandonan el enfoque adultocéntrico del período juvenil y se orientan a la formación de capital humano y social, la reducción de las brechas de desigualdad con una perspectiva de equidad y la valoración del aporte cultural de las juventudes al desarrollo de su sociedad. Tienen como objeto el «empoderamiento» (*empowerment*) de los jóvenes como ciudadanos y actores estratégicos del desarrollo (Krauskopf 2003a), y trabajan desde la perspectiva de los jóvenes y con ellos (Saez 1988). Para alcanzar estas políticas avanzadas, es necesario un enfoque generacional que establezca nuevas relaciones de colaboración entre los jóvenes y los adultos.

La ciudadanía de las juventudes en las políticas

La década del 90 marcó un hito al difundir el enfoque de derechos como punto de referencia para el diseño de políticas públicas. Desde entonces se ha ido generando un terreno fértil para la difusión de esta perspectiva en los ámbitos relacionados con la juventud. La construcción de la ciudadanía juvenil del

2. Basado en la revisión efectuada en el desarrollo de la Política Pública de la Persona Joven de Costa Rica (v. Consejo Nacional de Política Pública de la Persona Joven 2003).

sujeto se contrapone al predominio de los paradigmas tradicionales, todavía vigentes. La persona joven deja de ser definida desde sus incompletudes y pasa a ser considerada sujeto de derechos. Ya no se trata solo de la ciudadanía formal, de ejercer el derecho al voto a partir de cierta edad. Se han generado instancias y condiciones que favorecen el desarrollo de iniciativas que buscan consolidar la ciudadanía juvenil, como la Convención Iberoamericana de los Derechos de la Juventud³.

***La persona
joven deja de ser
definida desde sus
incompletudes
y pasa a ser
considerada sujeto
de derechos***

Se enfatiza así la extensión de las alianzas que han implicado la búsqueda de articulaciones intersectoriales y la estructuración de relaciones cívicas que acercan a diversos actores sociales, en un marco de equidad y participación que requiere una efectiva rectoría en juventud.

La acumulación de experiencias y la sistematización de conocimientos evidencian que, para pasar de la apariencia a la efectividad y a la redistribución del poder (Krauskopf 2003b), el desarrollo de la ciudadanía requiere de precisiones en el concepto de participación. Las formas de participación juvenil han evolucionado, y en lugar de los parámetros político-ideológicos de épocas pasadas, prevalecen los parámetros éticos, estéticos, subjetivos y la valoración de las metas palpables. Las acciones juveniles procuran cambiar con autonomía e identidad las actitudes individuales del presente, para que se derive de allí el cambio social. Se prioriza la efectividad comprobable de esas acciones.

El respeto por la diversidad y las individualidades se constituye en el centro de las prácticas: «Las redes de jóvenes buscan fungir como facilitadoras y no como centralizadoras» (Serna 1998, p. 50). En lugar de la organización representativa y burocratizada, grandes sectores juveniles prefieren las redes vinculantes y flexibles, la organización a través de coordinaciones transitorias y movilizaciones coyunturales. Esto se contrapone con organizaciones juveniles dirigidas por adultos y con la estructura de las juventudes partidarias, lo que debe ser considerado en las estrategias para el logro integral de participación juvenil en las políticas. El cuadro 3 describe esquemáticamente algunos énfasis de este enfoque.

3. Es el primer texto de carácter internacional dirigido a proteger el desarrollo y las oportunidades de la población entre los 15 y los 25 años (120 millones de personas en la región iberoamericana). Fue firmado el 11 de octubre de 2005 por los responsables de juventud de los gobiernos de España, Portugal, Bolivia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

Cuadro 3

Políticas avanzadas
La juventud ciudadana como sujeto de políticas

Paradigma	Estrategias de políticas	Programas	Atención
<ul style="list-style-type: none"> • Juventud ciudadana • Etapa de crecimiento y desarrollo social 	<ul style="list-style-type: none"> • Rectoría en política pública • Priorizan la inclusión de los jóvenes como sujetos explícitos de derechos políticos, civiles, culturales, sociales y económicos 	<ul style="list-style-type: none"> • Integrales, participativos, extensión de alianzas • Equidad de género, cultura, residencia urbano-rural, estrato socio-económico • “Empoderamiento” 	<ul style="list-style-type: none"> • Protección integral, reparación, promoción • Prevención • Atención integral • Acceso igualitario • Exigibilidad de derechos. • Escenarios descentralizados y diversos • Nuevas relaciones intergeneracionales

Los jóvenes como actores estratégicos del desarrollo en las políticas

El reconocimiento de los jóvenes como actores estratégicos lleva a su inclusión en las políticas como factor de desarrollo de sus sociedades. Esto torna relevante enfrentar la exclusión a través de la articulación de las políticas públicas con un enfoque de transversalidad y equidad. Así se sientan las bases para el desarrollo de políticas de juventud incluyentes, como parte de la implementación del paradigma de ciudadanía juvenil.

Las sociedades se encuentran inmersas en procesos acelerados que sitúan a los jóvenes en nuevas condiciones y determinan el desarrollo de diversas subjetividades y prácticas. Son los jóvenes quienes enfrentan con flexibilidad el desafío de las innovaciones tecnológicas y las transformaciones productivas, quienes se han constituido en creadores culturales, quienes migran masivamente hacia las ciudades en busca de mejores condiciones de vida y son llevados a la marginalidad por un sistema cada vez más excluyente. Las personas jóvenes a menudo proveen el ingreso principal de sus familias, trabajan tempranamente y en condiciones azarosas.

Existe en la región latinoamericana una mayor conciencia de que, de no desarrollarse políticas de juventud asociadas a la formación de capital humano juvenil y al fortalecimiento del capital social, las sociedades enfrentarán mayores dificultades de integración a los mercados globales.

Esto se traduce en una efectiva capacidad de articulación intersectorial de políticas y programas para el enfrentamiento equitativo de las diversidades, incluyendo las condiciones de género, cultura, residencia rural-urbana y estrato socioeconómico. El desarrollo de legislación, la participación social, la visibilización y la legitimación de los logros de los jóvenes tienen un papel decisivo. El cuadro 4 sistematiza la orientación de este enfoque en políticas, programas y acciones.

Cuadro 4

Políticas avanzadas
La juventud como actor estratégico del desarrollo

Paradigma	Estrategias de políticas	Programas	Atención
<ul style="list-style-type: none"> • Juventud: actor estratégico del desarrollo • Etapa de formación y aporte productivo y cultural 	<ul style="list-style-type: none"> • Articuladas en política pública • Intersectoriales • Priorizan la incorporación de las juventudes como capital humano, desarrollo de capital social y productor cultural 	<ul style="list-style-type: none"> • Transversalidad institucional • “Empoderamiento” • Expresión cultural • Aporte juvenil al desarrollo económico, social y cultural 	<ul style="list-style-type: none"> • Inclusión en el desarrollo social • Fortalecimiento del capital humano, social, cultural • Manejo social del riesgo • Participación efectiva • Enfrentamiento a la exclusión

Consideraciones finales

Hemos señalado avances muy importantes en las políticas de juventud. La participación efectiva conduce a una redistribución del poder y a una nueva visión generacional. Como consecuencia, no son pocas las resistencias, tanto activas como por omisión, de diversos sectores sociales para dar prioridad a las y los jóvenes como ciudadanos de primer orden y actores estratégicos del desarrollo de sus sociedades. Se mantienen respuestas coyunturales a situaciones y, en muchas ocasiones, los planteamientos avanzados no son acompañados con recursos presupuestarios.

Uno de los factores que ha dificultado la construcción de políticas de juventud es el problema de las edades en el ámbito normativo de las legislaciones. Dado que hasta los 18 años las personas se consideran adolescentes y luego adultas, se produce una ambigüedad en el reconocimiento del sujeto

juvenil que va en detrimento del avance en las políticas y favorece su invisibilización, su ausencia en la planificación social (Krauskopf 2003a) o una pugna entre los defensores del ámbito correspondiente a la niñez y la adolescencia y los involucrados en la promoción de políticas de juventud. La ausencia de un claro reconocimiento social de la identidad juvenil es un vacío que resulta imprescindible superar para el desarrollo efectivo de las políticas de juventud, que varios países ya han tratado de encarar.

La discriminación por edad que afecta a los sectores jóvenes y la cultura poco participativa provocada por los conflictos armados y la violencia han sometido a los adolescentes y jóvenes a situaciones difíciles, entre ellas la hostilidad policial. La aceptación de los derechos de las personas jóvenes sufre toda suerte de embates (Unicef). La exigibilidad de los derechos requiere cada vez de mayor capacidad política y jurídica para garantizar su cumplimiento. En su ausencia, las políticas de juventud corren el riesgo de carecer de continuidad, perfil propio y permanencia. Modificar estas condiciones es un imperativo político que demanda instrumentos que den cabida explícita a los sectores juveniles.

Las propuestas avanzadas de políticas de juventud buscan conjugar la acción del Estado y la sociedad civil, a fin de integrar plenamente a las mujeres y los hombres jóvenes a los procesos de transformación económica, social, política y cultural de cada país. Aspiran a la inclusión de las juventudes en el desarrollo nacional con el objeto de que disfruten de todos los derechos sociales, culturales, políticos, civiles y económicos. Es importante que incorporen sus lineamientos en el marco general de las políticas socioeconómicas, de tal modo que se favorezca el trabajo integral y se creen oportunidades y condiciones para la población joven.

Las políticas de juventud que se han desarrollado recientemente en Brasil, Perú, Colombia, Costa Rica, Panamá, Nicaragua y Guatemala, entre otros países, están participativamente fundamentadas, consultadas y validadas por las juventudes de cada país, por diversos sectores estatales y de la sociedad civil. La evolución de los paradigmas en las políticas de juventud incorpora avanzados y certeros enfoques para la inclusión de las personas jóvenes en el desarrollo nacional. Igualmente, abren una etapa en las respuestas sociales a las juventudes, por lo que su desarrollo dejará nuevas experiencias y aportes.

Bibliografía

- Balardini, Sergio: «Políticas de juventud: conceptos y la experiencia argentina» en Oscar Dávila (ed.): *Políticas públicas de juventud en América Latina: políticas nacionales*, Cidpa, Viña del Mar, 2003.
- Bango, Julio: *Las políticas de juventud al final del milenio*, Organización Iberoamericana de la Juventud, Madrid, 1997.
- Bernales Ballesteros, Enrique: «Políticas de juventud en América Latina: análisis de casos nacionales en países de la región andina», Informe de la Organización Iberoamericana de la Juventud, Lima, 1999.
- Blum, Robert: *Towards a New Millenium: A Conceptual Model for Adolescent Health*, Organización Panamericana de la Salud, Washington, 1996.
- Consejo Nacional de Política Pública de la Persona Joven: *Política Pública de la Persona Joven*, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, San José de Costa Rica, 2003.
- Krauskopf, Dina: «Violencia juvenil: alerta social» en Revista Parlamentaria *La crisis social: desintegración familiar, valores y violencia social* vol. 4 N° 3, San José de Costa Rica, 1996.
- Krauskopf, Dina: «La construcción de políticas de juventud en Centroamérica» en Oscar Dávila (ed.): *Políticas públicas de juventud en América Latina: políticas nacionales*, Cidpa, Viña del Mar, Chile, 2003a.
- Krauskopf, Dina: *Participación social y desarrollo en la adolescencia*, Unfpa, Costa Rica, 2003b.
- Krauskopf, Dina: «Proyectos, incertidumbre y futuro en el periodo juvenil» en *Archivos argentinos de pediatría*, 101 (6), 2003c.
- Organización Iberoamericana de la Juventud: «Convención Iberoamericana de los Derechos de la Juventud», Madrid, s/f.
- Saez, Juan: *El frente de juventudes. Política de juventudes en la España de la posguerra*, Siglo XXI, Madrid, 1988.
- Santa Cruz, María: «Violencia y juventud en El Salvador», trabajo presentado a la Conferencia Centroamericana de Juventud, Cirma / Rockefeller Foundation / Fundación Frederick Ebert, Antigua, 2003.
- Serna, Leslie: «Globalización y participación juvenil» en *Jóvenes. Revista de Estudios sobre Juventud*, 4ª época, año N° 5, México, 1998.
- Unicef: «Sistematización de proyectos de participación adolescente en América Latina», taller, Recife, 2003.

Ecuador Debate

Agosto de 2005

Quito, Ecuador

N° 65

COYUNTURA: El abril que se llevó al Coronel que no murió en el intento / Desde la integración blanda y el comercio rígido al regionalismo autónomo / Conflictividad socio-política: marzo-junio 2005. TEMA CENTRAL: Acerca del localismo ecuatorio / Los actores de la construcción territorial, desarrollo y sustentabilidad / Autonomías regionales y unidad nacional / Una propuesta para evaluar la regionalización / Descentralización y regionalización en el Perú / Integración europea e identidades regionales. DEBATE AGRARIO-RURAL: Efectos de la producción agropecuaria en los suelos de los páramos: el caso de Guanguaje. ANÁLISIS: Descentralización en América Latina, Venezuela y Bolivia. Aproximación sociológica a los estudios de la familia: escuelas, conceptos y tendencias.

Ecuador Debate es una publicación del Centro Andino de Acción Popular. Redacción: Diego de Utreras 733 y Selva Alegre, Apartado aéreo 17-15-173-B, Quito, Ecuador, Tel.: 2 522763. E-mail: <caap1@caap.org.ec>.

La juventud extraviada

Entrevista a

Néstor García Canclini

Trazar un mapa de la condición juvenil latinoamericana plantea un importante desafío a las ciencias sociales de nuestra época. La coexistencia de diferencias internas hace de la juventud una situación de intercambios más que un espacio de referencias y visiones generacionales claramente discernibles, como lo fuera en décadas anteriores. Pese a la difuminación que caracteriza el universo juvenil, hay signos persistentes que ayudan a precisar la relación entre los jóvenes y el futuro de la región. Marcados por la desinstitucionalización, el consumo y la informalidad, los jóvenes siguen subrayando los modos en que la sociedad se renueva o reestiliza frente a lo político, lo social y lo popular.

Sergio Chejfec

El antropólogo argentino-mexicano Néstor García Canclini tiene un destacado papel en las ciencias sociales de la región desde hace varias décadas. En sus libros se conjugan las miradas científicas sobre el mundo social y cultural con las interpretaciones críticas propias del ensayismo latinoamericano más ejemplar. García Canclini es una figura insoslayable en el campo de la reflexión sobre la circulación política de los significados culturales, así como

Sergio Chejfec: escritor argentino. Ha publicado la novela *Los incompletos* (Alfaguara, Buenos Aires, 2004) y el libro de ensayos *El punto vacilante* (Norma, Buenos Aires, 2005), entre otros títulos. De 1990 a 2004 estuvo a cargo de la jefatura de redacción de *Nueva Sociedad*. Actualmente reside en Nueva York.

Palabras clave: condición juvenil, desinstitucionalización, violencia, informalidad, América Latina.

también en el análisis de los bienes simbólicos en juego y de las industrias culturales, en el contexto de la globalización y de las transformaciones derivadas de las actuales condiciones económicas de gobierno. En su reciente libro *Diferentes, desiguales y desconectados*, el autor propone nuevas precisiones conceptuales sobre la intensificación de los intercambios simbólicos y culturales, derivados de la cada vez mayor y más compleja interacción económica y tecnológica. El nuevo paisaje intercultural plantea desafíos tanto políticos como interpretativos. Aprovechando su paso por la ciudad de Nueva York en septiembre de 2005, NUEVA SOCIEDAD conversó con él sobre la articulación de estas situaciones en el llamado «mundo juvenil», al que dedica un capítulo de su libro. Si bien, como aclara modestamente García Canclini, se trata de hipótesis que requerirían una mayor elaboración y comprobación, ofrecemos la entrevista como aporte a una necesaria actualización conceptual de la problemática de la juventud en América Latina.

SERGIO CHEJFEC: Quisiera comenzar con una pregunta, digamos, general. ¿Qué rasgos diferenciales pueden encontrarse en las prácticas y los procesos culturales que protagoniza la juventud actual, con respecto al panorama juvenil de décadas pasadas, en especial los años 50, 60 o 70? Tengo la impresión de que por diversos motivos las miradas volcadas hacia la juventud de hoy están de algún modo delimitadas, a veces por contraste, por las manifestaciones y los sentidos juveniles de aquellas décadas.

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI: Hay varias diferencias. Una es la mayor desconfianza que existe hoy hacia las distinciones generacionales. En los años 60, cuando se comienza a hablar del tema, todavía había libros especializados que se referían a la adolescencia y la juventud como etapas claramente diferenciadas. Y me parece que hoy, en general, los criterios generacionales son tomados muy flexiblemente. Ni en las maneras de vestir ni en los hábitos de consumo, ni en otros rasgos que podría presumirse que confieren sentido e identidad, sería posible encontrar diferencias entre lo que habitualmente se llama jóvenes, una edad que oscilaría entre los 18 y los 30 años, y otras edades. Una segunda diferencia, sin duda relacionada con cualquier tema, es el avance en la investigación y el análisis. Hay mucha más investigación empírica de la que había hace 40 años, y a su vez hay una problematización de cómo estudiar estos asuntos. Me parece que si miramos lo que las ciencias sociales encuentran en los jóvenes, hay poca rotundidad en los modos de esa presencia. En realidad, lo que sucede es que las ciencias sociales se hacen cargo de una institucionalización de la condición juvenil: hay institutos para la juventud; hay libros para jóvenes, películas, programas de radio y de televisión que pretenden destinarse específicamente a

ellos. Entonces la condición de joven está constituida desde instancias públicas, institucionales, mediáticas. Pero, según creo, aun esos instituidores de identidades juveniles son bastante conscientes de las diferencias existentes entre los jóvenes. Quienes llevan adelante una radio para jóvenes no pretenden llegar al ciento por ciento de ellos; saben que hay jóvenes con gustos diferentes, con capacidades artísticas distintas. Las diferenciaciones internas de la llamada «condición juvenil» erosionan la posibilidad de configurar un universo denominado «joven». Otro rasgo que me parece importante en la actualidad es la difuminación de las características atribuidas a los jóvenes en muchas generaciones. Modos de vestir, asistencia a espectáculos, otros elementos de consumo recorren, aun cuando están aparentemente dirigidos a los jóvenes, un espectro bastante amplio, desde adolescentes muy tempranos, de 12 años, hasta personas de 60. Entonces, en ese sentido, la llamada «condición juvenil» corresponde a modos en que la sociedad se renueva o se reestiliza. En fin, me parece una zona todavía llena de confusiones. Por ejemplo, hay festivales o ferias de literatura infantil y juvenil; es difícil entender las motivaciones de ese agrupamiento: eso viene de una época en que se pensaba que tanto los niños como los jóvenes tenían una condición subalterna, que debía protegerse y cultivarse.

S.CH.: Uno puede pensar en fenómenos dobles. Hoy tenemos miradas hacia la juventud que derivan de los modos juveniles del pasado, de alguna manera hegemónicos en su momento, digamos en los 60. Pero también esos valores juveniles se han extendido y difuminado por acción tecnológica, por un lado, y por acción biológica, debido al desarrollo de las personas, por el otro. Entonces se tiene la impresión de que existe una continuidad en múltiples dimensiones, una profundización general. Ser joven es una condición subrayada, digamos, de una naturaleza juvenil entendida desde hace décadas y lanzada hacia el futuro individual de los antiguos jóvenes.

N.G.C.: Habría que hablar no solo de las continuidades y de la difuminación sino también de las rupturas. Porque al mismo tiempo que hay fenómenos como el de los Rolling Stones, que a los sesenta y tantos años siguen convocando jóvenes y apareciendo como representativos de estilos y gustos juveniles, hay amplias zonas de la vida social donde los jóvenes buscan delimitar sus propios espacios o circuitos y así tener una mayor independencia de las generaciones mayores que la habida en décadas anteriores. Lo vemos en algunas experiencias mediáticas como la de MTV, quizá la primera televisión hecha por jóvenes para jóvenes, con un diálogo muy horizontal entre enunciadores y receptores, y con la búsqueda de formas de complicidad, sobre todo en su primera etapa, cuando trataba de comunicar de un modo

que excluyera a quienes no pertenecían a ese universo. Con el tiempo se fue comercializando, buscando públicos más amplios y perdiendo sus rasgos iniciales. También hay muchos espacios, singularmente en las ciudades grandes, en que los jóvenes se consideran protagonistas legítimos y descalifican la presencia de otros: lugares de baile, de diversión, modos de situarse ante lo social, lo político, lo popular.

El teatro de la desintegración

S.CH.: Hay una serie de fracturas evidentes, no solo relacionadas con la juventud sino también con toda la vida social, que tienen que ver con la exclusión, la pobreza, la articulación económica, el empleo, la educación, etc. Una pregunta quizá demasiado frontal, pero que apunta a los sentidos comunes de nuestras sociedades, y al sentido común de las ciencias sociales, podría ser a quién se considera más joven: al joven pobre, el excluido, el de clase media, el más rico; el articulado o desarticulado, el integrado o no integrado...

N.G.C.: Me cuesta verlo en términos de cantidad, o de autenticidad. Me parece que hay una suerte de ambivalencia en la manera de presentar la condición juvenil, por ejemplo en relación con los mercados de trabajo, que es mucho mayor que en el pasado. Justamente en los años 50 o 60, autores como Sartre dijeron que una de las características de las clases populares era la ausencia de adolescencia; había un ingreso más temprano al mercado de trabajo que saltaba ese período entonces identificado como tiempo de indeterminación, dudas, dificultades, inestabilidad emocional (que se suponía que el resto de la sociedad no tenía). En la actualidad vemos que una de las características de amplísimos sectores juveniles, sobre todo en las clases populares pero también en las clases medias, es la inexistencia de trabajo, la dificultad para ubicarse en un mercado laboral que les permita autonomizarse. Y desde hace unas dos décadas, en especial en los países europeos y también en los latinoamericanos, los supuestos jóvenes, de 25 o 30 años, siguen viviendo con los padres. Se limita, así, el proceso de autonomización que se atribuye a los jóvenes. Además, se halla la dependencia de modos de consumo regidos por los mayores, y por otro lado la vasta proliferación de comportamientos informales e irregulares para proveerse de las cosas que los modos formales ya no suministran: trabajo, recursos económicos, redes sociales. Me parece que para entender lo que está ocurriendo con los jóvenes, por lo menos los pertenecientes a los sectores populares y medios, debe tenerse en cuenta el enorme crecimiento de la informalidad desde hace varios años en América Latina. En estos países, más de la mitad de la población está descolgada de los mercados

formales de trabajo, y esto lleva a insertarse de modo precario, sin posibilidad de proyectos siquiera de mediano plazo, con trabajos que van cambiando a cada rato, que se interrumpen, y lleva a buscar en muchos casos alternativas ilegales como el narcotráfico.

S.CH.: Hay una tendencia en sectores juveniles de ciertos países, que ignoro si es general, a asociar lo popular, entendido como lo tumultuoso, en ocasiones lo chabacano y también lo violento, con una naturaleza juvenil supuestamente auténtica en la medida en que se expresa a través de esos valores. Evidentemente consiste en una construcción; muchas veces son sectores medios los que asumen la idealización de esas formas. Entonces me gustaría ver qué ocurre con la aparente impregnación o atracción que ejercen las construcciones barbarizadas de lo popular sobre sectores juveniles medios.

N.G.C.: No tengo una respuesta elaborada sobre eso, aunque es un fenómeno observable. Habría que buscar múltiples explicaciones. Podemos tomar el caso, por ejemplo, de la cumbia villera en Argentina. Cabría quizá una explicación etnomusicológica para analizar este extraño éxito de la forma musical de la cumbia. En Colombia, de donde es originaria, desde hace dos décadas ya no es el ritmo predominante. Sin embargo la encontramos diseminada por todo el continente, desde el norte de México hasta Argentina, adoptando formas locales pero con un éxito en cada caso extraordinario, que hace pensar en algún resorte estilístico y emocional contagioso. Posiblemente haya también una explicación sociológica, en la línea que me pareció quería indagar la pregunta. Sospecho que tiene que ver con formas de transgresión, con la puesta en escena de lo popular como guiño, como diciendo «Miren, acá está lo que ustedes descalifican». Las prácticas de los jóvenes como manifestaciones de la transgresión me llaman la atención no tanto como expresión de la rebeldía juvenil o como acciones derivadas de sujetos que buscan ser diferentes, sino como la teatralización de estructuras y formas de desintegración social. Más que la música, esto me lo evoca lo que ocurre en la escritura de los jóvenes, los chateos, los correos electrónicos sin puntuación, sin mayúsculas, con palabras muy condensadas y abreviadas; una escritura que transgrede violentamente todo orden gramatical y a veces también comunicacional, porque en ocasiones busca el hermetismo, como en especial lo hace el grafiti desde mucho antes. Pero el grafiti era más marginal y minoritario. La transgresión lingüística en internet está extendida a todas las clases sociales y aparece como un rasgo de diferenciación generacional, seguramente en correspondencia con la menor eficacia de la educación.

Movimientos antiautoritarios

S.CH.: Hay un punto relacionado con los movimientos en favor de los derechos humanos. En muchos países de la región, como consecuencia del fin de las eras represivas y de las aperturas democráticas, estos movimientos de derechos humanos hicieron viable buena parte de la consolidación democrática. ¿Podría pensarse también que instalaron la cuestión juvenil, y específicamente la criminalización de los jóvenes, en especial los pobres, por parte del Estado, como tema sensible de la opinión pública? En *Diferentes, desiguales y desconectados* se hace referencia al significado de una proyección temporal ausente en nuestras sociedades: una sociedad que no piensa en el futuro, y que casi no reflexiona sobre el pasado, señala que no se interesa por sus propios jóvenes. Pero encuentro que en la esfera de los derechos humanos, y correlativamente en la paulatina preocupación acerca de los excesos policiales, de los cuales son víctimas principalmente los jóvenes de los sectores pobres, hay una señal inversa; o sea, las enseñanzas del pasado y la preocupación por el presente expresan una inclinación hacia el futuro, en este caso la preservación de los jóvenes frente a la violencia estatal.

N.G.C.: Así como podemos decir que el deterioro del mercado de trabajo en nuestras sociedades, incluidas las nuevas generaciones, manifiesta rasgos estructurales del conjunto, también en un sentido relativamente inverso la consolidación de los derechos humanos, la posibilidad de pensarlos como derechos de todos, no solo de los adultos, de los blancos o de los hombres, corresponde a un movimiento antiautoritario más extenso que sin duda ha beneficiado a todos. Pienso en varias situaciones a la vez, pero no estoy en condiciones de generalizar. Por ejemplo, la diversidad de situaciones que se producen con los hijos de exiliados o de migrantes: los que regresan al país de origen con sus padres y a los que les cuesta mucho integrarse; los que lo logran; los que quieren volver al país de adopción, contra el deseo legítimo de sus padres, que quieren estar en el país de donde huyeron. Se producen combinaciones muy diferentes. Y también es representativo lo que ocurre en sectores muy politizados; pienso por ejemplo en la agrupación Hijos, de Argentina o de México; o sea, hijos de desaparecidos que se hacen cargo de las historias familiares. Están estos grupos que han asumido la historia, o la memoria; y también están quienes quieren desprenderse de ese pasado familiar yéndose a otro país, pero que en ese mismo acto señalan un pasado que les pesa. Hay algunas investigaciones en ese sentido, pero todavía es un gran tema por explorar, que complejizaría un poco más lo que trabajo en el libro como absolutización del instante en los jóvenes actuales. Esta dimensión política no la incluí en el capítulo sobre jóvenes, y me parece útil para hacer más compleja una situación, según pienso, predominante sobre la experiencia de la memoria y el futuro.

S.CH.: Quisiera preguntar ahora sobre los jóvenes de las minorías étnicas o culturales, que por lo general no están del todo integrados a las redes económicas o educativas formales. Jóvenes de familias migrantes con dificultades a veces lingüísticas o con valores culturales señaladamente particulares. ¿Cómo se producen en estos grupos de jóvenes los procesos descritos en el libro, relacionados con la interculturalidad, la desconexión, la desintegración o la informalidad?

N.G.C.: Me parece que la identidad se muestra como una marca entre varias otras. Entre los jóvenes, tengo la impresión de que es más fuerte la condición socioeconómica y educativa. Si se trata de jóvenes que migran solos a grandes ciudades, sin familia y en condiciones muy precarias, su capacidad de adaptación a la nueva situación también va a ser muy precaria y va a depender de la falta de capital económico y educativo. Por supuesto, en muchísimos casos el color de la piel o las dificultades para hablar la lengua local van a influir en la discriminación. En cambio, las familias indígenas, por ejemplo, más incorporadas, o con mejor competencia educativa, logran adaptarse más rápidamente y sus hijos consiguen reubicarse flexiblemente en un nuevo contexto mejor que sus padres. Por lo menos en México, el caso que más conozco, creo que el estigma étnico sigue importando; pero en una sociedad con alto mestizaje como ésta, la discriminación entre las nuevas generaciones tiende más a referirse a la habilitación o la inhabilitación socioeconómica y educativa. Sospecho que en sociedades más segmentadas en este sentido, como las andinas –Bolivia, Perú, Ecuador–, el problema existe marcadamente, pero lo desconozco.

Despolitización participativa

S.CH.: ¿Se puede pensar en una correlación, en el caso de los jóvenes, si en individuos con bajo capital educativo y con escasa capacidad socioeconómica existe una mayor tendencia a tener valores del pasado, actitudes retrógradas o posturas conservadoras?

N.G.C.: También en este caso me vienen asociaciones diversas. En los últimos años existe una preocupación creciente en Centroamérica, y ahora también en México, en relación con algo que comienza en Estados Unidos, sobre todo en el sur, por las maras salvatruchas. Grupos de jóvenes salvadoreños, muy violentos, que funcionan como grupos de acción urbana. Son sumamente arriesgados y funcionan con una cultura y una forma de vida muy jerarquizadas, machistas, pero al mismo tiempo enfrentadas al orden general. Los orígenes son muy variados. Se dice que el comienzo estuvo en El Salvador y en sectores provenientes de lo que había sido la guerrilla, y también en sectores de la represión militar. Pero

el fenómeno se ha extendido a muchos otros grupos que los toman como modelos, que se incorporan a estos grupos y a sus acciones. Ahí se da una combinación muy compleja entre cultura alternativa, en el sentido de buscar formas de identificación y simbolización enfrentadas a lo hegemónico, desinteresadas de reglas más o menos convencionales, y valores aceptados del sistema capitalista, como crecimiento económico, objetivos colectivos, etc. Muchos se convierten en sicarios, con un horizonte de vida muy corto, semejante en ese sentido a lo que viene ocurriendo desde antes en las favelas de Río de Janeiro y otras ciudades de Brasil. En estos procesos aparece la descomposición de las sociedades y la incapacidad de integrar a las nuevas generaciones. En el sur y en el norte de México esto es muy visible. Ya hay expresiones culturales, como los llamados *narcocorridos*, junto a una serie de operaciones de iconografía, tatuajes, acciones urbanas, estilos muy agresivos de presencia en los espacios públicos. En Colombia puede verse algo similar en la cultura de los sicarios, cuyas versiones han llegado también a la cultura letrada.

S.CH.: Antes se mencionaba la diversidad de herramientas del Estado para atender, asistir, o controlar, a la población juvenil. Los jóvenes son grupos meta de una buena cantidad de organismos e instancias de gobierno. Paralelamente, las ciencias sociales han desarrollado numerosos instrumentos para el análisis de aspectos específicos de la situación de los jóvenes. Sin embargo, a la vez el fenómeno juvenil en su sentido amplio se ha tornado mucho más inasible de lo que era, como si sus rasgos distintivos se hubiesen diluido en una serie de tendencias y necesidades diferenciadas. ¿Puede pensarse que esto se relaciona con la paulatina despolitización de las nuevas generaciones, comparadas con las de tres o cuatro décadas atrás, como si aquella politización hubiese sido el último elemento de visibilidad cultural?

N.G.C.: En realidad estamos viviendo algo más radical que la despolitización; se trata de una desinstitucionalización. Rossana Reguillo, al analizar los resultados de la primera encuesta sobre jóvenes realizada en 2000 por el Instituto de la Juventud, en México, entre las conclusiones veía que aun los jóvenes que manifiestan cierto interés que podría interpretarse como político, aludían a *causas* más que a *organizaciones*. A veces aludían a causas que pueden tener una referencia más o menos organizacional, como puede ser el zapatismo, pero en la mayoría de los casos pensaban en causas diversas, como ecológicas; causas efímeras o inestables, sin preocupación por lograr que esa iniciativa genere condiciones de transformación estructurales en la organización social. Entonces se produce un doble desencuentro, entre instituciones gubernamentales que tienen por tarea ocuparse de los jóvenes, proveer lo que el mercado laboral no ofrece, lo que la familia desatiende o

la escuela deja de dar, y jóvenes que no se sienten del todo descontentos con esa situación tan desordenada e inorgánica como los propios institutos para la juventud. Una de las características que a quienes somos mayores nos sorprenden de estas nuevas generaciones es la enorme flexibilidad que manifiestan para apropiarse de los bienes más heterogéneos. Estoy pensando no solo en sectores populares sino también en artistas. Algunos estudios que estamos empezando a hacer sobre transformaciones del campo artístico en México ponen en evidencia que los grupos musicales, los artistas plásticos, los videoastas se presentan en todas las ventanillas. Si hay becas del Estado, las piden; si Televisa ofrece algún tipo de favores privados, también los toman; y así pueden llegar hasta el narcotráfico, con cierta despreocupación acerca del origen de los fondos, las consecuencias o la coherencia que hay entre los distintos recursos que utilizan. Ciertas preguntas que las generaciones de hace 20 o 30 años se hacían sobre estos temas han desaparecido del horizonte. Hay una enorme flexibilidad para moverse ante un repertorio de recursos escasos pero muy diversos, con preocupaciones acerca de la sobrevivencia y el desarrollo muy distintas de las que uno encontraba en los artistas de hace 20 años.

S.CH.: En el libro se subraya la adaptabilidad de los jóvenes a las condiciones precarias, acotadas, informales con que son recibidos por el mercado de trabajo y el sistema económico en general. ¿Se puede hablar de conformismo juvenil como consecuencia de una labor de disciplinamiento social y económico por parte de las políticas neoliberales?

N.G.C.: Antes que conformismo, me parece que ocurre una suerte de disciplinamiento moral por parte de ciertos modos de organización económica. Conformismo implicaría una posición sociopolítica y ética. Encuentro más bien una combinación extraña, y un poco paradójica, entre esta exaltación de un presente incesante con poco pasado y poco futuro, y estructuras de larga duración que rigen la economía. En el libro menciono algunos ejemplos, como el pedir una tarjeta de crédito y comprometerse por lo tanto a pagar con determinada regularidad, y el hecho de acogerse a que el propio pasado sea escrutado antes de que sea otorgada; lo mismo ocurre si se pide un crédito. O sea, una serie de cosas a las que también los jóvenes les siguen dando importancia, pero para lograrlas todo el mundo se somete a una concepción temporal contradictoria con la misma demanda de la vida económica. En última instancia esto puede tener un efecto conformista, pero lo veo más como efecto secundario, no como resultado de una posición.

Entre el consumo y la informalidad

S.CH.: Antes nos referimos a los modos juveniles de 30 o 40 años atrás. Las palabras de aquellos años relacionadas con la juventud se articulaban alrededor de ejes como rebeldía, adaptación, choque, sumisión, imposición, libertad, etc. Podemos suponer que las miradas que se tienden sobre la juventud actual, a partir de las cuales se realizan diagnósticos, son de alguna manera tributarias de aquellas otras miradas del pasado, que sin embargo ya no alcanzan para hacer visibles los fenómenos. Pero la sociedad sigue precisando articular un espacio, digamos, de negociación de tensiones entre lo que es y lo que no es juvenil. ¿Dónde o de qué modo se articula ese espacio?

N.G.C.: Hay hipótesis que me gustaría explorar. De hecho, estoy apoyando un poco la elaboración de la nueva encuesta que va a hacer el Instituto de la Juventud en México. Les parecía que una visión desde la antropología y desde una caracterización de las transiciones que el capitalismo está viviendo ahora en México podía generar preguntas. Una de las conclusiones a las que llegamos fue que justamente el eje de la informalidad era decisivo para entender lo que estaba ocurriendo. No solo informalidad laboral, sino también referida al conjunto de procedimientos de los jóvenes para proveerse de lo que necesitan; los modos de actuar, de responder, de interactuar. Respecto de las tensiones, una de las más resaltantes en las sociedades capitalistas actuales es la incitación al consumo, la obsolescencia de los artículos comprados el año pasado o la presión de la publicidad, mientras al mismo tiempo se estrechan para las mayorías las posibilidades de realización. Esta contradicción se escenifica de manera mucho más violenta y extrema en los jóvenes, el sector con mayores dificultades para incorporarse al mercado de trabajo, y a su vez la capa generacional (jóvenes, adolescentes, niños también) a la que se adjudica desde el marketing la mayor capacidad de consumo. Me parece que, más que un espacio de negociación, es un espacio de escenificación de esa contradicción. Creo también que es uno de los campos en que vale la pena considerar que existe algo así como los adolescentes y los jóvenes, lo digo como una hipótesis precaria y como una delimitación muy móvil. Un espacio que se puede desplazar mucho pero que está instaurado desde los medios y los mensajes publicitarios: la convocatoria a consumir y la descalificación de las formas estructurales de conseguir trabajo.

S.CH.: Una pregunta quizás aventurera: si estuvieras por iniciar un vasto programa de investigación sobre la juventud en el continente, ¿por dónde empezarías y en qué aspectos del fenómeno te detendrías en un primer momento?

N.G.C.: En primer lugar, dudaría mucho de una empresa de investigación de semejante escala debido a la generalizada heterogeneidad. En cualquier país los jóvenes son una categoría difícil de aprehender. La escala latinoamericana me parece de muy difícil comparabilidad. Pero optaría por suponer que hay ciertas zonas estratégicas de la llamada «condición juvenil» en las que estas tensiones radicales de las sociedades contemporáneas se manifiestan más patentemente. Estas que venimos mencionando, la manera como se organizan los artistas jóvenes para lograr producir y comunicar lo que hacen, la manera en que los jóvenes desplazados por migraciones y exilios, por persecuciones políticas, drogadicción o lo que fuere, se reinstalan en sociedades extrañas a su formación familiar. Por ejemplo, la situación de los jóvenes en las organizaciones de narcotraficantes. Quizás el poner en relación esas situaciones muy diversas nos mostraría contrastes, no necesariamente comparaciones, pero sí un altísimo grado de divergencia en estas trayectorias sociales y en las expectativas de las sociedades respecto de la juventud. Aun habiendo escrito hace pocos años sobre América Latina en su conjunto, en este momento necesitaríamos considerar mucho más la heterogeneidad y la discrepancia de itinerarios para entender por qué esto está ocurriendo. Desde luego, estoy muy lejos de cualquier pretensión de hablar de identidades juveniles en la cultura latinoamericana, y también alejado de cualquier intención de hacer generalizaciones fáciles sobre comportamientos generacionales o estilos de vida.

S.CH.: ¿Hasta dónde determina la estructura social? ¿Hasta dónde son iluminadores los datos y registros socioeconómicos para medir este tipo de procesos?

N.G.C.: Hay mapas estadísticos que son indispensables. Lo que hemos visto en la primera encuesta sobre jóvenes en México y en otras encuestas hechas en varios países en cuanto a hábitos culturales y formas de consumo juveniles muestra la existencia de diferencias sumamente nítidas. Por ejemplo, el mayor grado de acceso a procesos digitales, los modos de comunicación, el predominio de los circuitos sobre los espacios, aunque en algunos grupos juveniles el territorio todavía es importante. Y hasta cierto punto esto se puede medir cuantitativamente. Desde luego, son visiones superficiales, que no explican mucho y requieren trabajo etnográfico, estudios cualitativos, situaciones estratégicas para construir un panorama más completo y matizado.

América Latina en dos voces y una posdata

Jesús Ernesto Parra / Martín Aranguren

>>>> El 8/2/05 2:40 PM, «*Jesús Ernesto Parra*» <egoernesto@hotmail.com> escribió:

Estimado Martín:

Nos toca a nosotros la tarea más difícil de todo este dossier. No es sencillo eso de capturar escenarios auspiciosos, y además saltar de meros objetos de un precario análisis, a sujetos que avancen hacia un contorno de la Latinoamérica que viene, la que se avecina, la de Caracas 2.15 pm y con lluvia.

Es muy curioso ese tema de las lluvias. De cómo a veces la naturaleza de las cosas se une a la naturaleza de los días. Desde inicio de año no ha dejado de llover, de hecho, ahora llueve más que nunca, los barrios pobres de la ciudad –ubicados en su mayoría en los cerros que la rodean– se vienen abajo, y la ciudad da la sensación de estarse derritiendo de a poco.

Jesús Ernesto Parra: es venezolano y tiene 25 años. Es cuentista y periodista ligado a *Platanoverde*, una revista de tendencia juvenil y cultural. Su libro *Sombras que cruzan las paredes* será publicado por Monte Ávila Editores.

Martín Aranguren: es argentino y tiene 25 años. Es sociólogo y actualmente realiza su tesis de maestría en la Escuela de Altos Estudios de París, bajo la guía de Luc Boltanski.

Palabras clave: juventud, correo electrónico, identidad, creencias, América Latina.

Nota de la redacción: NUEVA SOCIEDAD invitó a Jesús Ernesto Parra y Martín Aranguren a plasmar, en un intercambio de correo electrónico, sus visiones sobre la condición de ser joven en América Latina en estos tiempos aciagos, cuando las carencias que padecen millones de personas y la tumultuosa y asordinada transformación política se conjugan para conferirle al conjunto de la realidad latinoamericana un halo de incertidumbre. Durante casi dos meses, con los hiatos y pausas que impone lo cotidiano, mantuvieron un diálogo vivaz y lúcido. Como sucede en intercambios de esta clase, abundan tanto los contrastes como las coincidencias no exentas de autocrítica. Pese a que Parra y Aranguren tienen la misma edad y proceden de la clase media, al ser uno venezolano y el otro argentino, cada cual vive y juzga sus circunstancias, desencantos e ilusiones bajo improntas muy diversas. Los tres meses de estadía de Aranguren en Caracas estuvieron parcialmente dedicados a preparar su tesis y a familiarizarse con el desarrollo del movimiento cooperativista impulsado por el gobierno de Hugo Chávez. Sirvan estas referencias a una mejor comprensión de las páginas que siguen.

Me vienen a la mente dos imágenes extraídas de la literatura. La primera es de Juan Villoro, quien habla de las ciudades de Latinoamérica como ciudades sin contornos, ciudades donde siempre es orilla; la segunda es de Walter Benjamin, que dice que la ciudad es la realización del antiguo sueño de la humanidad: el laberinto.

Si nos atenemos a esa noción de ciudades-espejo, entonces, ¿la Caracas derretida, dinamitada y sin contornos es reflejo del continente que la retiene dentro de sí? ¿El México DF de las demoliciones incesantes es un indicador de cómo mirar lo que tenemos entre manos?

Me hago estas preguntas partiendo de la agenda que nos marcó NUEVA SOCIEDAD. El futuro de Latinoamérica es el ahora, es cierto, pero más allá de lo que dicen los diarios, mi educación, víctima de la modernidad, necesita algunas bases mínimas, y sería muy curioso partir del no-ser y empezar a armar todo. Si, como tanto dicen, Latinoamérica es hija de la contingencia, ¿qué continente tenemos?

Un abrazo,

Jesús Ernesto

>>>> El 8/4/05 6:49 PM, «Martín Aranguren» <martin_aranguren@yahoo.com> escribió:

Hola Jesús Ernesto:

Las chicas de la cerveza, sea cual fuere su condición racial, quizás no sean en este sentido la excepción más contestataria. A propósito, me sigo preguntando por qué la publicidad venezolana de cerveza consiste siempre en una chica y una botella, una chica y una lata.

Tenemos un continente que contiene contingencias, sin duda, pero también contiendas, contusiones, contaminación, contagio.

Hoy tuve un poco de contaminación, por ejemplo. Caracas me recibió, como de costumbre, con sus humaredas de país petrolero con gasolina a 100 bolívares el litro, todo un dato para esta conífera del sur, acostumbrada menos al Primer Mundo de Menem que al saqueo de Solanas. Pero todo muy europeo, por supuesto.

La idea de contaminación no es algo que nos llegue desde el puerto en un container de la vanguardia ecologista, no. Contaminación como lo que produce impureza, lo que corrompe la naturaleza de las cosas. A pesar de mis esfuerzos, por ejemplo, no he logrado ver en Caracas una sola publicidad donde aparezca una persona de otra raza que la blanca.

Ilusionado, el otro día fui a un bar y pedí una cerveza. De nada sirvieron mis quejas, el barman insistía en que la chica me la tenía que conseguir yo. Lo acusé de estafa, amenacé con denunciarlo, vociferé contra el imperialismo, pero no logré que me diera mi chica. ¿Será porque soy extranjero?

Entonces la contaminación es una idea que nos contamina desde tiempos de la Colonia. Observo tristemente que la historia del mestizaje generalmente es interpretada, en los hechos, en las publicidades, en el comentario de esa viejita mulata que me dijo «¡qué suerte, tus hijos van a salir blanquitos blanquitos!», como las peripecias de la contaminación racial y cultural. Entonces parece que la única alternativa que nos queda es decir: en América Latina, lo puro es lo impuro. Es una conclusión sugerente, sin duda, sobre todo para los ligeros amantes de las formulaciones «dialécticas», pero completamente incomprensible.

Pensar en términos de pureza, ése es el problema, a pesar de las piruetas dialécticas. Pero si el problema del racismo, es decir, la consideración de la raza como un criterio pertinente para tipificar la conducta humana, si el problema del racismo fuera un simple galimatías conceptual, habría bastado un consejo de ilustres matemáticos para suprimir el apartheid. O de filósofos, si lograsen ponerse de acuerdo (bah, nunca faltan los que no están de acuerdo con la idea de que el acuerdo es necesario...).

El problema del racismo es que la raza sirve, no solo de manera «ideológica», para anticipar la conducta de la gente, sino de manera práctica para poder moverse en el mundo social, para realizar los fines que uno persigue a diario. Una actitud contestataria consiste en decir: todos somos iguales, voy a proceder haciendo abstracción de todas las diferencias, ¡pues solo tienen una existencia ideológica! Entonces hablas de literatura con los analfabetos, tomas Maltín (la marca más popular de malta en Venezuela) con los diabéticos, montas una cooperativa agraria con intelectuales y artistas. No importa, todos somos iguales, hacer diferencias es una vergonzante manifestación de «contrarrevisionismo reacciolucionario».

La otra es reconocer las diferencias como datos, y luego decidir cuáles son las que cuentan y las que no cuentan. Un extraterrestre podría extrañarse, por ejemplo, de que el complejo racial sea pertinente para anticipar conductas.

Entre babas verdes, diría: ¿por qué es más importante ese conjunto difuso de caracteres fenotípicos que llamáis confusamente «raza», y no otra cosa, como el largo del pie o el complejo rodilla-codo-cuello, esencial en mi cultura saturnina, basada en el culto a las articulaciones?

Resultado: a) muchas chicas y latas de cerveza; b) dos actitudes; c) un extra-terrestre.

¿Qué me dices de la contaminación, este comodín crítico? ¿Y del contagio, las contiendas, las contusiones?

Un abrazo,

Martín

>>>> El 8/10/05 2:40 PM, «Jesús Ernesto Parra» <egoernesto@platanoverde.com> escribió:

Martín:

Para que haya contagios tienen que existir, sin duda, los apestados. Pero tu carta me deja algunas preguntas: ¿cuál es el signo de nuestra peste? Y además ¿tiene algo de distinto nuestra afición antropológica de las de otras latitudes? Hablemos de la abulia de la juventud europea, de cómo las juventudes africanas no tienen más opciones frente a males menos metafísicos que los nuestros y de cómo, de la misma manera, los universitarios japoneses con bajas notas se cuelgan de una soga. ¿Qué signo nos puede articular, desde un eje generacional, si es que existe, y cómo arrancamos a trabajar sobre un escenario que asemeja a ciertas películas de la posguerra, pero ojo, sin grandes nombres de estrellas cinematográficas?

Un abrazo,

Jesús Ernesto

>>>>El 9/11/05 9:36 PM, «Martín Aranguren» <martin_aranguren@yahoo.com> escribió:

Ernesto,

No sé cuál signo nos pueda articular desde un eje generacional, pero intuyo que el signo de nuestra peste es cáncer. Nada como la precisión astrológica.

Creo que más que la guerra, la figura por excelencia para dar cuenta de nuestra situación actual es la del ultraje. Pero es cierto que ambas expresiones llaman igualmente la atención sobre la necesidad de hacer algo para superar ese estado. ¿Qué hacer? Reconocer que se trata de un ultraje y no de una guerra perdida podría ser un buen comienzo (la derrota bélica supone un combate entre iguales). Reconocer que el ultraje se experimenta de maneras diferentes al interior de nuestras sociedades sería el segundo paso. Quizás el tercero sea abrir los ojos para comprender cada una de esas maneras de sufrir el ultraje. Creo que este último paso sería ante todo una garantía de que no nos contentaremos con ultrajes mejor instrumentados, con perfumes, flores y cenas en restaurantes caros. Porque a pesar de la voluntad de no ver de algunos, el ultraje seguiría existiendo con la mayor crueldad para otros. Me parece que el soporte de un proyecto mayoritario no puede ser sino lo que le pasa a la mayoría. Ignorar el sufrimiento de la masa anónima es tratar los proyectos políticos como proyectos arquitectónicos que ignoran la naturaleza del terreno sobre el cual se alzarán la futura edificación.

Abrir los ojos, antes que toda reflexión, propuesta o iniciativa, abrir los ojos.

¿Qué ven tus ojos abiertos en esta Latinoamérica de hoy? Después de la civilización, el progreso, el desarrollo, ¿hacia dónde apuntar?

Un abrazo,

Martín

>>>> El 9/13/05 6:28 PM, «Jesús Ernesto Parra» <egoernesto@platanoverde.com> escribió:

Martín,

Se me hace que el trecho es doble, más intrincado y extenso. Partimos de la tesis –refrendada– del ultraje, de la carencia, para simplificar al menos en eso. Y nos detenemos de espaldas al difícil ejercicio de intentar hacernos de una dinámica refleja como ésta de una cultura del modo occidental de vida, con opciones, tarjetas de crédito, planes de retiro y voto secreto, directo y uninominal.

Sobre todo si nos miramos en el espejo empañado de mis congéneres –«clase media» recién salida de la academia en ordenada formación hacia la empresa privada–, noto una derrota cantada a una carrera que recién apenas inicia.

Porque existen dos vías que propone el sistema, una manifiesta y una solapada. La primera es bajar la cabeza y recibir la carga desproporcionada de opciones suicidas: subempleo, desamparo legal y de régimen social, violencia, inseguridad, inestabilidad política, y además ciudades invivibles.

La otra, más sencilla y siniestra: marchar al norte fruto de todos los males y riquezas, buscar el Trópico de Cáncer (y espejismos) y servir pizzas 18 horas al día para tener euros suficientes para pagar cable, coche, Eurodisney y otras chucherías.

¿Entonces?

El mundo se cae a pedazos y nosotros no nos enteramos.

Un abrazo.

E.

>>>>El 9/14/05 12:00 AM, «Martín Aranguren» <martin_aranguren@yahoo.com> escribió:

Hola Ernesto,

Para que veas que el mundo se cae a pedazos y nosotros no nos enteramos. Vengo de sufrir la última tormenta bajo el frágil techo de latón de un rancho en un terreno recientemente invadido en Caracas. Pensé en lo que me decías de las dos opciones que tienen abiertas los jóvenes universitarios, y me di cuenta de que esta gente también tuvo en su momento un juego de alternativas similares. O se quedaban viviendo donde estaban, si es que tenían un lugar donde hacerlo, o se aventuraban en esta historia de ocupación ilegal, policías prepotentes y políticos oportunistas. Ellos también dejaron lo que tenían con inconformidad en nombre de algo que todavía no tienen pero que les promete algo así como la plenitud. El detalle: la mayoría son jóvenes, algunos con hijos y otros no, movidos por una común aspiración: «dejar algo a nuestros hijos, para que ellos no sufran la necesidad que nosotros tenemos que pasar». La relación no es de pura analogía: los migrantes de clase media muchas veces deciden vivir de clandestinos en el Primer Mundo y asumir las consecuencias en nombre de un difuso futuro mejor. Ambos persiguen el estándar de vida que, creen, les corresponde.

Ambos se ven obligados a hacerlo al precio de abandonar lo que tienen a mano por algo en apariencia mejor pero incierto. Ambos están dispuestos a incurrir en la ilegalidad si es necesario.

¿Dos juventudes o una juventud?

Saludos,

Martín

>>>> El 9/15/05 2:40 PM, «Jesús Ernesto Parra» <egoernesto@platanoverde.com> escribió:

«41. Soñé que estaba soñando y que en los túneles de los sueños encontraba el sueño de Roque Dalton: el sueño de los valientes que murieron por una quimera de mierda.» Roberto Bolaño

¿Será que seguimos creyendo que Quetzalcoatl volverá como serpiente emplumada? Pero ahora el dios benefactor se nos presenta como panorama de comodidad refleja en índices de bienestar: soluciones habitacionales, tv por cable, entradas al Eurodisney o más acá (o más arriba según la dirección del viento), algunos cartones y un terreno baldío para iniciar una vida en la urbe que, según cuentan, todo lo proveerá. La serpiente se muerde la cola.

Me recuerda aquella frase que ponía el Gabo en boca de Bolívar: «¡Déjennos vivir nuestra Edad Media en paz!» Y no es una excusa sino quizá un pivote para pensar que como las quimeras se nos rompen a cada rato o se las lleva el viento, nos tocará hacernos la idea de la carencia como estilo y propuesta, un continente atado con cinta adhesiva 3M: mal adheridos, con folios que se despegan al primer golpe de viento. Una realidad colonial, a duros golpes armada, solapada con los nuevos patrones –igualmente de cartón– de los desarrollismos y revoluciones prêt à porter. La informalidad invade todos los ámbitos, y contenerla en las categorías empacadas en otras latitudes o resolverla en una oración clasemediera como «cada quien tiene lo que se merece» es un ejercicio peregrino.

Una amiga me dijo que no podíamos contener el avance de la informalidad en nuestras vidas. Yo digo que ya estaba instalada como germen que justo

ahora cobra su saldo histórico, que solo ahora asoma las costuras. Los no-formados, los *nosabemosqué*.

Vamos.

Un abrazo.

Jesús Ernesto

>>>> El 9/18/05 6:49 PM, «Martín Aranguren» <martin_aranguren@yahoo.com> escribió:

Hola Ernesto,

Hoy es mi último día en Venezuela, adiós al joropo y a la salsa, a la carretera panamericana, al metro de Caracas da la hora, a los «qué hubo pana». Nada de esto en París.

A pesar de Quetzalcoatl, la carencia como estilo o propuesta no me parece una buena solución. Diría más bien que condensa lo esencial del problema. Fijate: una carencia solo es inteligible en relación con algo que *debería* estar allí pero no lo está. Digamos que en ese sentido se trata de una noción normativa, que prescribe. Ahora, ¿qué nos hace pensar que lo que *debería* estar en América Latina es el bienestar, tal como se lo ha venido entendiendo?

Lo que el Gabo pone en boca de Bolívar va en la misma dirección: «¡Déjennos vivir nuestra Edad Media en paz!». Una edad, un periodo, un momento solo puede ser medio en relación con una totalidad temporal y desde el punto de vista de su desarrollo final, de su expresión acabada. ¿Cuál es esa idea a partir de la cual pensamos lo «medio» de nuestra edad? (La pregunta sería retórica si la crítica al desarrollismo no hubiese agotado por completo el tema.)

Me da la impresión de que se trata del mismo remanido problema de siempre: parece que no hemos aprendido a pensar por nuestra propia cuenta, seguimos pensándonos de manera heterónoma, perpetuando nuestra condición colonial desde las ideas.

No nos hemos planteado la pregunta fundamental, la pregunta por los fines que perseguimos. Decime, ¿para qué el bienestar? Porque los índices de consumo no nos informan en nada sobre el logro de ciertos fines colectivos, que son su

razón de ser. Si no nos interrogamos sobre el para qué del bienestar a la nórdica corremos el riesgo de desdeñar maneras alternativas de realizar nuestros fines colectivos. Quizás, en nuestro lamento por el bienestar añorado, se nos escapa lo esencial, o sea, los fines del bienestar. La garantía de una base mínima de seguridad material es sin duda un objetivo noble, pero ¿para qué lo queremos? Decir que es un fin en sí sería absurdo: la gente podría seguir viviendo en la frustración y la insignificancia a pesar del «bienestar», algo de lo cual tenemos ejemplos a la mano.

Ernesto, ¿para qué el bienestar?

Un abrazo

Martín

>>>> *El 9/23/05 10:36 AM, «Jesús Ernesto Parra» <egoernesto@platanoverde.com> escribió:*

Martín,

Ésta es mi última carta para este folder. Me gustó esta conversa after-Caracas por el messenger. También, reconozco el agrado de compartir laberintos en este intento de armar un mapa auspicioso para el subcontinente. Retomo dos conceptos-trampa que entre carta y messenger salieron a flote. El primero, el bienestar, y el segundo, los espejos.

Quizá no aclaré que cuando me refería al bienestar siempre lo hice desde la postura de la denuncia de un espejismo más terrible de lo pensado. Sabemos que la propuesta burguesa de la cosificación de nuestros destinos es un fraude. Cuando aludo a búsquedas y trompicones de la clase media o baja venezolana quizá lo miro desde la óptica de la supervivencia. Créeme que es un lujo que nosotros nos detengamos a pensar en el ser o no ser de un continente mientras afuera las cosas se vienen abajo (o hacia arriba si son listas de precios de supermercado) y el horizonte se llena de incertidumbres. Mis compatriotas de las casas de lata que conociste y mis compañeros de trabajo padecen la misma circunstancia. El bienestar es solo una palabra en una maraña más jodida de lo que nos pintaron, y sin embargo hay que salir todos los días a la refriega.

Sobre los espejos el sistema está más claro, aunque más lejano en articulación. Fuimos espejo de espejismos desde nuestra conformación europea. Creían que habían llegado a las Indias orientales, que Marco Polo y el apóstol Santiago pasaron por acá. Veían sirenas donde solo había manatíes o delfines de agua dulce. Y trajeron la Inquisición, el pecado original y la cuaresma, entre otras delicias. Dime: ¿cómo todavía hoy no vamos a sentirnos en el contexto de la historia como personajes de Sofía Coppola? Quedan dos posibilidades, asumir el glamour del exiliado y hundirnos, o reinventarnos de a poco, y sobre todo, con lo poco.

Y ahí vamos.

Un abrazo, Martín.

Siempre.

Ernesto

>>>> El 9/26/05 8:22 PM, «Martín Aranguren» <martin_aranguren@yahoo.com> escribió:

Hola Ernesto,

Gracias por tus palabras del último mail. Para mí también fue un agrado y un desafío nuestro intercambio.

Me parece acertada tu propuesta de retomar los dos conceptos-espejismo con los que nos topamos en nuestras discusiones. Creo también que es posible ver que ambos conceptos remiten al mismo punto. En el caso del espejo, el problema es el del *modus* imitativo, de la falta de autonomía; en el caso del bienestar, el problema es el del contenido, la sustancia de nuestro *modus* imitativo. Imitamos buscando el bienestar, o la búsqueda del bienestar es el modo en que se manifiesta en este momento nuestra inerte tendencia a imitar.

Esta tendencia es inerte porque no nos damos los fines que perseguimos, nos limitamos a pedirlos prestados con autorización. No es que no tengamos proyectos, sino que los proyectos que tenemos no son nuestros. Es como si siguiéramos siendo incapaces de proyectar desde nuestra propia situación, ante todo porque parecemos ser incapaces de identificar lo que hace de la situación en la que nos encontramos NUESTRA situación. Alineación política e intelectual

nos hacen perseguir zanahorias. Creo que el primer paso no puede ser otro que el de reconocer que lo que perseguimos es una zanahoria. Como el bienestar. En efecto, el bienestar no nos dice nada sobre los fines a los cuales obedece, solo nos informa sobre la disponibilidad de ciertos bienes materiales. En este sentido, el bienestar puede bien ser una condición necesaria para realizar ciertos fines. Pero es una noción económica y, como tal, carece de todo contenido ético; de ahí que, aunque condición necesaria, no se lo pueda erigir como fin político a realizar. Para darnos un fin político es necesario darnos una idea de la buena vida, y sin pretender pronunciar una verdad última, creo que en la Latinoamérica contemporánea esta noción debe contemplar al menos dos acepciones: vida buena como autorrealización de la propia singularidad, vida buena como coexistencia armoniosa en el seno de una comunidad de valores, prejuicios y creencias.

El desafío político parece ser el de darse una identidad, pues de otra manera no es posible trazar la frontera entre lo propio y lo ajeno.

¿Existe América Latina? No lo sé, pero quiero creer que no solo compartimos un pasado traumático, sino también un común y feliz destino.

Hasta siempre, Ernesto, espero volver a encontrarte en este desafío de reinventarnos.

Un abrazo,

Martín

Posdata. 2/11/05¹:

>>>>El 10/30/05 10:28 AM, «Jesús Ernesto Parra» <egoernesto@platanoverde.com> escribió:

Sin ánimos de dramatizar, más que dialogar con Martín me correspondió el papel de perseguirlo. Convertido en rastreador del trasegar de un estudiante-argentino-en-Venezuela que hace una tesis pero que a la misma vez –según me confesó en un bar en una esquina de Caracas– cuestionaba de forma profunda y por primera vez todos los planteamientos en los que se basaba la *summa* teórica de su ser y hacer.

1. Una vez concluido su intercambio epistolar, Jesús Ernesto y Martín accedieron a remitir una reflexión final sobre el hecho de ser jóvenes de América Latina y la importancia o irrelevancia del diálogo.

Asumí la asignación de este diálogo por correo electrónico mitad entusiasmado y mitad divertido. No se hacen este tipo de comentarios en cualquier ámbito por estos lados, ni mucho menos, en cualquier bar. Pero no quiere decir que no exista la inquietud, que no se huela a kilómetros entre mis congéneres. Porque de no ser así, no estaría en marcha un curioso y silente movimiento de redes, de asociaciones locales, de publicaciones alternativas, de búsqueda de lenguajes locales y de opciones de participación, desarrollo y ciudadanía, muy al margen pero muy de frente con la realidad aparente de nuestros países.

El mapa está por armarse. No lo harán estas líneas, ni tampoco –con el debido respeto– los trabajos de los ilustres invitados que componen este número. Le tocará a mi generación de náufragos de la historia. Veremos si tocamos tierra o hacemos una república de retazos, flotando en mareas diversas y con la intemperie como signo. O si quizás, sencillamente, cerraremos los ojos como han hecho muchos, aunque no creo que sea el caso de este servidor ni de ese otro viajero argentino que nos acompañó en estas páginas.

Jesús Ernesto

>>>> El 11/2/05 3:57 PM, «Martín Aranguren» <martin_aranguren@yahoo.com> escribió:

Para mí, ser joven es estar abierto a lo otro. Lo otro en el tiempo, es decir, lo nuevo. Ser joven es estar abierto a lo nuevo como lo que vendrá, abierto al futuro. Es maximizar la diferencia entre la experiencia actual y la potencial, entre lo que me pasa ahora y aquí y lo que me puede pasar mañana en algún lugar.

Si esto es cierto, entonces la relación entre juventud y proyectos políticos de transformación social no puede ser del todo fortuita.

Se me ocurre que los jóvenes somos propensos a adoptar posiciones políticas transformadoras porque pensamos la apertura de la sociedad a lo nuevo en base a la idea que nos hacemos de nuestra propia apertura a lo que vendrá. Es decir, tendemos a abrazar proyectos políticos transformadores porque proyectamos a la vida social lo que es cierto de nuestra condición juvenil: la apertura a lo nuevo.

Valga esta breve reflexión como puesta en perspectiva del contenido de las cartas que componen este dossier. Sin embargo, para guardar la simetría, me

gustaría llevar este análisis un poco más lejos, en dirección a quienes hoy ya no son jóvenes.

Durante los últimos 25 años hemos asistido a la desradicalización generalizada de los intelectuales latinoamericanos. Para decirlo de un modo grotesco, la dogmática mesiánica de la revolución cedió paso al cancionero postizo de los sujetos descentrados. La conversión nos fue explicada como una mutación cultural, como un cambio de época. No dudo que algo de eso hay.

Sin embargo, me pregunto si la condición etaria de los conversos y la minimización de sus expectativas políticas es meramente casual. ¿No será que, al igual que los jóvenes, pero con resultados inversos, nuestros «viejos» intelectuales tienden a proyectar a la realidad político-social su propia condición? ¿Está la abulia política posmoderna en Latinoamérica verdaderamente desconectada del cierre de los horizontes personales de sus voceros?

Dicho esto, un diálogo intergeneracional se hace necesario. Ahora, este diálogo, para que sea sincero y efectivo, supone que los «viejos» reconozcan en los jóvenes a un interlocutor válido. Esto no implica borrar las muy reales diferencias que separan a unos de otros. Es cierto que en muchos sentidos los «viejos» saben y los jóvenes no. Sin embargo, no creo que esta relación de autoridad sea la única concebible entre generaciones. En efecto, si asumimos que existen convicciones, creencias y actitudes cuya verdad emana de una perspectiva etaria, estaremos fundando la posibilidad de un diálogo sincero y efectivo entre generaciones. Conocer la perspectiva del otro es valioso porque permite evitar los excesos a los que conduce el ensimismamiento en la propia perspectiva: comprender al viejo puede prevenir al joven contra los excesos de un entusiasmo intemperado; el viejo puede encontrar en el entusiasmo juvenil nuevas razones para esperar algo del futuro.

Creo que la crítica del dogmatismo mesiánico tiene mucho de fecundo, pero el desánimo ha llegado demasiado lejos. En medio de la abulia generalizada, la realidad nos impone un desafío: formular nuevos proyectos de transformación, a la altura de los tiempos y de nuestras posibilidades. Quién sabe, por nuestra apertura a lo nuevo, quizás seamos los jóvenes los más aptos para esta ardua pero grandiosa tarea.

Martín